

Editorial



Queridas hermanas:

El año 2006 nos trae un gran acontecimiento congregacional, la apertura del centenario de la muerte de nuestros Fundadores. Varios son los actos y actividades que estamos preparando, todos ellos tienen la finalidad de hacer memoria y revitalizar.

Os decíamos en la primera comunicación que os enviamos, en mayo del 2005, que deseábamos fuera un tiempo que nos ayudara a revitalizar nuestra propia vocación teniendo presente lo que nos pedía el XVIII Capítulo General y que nos ayudara a dar a conocer las personas de los Fundadores, dos personas que hicieron un camino en sus vidas hacia la santidad.

Este ADC, que os presentamos, hoy tiene la finalidad de ayudarnos a cumplir estos objetivos, a la vez que respondemos a aquella petición que se hizo en el Capítulo General de 1998. En él se pedía *“Encargar a algún especialista que nos haga un estudio con el fin de profundizar y actualizar teológicamente las dimensiones más relevantes de nuestro Carisma, que están contenidos en el primer capítulo de Constituciones: Corazón de Jesús, Eucaristía, Esclavitud”*. Este estudio se llevó a cabo durante el sexenio anterior y al Capítulo del 2004 presentamos los escritos dejando para otro momento su publicación.

Este número es monográfico y quiere ofrecer, además del contenido de los artículos, unos puntos de reflexión para que primero en forma personal los oréis, los profundicéis, dejéis que sea Dios el que hable a vuestro corazón y os lleve a una respuesta de amor en la entrega a la misión, a la construcción del Reino y a su vez os ayude a entrar en relación unas con otras comunicándoos lo que Él os ha dicho pues con el compartir la riqueza comunicada por Dios al corazón de cada Esclava nos ayudamos a esa fidelidad creativa y a esa respuesta gozosa de nuestra vocación de la que todas somos responsables.

La introducción, que unifica en cierta manera todo el contenido de los estudios, está escrita por el P. Juan Manuel García Lomas, sj. conocedor a fondo de nuestra espiritualidad. Él mismo nos dice *“Los trabajos que aquí se ofrecen tienen como tema directo las varias vertientes de relación personal y mutua entre Dios y nosotros: Corazón y reparación, Eucaristía, María y la Esclavitud suya y nuestra, la gracia de la oración. Y en ellos aparece repetidas veces la derivación hacia los hermanos: Comunidad y Misión”*.

Los cuatro estudios pertenecen a:

P. Ignacio Iglesias, sj: Corazón Reparador.

P. Fernando Millán, oc: Sacramento de Amor. La Eucaristía: banquete, presencia, sacrificio y signo de vida en el carisma de las Esclavas.

P. José Ramón García Murga, sm: María, Esclava del Señor. Sugerencias desde la mariología actual.

P. Juan Manuel García Lomas, sj: Aportaciones en torno a la gracia y camino de la oración.

A ellos les agradezco su aporte para ayudarnos a actualizar desde la teología nuestro carisma y deseo que nosotras sepamos aprovecharlo para revitalizarnos en nuestra espiritualidad.

Os abraza con cariño

Mercedes Esquirol, adc
Superiora General



adc

Nº 69 - Enero 2006
(Monográfico)



Revista Trimestral,
Órgano de Comunicación, Formación y Animación
de la Congregación de Esclavas del D.C.

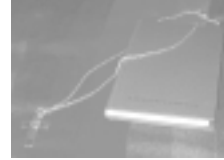
Editorial	
Sumario	
Estudio del capítulo I de Constituciones	
I. Introducción	
Juan Manuel García Lomas, sj	
II. Corazón Reparador	
Ignacio Iglesias, sj	
III. Sacramento de amor. La Eucaristía: banquete, presencia, sacrificio y signo de vida en el carisma de las Esclavas	
F. Millán, o.c.	
IV. María, Esclava del Señor. Sugerencias desde la Mariología actual	
José Ramón García Murga, s.m.	
V. Aportaciones en torno a la gracia y camino de la oración	
Juan Manuel García Lomas, s.j.	
Propuestas para leer	





I. Introducción

Juan Manuel García Lomas, sj



Se me ha pedido, por parte del Gobierno General, unas líneas introductorias a estos estudios sobre facetas significativas de vuestro carisma Congregacional. Quedando en pie que son los miembros mismos de una familia religiosa (en este caso las Esclavas del Divino Corazón) las que pueden precisar la espiritualidad y carisma que le son propios, acepto gustosa y fraternalmente esta invitación. Y, siempre en el supuesto de lo dicho, cordialmente deseo contribuir así, con algunos comentarios de conjunto, al mayor conocimiento y aprecio de la gracia recibida en este camino de encuentro con Dios y de misión.

Llama la atención a lo largo del capítulo I de las Constituciones, “Nuestra Identidad”, la continua referencia al amor como sentido y como llamada:

“... nuestra espiritualidad, que tiene como núcleo esencial el AMOR PERSONAL DE CRISTO, su CORAZÓN, es decir, la profundidad de su persona, que es y se expresa como Amor” (Const.1);

“El amor de Cristo nos urge a una constante relación interpersonal con Él... La VIDA DE ORACIÓN es, así, una de las dimensiones más profundas de nuestra espiritualidad” (Const.2);

“El amor de Cristo toma en nuestra vocación una expresión concreta en el misterio de la EUCARISTÍA... La experiencia viva de este misterio nos lleva a asumir con Cristo la condición pecadora de la humanidad para ofrecer nuestra REPARACIÓN unida al Sacrificio redentor” (Const.3);

“De este amor de Cristo nace también nuestro SER-COMUNIDAD” (Const.3);

“Nuestra ESCLAVITUD es la entrega absoluta y libre al Corazón de Cristo” (Const.4);

“Por la esclavitud vivimos... las actitudes de MARÍA, la mujer que vivió en plenitud el amor de Cristo desde una postura interior de Esclava” (Const.5);

“Nuestra MISIÓN brota de la experiencia personal del amor de Cristo... La misión específica de la Congregación es anunciar la realidad del amor personal de Cristo” (Const.6).

Es cierto que la palabra “amor” no pocas veces se devalúa en su sentido y contenido, al ser usada en contextos de superficialidad o con significados que la falsifican. Pero en este contexto está revestida de todo su valor, porque se trata de la fuente misma del Amor más total y más puro, y de los reflejos que ese mismo Amor despierta en nosotros.

Es cierto también que todos los elementos citados como constituyentes de la Esclava (Corazón de Jesucristo, Oración Eucaristía, Reparación, Comunitariedad, Esclavitud, María, Misión) son al mismo tiempo pertenecientes a todo cristiano conse-





cuenta, y asimismo constitutivos de otros carismas de vida consagrada (ningún carisma personal o grupal es exclusivo de quien lo vive). Pero el “conjunto entrelazado” de todos ellos sí constituye la fisonomía espiritual específica de la Esclava del Divino Corazón, y configura el talante con el que está llamada a vivir su puesto en la Iglesia y su misión hacia el mundo. Unas palabras acerca del modo con que ese conjunto está entrelazado, hasta determinar, según creo, la fisonomía específica de la Esclava.

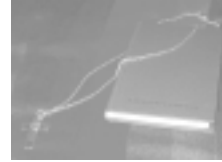
Al ser enumeradas estas varias dimensiones como pertenecientes a “nuestra identidad”, podría preguntarse en primer lugar si esa identidad consiste en una suma o yuxtaposición de elementos, o si se trata de una raíz unitaria y esencial, de donde nacen y se expresan varias dimensiones, que, si son esenciales a la identidad de la Esclava, es porque brotan esencialmente de esa raíz.

La respuesta debe ser esta última, a favor de la raíz unitaria, cuya riqueza de gracia y experiencia cristiana se manifiesta desde diversos ángulos, vividos a la luz de un fondo común.

Podría tal vez proponerse la siguiente descripción de la “identidad entrelazada” de la Esclava; descripción que no es de ningún modo ajena al texto de las Constituciones, sino una manera de reflejarlo y comentarlo sintéticamente:

Lo característico y carismático de la Esclava del Divino Corazón es la experiencia, vivencia o repercusión afectiva que nace de nuestro encuentro con el Señor y nuestra relación mantenida con Él, como algo que envuelve y sella tanto el tono de nuestra vida como el sentido de nuestra misión. La cual vivencia afectiva no surge simplemente de unas ciertas devociones o una determinación piadosa, sino de esas dimensiones de la Revelación en que entra en juego, de un modo particularmente señalado, la iniciativa amorosa de Dios hacia nosotros. Esa iniciativa amorosa se manifiesta primariamente en el Corazón del Hijo, que encarna con fuerza expresiva a la vez su hondura y su Amor; estrechamente vinculada al Amor y misterio de su Corazón, se manifiesta en la Eucaristía, Sacramento admirable de la entrañabilidad de Dios; toma cuerpo en María, la criatura por excelencia que supo recibir el regalo de Dios, se unió a El a la vez con fuerza y con ternura, y nos transmite además la experiencia de una relación materno-filial en el Espíritu; conduce a una donación de pertenencia, que llamamos Esclavitud, en virtud de la fuerza absoluta del amor; y nos introduce en una relación abundante y afectuosa con El (relación oracional de amor y de amistad), donde todo lo anterior se vive atentamente y se cultiva.

Con este párrafo, tal vez un poco largo, hemos querido expresar lo distintivo de la espiritualidad de la Esclava; tratándose de varias dimensiones que se consideran



esenciales, no existe sin embargo multiplicidad, porque todas ellas pertenecen a un núcleo común: la contemplación del Amor entrañable de Dios que se nos revela y la respuesta afectiva con que queremos recibirlo y vivirlo.

Por no alargar o complicar el párrafo anterior, no hemos mencionado explícitamente otros tres elementos presentes en “Nuestra Identidad”, pero que están implícitos en lo dicho por ser derivaciones necesarias de ello: la experiencia del Corazón de Cristo nos hace vivir con El la misericordia reparadora de tantas cosas rotas; y la sinceridad del amor nos urge, como reclamo de autenticidad, a que rebose hacia nuestro entorno, comunitario y de misión.

Nos parece que el espíritu de los Fundadores, y lo que ellos percibieron como carisma propio, se movió en el cauce que hemos descrito. Fueron personas que quedaron prendidas por el Abrazo Amoroso de Dios a sus criaturas; de ahí nos parece que se despertó en ellos el eco de un afecto encendido y cuidadosamente fomentado, y que les hizo desembocar en una asombrosa entrega de caridad apostólica.

* * *

Los trabajos que aquí se ofrecen tienen como tema directo las varias vertientes dichas de relación personal y mutua entre Dios y nosotros: Corazón y Reparación, Eucaristía, María y la Esclavitud suya y nuestra, la gracia de la Oración. Y en ellos aparece repetidas veces la derivación hacia los hermanos: Comunidad y Misión.

Al ofrecer a los miembros de la Congregación estos estudios sobre su espiritualidad y carisma (estudios realizados a la vez atentamente y con un estilo fácil de seguir y manejar), se está contribuyendo a algo muy necesario para fundamentar nuestra vida: que ésta no se sustente simplemente en lo devocional y piadoso (con ser esto digno, pero insuficiente para construir en solidez), sino que esa vida nuestra esté plantada en la Revelación y en la reflexión teológica en torno a ella. Las vivencias afectivas (cuyo puesto hemos subrayado en el espíritu de la Congregación y desde sus Fundadores, y de importancia básica para un seguimiento vivo y operante de Jesús) tienen que ir acompañadas de iluminaciones contrastadas, y cimentadas en una reflexión de carácter teologal. Ni fe racionalista ni piedad y emoción superficiales, sino amor vivo (digamos que ardiente) enraizado en verdades seriamente propuestas.

Con mucho gusto hemos querido contribuir a facilitar la consecución de este objetivo en la vida de la Congregación; y ayudar así a un mayor conocimiento de su gracia y su llamada, y un amor mayor para vivirla. ♥



- ♥ PROPUESTAS PARA ORAR
- ★ PROPUESTAS PARA CONVERSAR

(Algunas de estas propuestas están tomadas de D. Aleixandre)

♥ A todas nos resulta familiar esta frase de nuestro Padre que encontramos en el libro de la Esclava:

“No os buscó Dios ni porque lo mereciésteis
ni porque os necesitase;
os buscó por un solo motivo,
por el amor que os tenía,
y para estrechar con vosotras una alianza,
que no se romperá nunca.”

Muchas veces la hemos leído, ha sido experiencia. Hoy te invito a “gustarla”, cae en la cuenta del amor que Dios te tiene, de cómo te lo ha hecho gustar a lo largo de tu historia. Mira tu vida como llevada por Dios. Haz memoria de los acontecimientos en los que reconoces la alianza que Dios ha sellado contigo. Ábrete al asombro de que esa alianza, por muchas que sean tus infidelidades, no la romperá nunca.

♥ Lee despacio, meditativamente, el capítulo 1º de las Constituciones, “nuestra identidad”. Contacta con tu experiencia, trata de responder con sinceridad a las preguntas:

- ✓ ¿Quién soy? ¿A quién pertenezco?
- ✓ ¿Por qué me levanto cada mañana?
- ✓ ¿Por qué cosas me afano y gasto mi vida?



★ Podemos narrarnos en comunidad nuestra experiencia de con-vocación o, lo que es lo mismo, cayendo en la cuenta de los momentos o situaciones en los que nos ha llenado de alegría la pertenencia congregacional. Y también aquellos otros en los que la hemos vivido con distancia, desánimo, crítica amarga y cómo salimos de esos agujeros negros. Podemos también reflexionar y compartir cómo vamos integrando, aunque sea con dificultad, “ser una misma y ser congregación, experiencia personal y experiencia de cuerpo, creatividad y participación...”.

★ Podemos leer en comunidad el capítulo 1º de las Constituciones y comentar en qué rasgo de nuestra espiritualidad nos vemos más reflejadas y en cuál necesitamos que el Señor nos “refunda”.





REPARADA

II. Corazón Reparador

Ignacio Iglesias, sj

Índice

1. Todo nuestro lenguaje sobre Dios es inmensamente pobre
2. Pertenece al discipulado de la Iglesia el progresar en la conciencia de sí misma, de su propio misterio y del misterio de un Dios.
3. Dios es quien “repara”
4. Bajo esta acción “reparadora” de Dios puede el ser humano atreverse a “reparar”
5. “Reparar a Dios” comienza en primer lugar, por dejarnos reparar por Él
6. Mirándole en el Traspasado
7. Reparar a Dios es reparar “con Él”, ayudarle a “reparar”
8. Reparar como acción histórica, comienza por hacer al sujeto humano, –a infinita distancia de Dios, pero como Dios– voluntariamente vulnerable a la debilidad de todos sus hermanos.
9. La imagen sensiblemente definitiva de este Dios reparador
10. “Mirar al Traspasado” no significa, sólo ni principalmente, hacerlo objeto de una adoración y un culto externo “reparador”
11. Sólo si nos dejamos inundar por el Amor que hace y re-hace a todo ser humano, al precio de Sí mismo, podremos incorporar-nos responsablemente.
12. En ese Corazón Dios se revela lo que es: un eterno latido
13. Si “con Él, por Él y en Él”, además del nuestro, sentimos y sufrimos como propio el pecado del mundo.
14. El Traspasado es el norte del cristiano
15. Como lenguaje humano, también, y mucho más, el lenguaje religioso está sometido a desgastes y deterioros inevitables, pero por fortuna no siempre irreversibles.
16. Vivir hoy una permanente recarga de sentido de este término, Corazón, que nos define

Propuestas para orar y propuestas para conversar





1. Todo nuestro lenguaje sobre Dios es inmensamente pobre. Fácilmente podemos observar cómo, a lo largo de la historia, han ido evolucionando numerosos términos relativos a Él y sus contenidos simbólicos. Es prueba de madurez y ojalá sigamos haciéndolos evolucionar. *“Ahora, en efecto, nuestro saber es limitado, limitada nuestra capacidad de hablar en nombre de Dios; cuando venga lo completo, desaparecerá lo limitado”* (1 Cor 13, 9-10). Es, además, signo y medida de nuestra actitud personal de discípulo y de la condición de comunidad de discípulos, –comunidad discípula toda ella–, que es la Iglesia. Signo de que se nos va haciendo luz sobre Él. Le vamos conociendo. Es indispensable que esto suceda para poder decir con verdad que caminamos “el camino verdadero que conduce a la vida” (Jn 14, 6) que es Jesús, en el que el Espíritu guía (Jn 14,26; 16,13) a quien se deja guiar, porque es hijo o, para que lo sea (Rom 8, 14). En este conocerle a Él y a Quien le envió consiste la vida verdadera (Jn 17, 1-3). De ahí que uno de los signos más inequívocos de vida sea revisar y moldear nuestros lenguajes a medida del Dios que vamos descubriendo.

El término “reparación” (“reparar”, “reparador”...) y sinónimos, y la historia de sus sentidos es uno de esos hechos que ponen al descubierto esta nuestra pobreza y ese nuestro camino, y por los que podemos controlar nuestra calidad de hijos o de esclavos. Desde los piadosos antropomorfismos de la Edad Media y aun anteriores, cargados de reminiscencias de origen jurídico (como la “compensación”, –”multa”–, impuesta o voluntaria, por el daño causado o por una ofensa, ofrecida por el autor del daño o por un fiador), pasando por el boom reparador devocional del s. XVII, especialmente de la escuela francesa, hasta el horizonte operativo e históricamente comprometido de injertarnos, como parte de nuestro seguimiento, en la reparación de Cristo, de forma que la reparación llegue a impregnar toda la vida y actividad del cristiano, ha habido un largo camino de purificación, de alargamiento y, sobre todo, de profundización y de luz. Cada vez va comprendiéndose más la reparación vinculada a la cristología y, consiguientemente, al seguimiento de Cristo reparador. *“El misterio de la reparación toca la esencia de la cristología. Ya ligado, en efecto, a los problemas neurálgicos del sufrimiento de Dios y de la conciencia de Cristo. Si el acto reparador es respuesta de amor al acto redentor y si tiene una eficacia consoladora al lado del Cristo de Getsemaní, esto supone que hay lugar en el alma humana del Cristo prepascual para un conocimiento y un amor personal de cada uno de los rescatados, según la palabra de Pablo: Me amó y entregó su vida por mí”* (Gal 2, 20) (DThS, término *reparation*, col 412).

En el encuentro personal, que se da en mi reconocimiento del amor con que Cristo repara por mí y por todos, mi pecado y el de todos, –con los que voluntaria-





mente ha cargado (2 Cor 5,21)–, me sumo, como creatura, al dinamismo reparador esencial del amor. Referido al sacramento con que Dios nos “reconcilia” (otro nombre –alma– de la reparación) escribió Bernhard Háring: *“Sólo si toda nuestra inteligencia de la moral cristiana va sellada de esta actitud fundamental de la reparación, se podrá esperar que todos los aspectos de la conversión, como también los actos básicos del convertido, que recibe el sacramento de la reconciliación, reflejen libertad y fidelidad, signos de la nueva creatura”* (*Liberi e fedeli in Cristo*, Edizioni Paoline, Roma 1979, 543).

2. Pertenece al discipulado permanente de la Iglesia el *progresar en la conciencia de sí misma, de su propio misterio y del misterio de un Dios*, que es quien verdaderamente “repara”, por sobreabundancia (Rom c. 5, 15. 20), lo realmente dañado, degradado o destruido, por el pecado humano. El ser humano es incapaz por sí mismo, ni de corresponder al Amor de Dios no acogido, despreciado, o acaparado como propiedad personal, ni de “compensar” el daño causado en todos los demás por ello, ni, mucho menos, de re-hacerse a sí mismo, por sí mismo, en su propia dignidad de hijo pisoteada.

Esta toma de conciencia progresiva que nos supone abiertos, atentos, buscadores, y que nos adentra en el misterio de un “Dios siempre mayor”, nos lleva finalmente a revisar de continuo los esquemas, conceptos, imágenes, símbolos..., con que le vamos expresando. De ese progresivo “conocimiento interno” se alimenta, y por él crece, nuestra condición de hijos. Pero es la experiencia de la misericordia, que nos “repara” continuamente, arraigándonos y cimentándonos, más y más, en el amor, la que nos introduce en el conocimiento del **amor reparador** que es Cristo, y lo fundamente, *“un amor que supera toda ciencia humana y os colma de la plenitud misma de Dios”* (Ef. 3, 17-19).

3. Dios es Quien “repara”: El Amor, que es Dios, “autor y dador de vida”, no sólo crea continuamente al ser humano, sino que lo re-crea, también continuamente, cuando, por una pretendida autonomía, libremente se autodestruye en su dignidad de hijo, y destruye la de otros hijos situándose, por ello, fuera del querer de Dios. El “seréis como dioses” (Gen 3,5) sigue clavado en el corazón humano. Efectivamente lo seremos, pero no por conquista propia, sino por gracia perdonadora. No por la desobediencia de Adán, sino reconstruyéndonos en gracia por la obediencia de Jesús (Rom 5,19); *“Ya somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos. Nos consta que, cuando aparezca, seremos semejantes a El porque le veremos tal cual es”* (1 Jn 3,2).



El amor, que es Dios, re-hace continuamente este itinerario proyectándose a Sí mismo en todo ser humano. Si fuera correcto hablar así, Dios se “duplica” en la doble gratuidad, que es “hacer salir su sol sobre buenos y malos y llover sobre justos e injustos” (Mt 5,45), amar a quien, amándose por encima de todo y de todos, se ha hecho “noamable”, pero, —precisamente porque empobrecido y anulado—, es objeto particular de deseo de búsqueda y de espera de parte de Dios.

4. Bajo esta acción “reparadora” de Dios, que no es otra que su Misericordia, —su amor primero en todo (1 Jn 4, 10. 19)—, y dentro de ella, **puede el ser humano atreverse a “reparar”**, él también, como hijo. El Hijo le urge a hacerlo: “*Sed misericordiosos como vuestro Padre*” (Lc 6, 36). El “*como vuestro Padre*” requiere de la Iglesia una exploración y comprensión continua de esa misericordia. Camino que, de hecho, la Iglesia va haciendo en la vertiente de la doctrina y en la de la vida. En nuestros mismos días y por medio de nuestro Pastor supremo, Juan Pablo II, la Iglesia se ha hecho reparar por Dios mediante el reconocimiento del pecado de sus hijos (*Tertio Millennio Adveniente*, 33-37), que es su propio pecado, y ha aprendido el sentido profundo de la misericordia divina, que “*no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida al mal moral, físico o material. La misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y extrae el bien de todas las formas de mal existentes en el mundo y en el hombre. Así entendida, constituye el contenido fundamental del mensaje mesiánico de Cristo y la fuerza constitutiva de su misión*” (Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, 6).

“Reparar” Dios al ser humano es “entrañarlo”, como una madre, precisamente porque pobre y dañado, y, al mismo tiempo, disponerle a desentrañarse, despertando toda su capacidad divina de amar, que es su verdadera riqueza como persona. En eso consiste su vida. Su plena realización pasa por atreverse libremente a desplegar al Dios que le habita aventurándose en el camino que va desde el egoísmo a la caridad, desde el vivir para sí al vivir para todos y por todos, y en ellos, para Dios y por Dios.

“Reparar”, que es la función rehabilitadora específica de la misericordia, es ayudar a que el ser humano libremente desbloquee el Dios trinitario, que es su origen (“*Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra*” Gen 1,26) , por el que está habitado en lo más profundo de su yo, y el que le hace capaz de todo lo auténticamente humano que hay en él. De todo ello no es consciente muchas veces el ser humano. Precisamente la luz, con la que Dios le abre a esta conciencia, y que moviliza lo más valioso de sí mismo, es el comienzo de la salvación que se le ofrece. La





plenitud de esa luz se le da en el Hijo: *“Yo soy la luz.. El que me sigue no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”* (Jn 8, 12).

5. “Reparar a Dios” comienza en primer lugar, por dejarnos reparar por El, acoger su misericordia reparadora en el punto central de nuestro yo y de nuestra historia personal, que es la dirección del amor. “De la desobediencia de Adán a la obediencia de Jesús”. Del querer por mi cuenta y para mí, a injertar libremente mi querer en el suyo. Este giro interior nos hace hijos vueltos a la casa (al corazón) del padre (Lc c. 15), de la que no hubiéramos debido salir nunca, para experimentarnos una y otra vez reinsertados por El en “lo suyo” (“su casa”, “sus cosas” Lc 2, 49). Y “lo suyo” somos fundamentalmente todos los seres humanos. Todos.

“*Volveos hacia mí para salvaros*” (Is 45, 22), es la invitación de su voluntad “reparadora”, que se nos hace presente en su retrato, en su rostro humano, en el “*derroche*” (Ef. 1, 7-8) de su Hijo crucificado y de su **Corazón traspasado**. Mirándole, le descubrimos como el Dios “vuelto” (“con-vertido”) y experimentamos una nueva necesidad vital, la de ser devueltos a nuestra imagen original. El “*Renuévame por dentro con espíritu firme*” (Salmo 50, 12), brota entonces como deseo básico del ser humano ante Dios: su dejarse “reparar” (divinizar) desde lo hondo.

Nuestra condición de publicanos (Lc 18. 9-14), conscientemente vivida, es esencial a nuestra dimensión de personas que van por la vida sabiéndose “reparadas” y que, por eso, necesitan contar por Quién y cómo han sido reparadas. El “fariseo” se sitúa en los antípodas de la “reparación”. Ni está en condición de dejarse reparar (considera que no lo necesita, se basta), ni siente necesidad de “reparar” a Dios (cumple la Ley, interpretada por él), ni a nadie (“*no soy como los demás...*”). El que se jacta de cumplidor de la Ley no cumple la única ley, la de Dios, fundamento de toda ley: ser misericordioso. Todo ser humano es portador en su yo de fermentos de fariseo y de publicano. De los primeros necesitamos ser reparados, con los segundos podemos incluso ayudar a reparar. Sin dejarnos “reparar” todos los días, no “repararemos”. De nuestro pecado se hizo perdonar (“reparar”) Jesús (Mt 3, 13-17) como paso primero para “*darse a conocer a Israel*”. Su bautismo pleno, voluntariamente aceptado, culminará en la Pascua. Allí arraiga el nuestro.

6. Mirándole en el Traspasado, como el hijo de la parábola intuye la bondad de su padre (Lc 15, 16-18), desde nuestra necesidad de ser reparados, se nos abren los ojos a su misericordia, entrañadora y desentrañándose por todos, y percibimos la llamada a incorporarnos a ella pasiva y activamente.



La Iglesia ha intuido desde siempre en ese doble movimiento de la misericordia, que es el latido de Dios por todos, el ser mismo de Dios. Dios es un latido, que nos hace nacer y nos llama continuamente a volver. Tal es nuestra existencia (Jn 13,3). ¿Puede extrañar el que, al contemplarlo en su Hijo, –revelación total suya–, los creyentes hayamos necesitado reservar para El el término más central e identificador del vocabulario humano para decirnos a nosotros mismos: **corazón**? Con él se significa el centro humano-divino de su Hijo y nuestro hermano, –su **Corazón**–, el punto de encuentro de la reparación que Dios ofrece al ser humano y de la que el mismo ser humano puede hacer: el “si” de Dios a todo ser humano y el “si” de todo ser humano a Dios.

- La invitación a injertarnos en Cristo: “*permaneced en mí amor*” (Jn 15, 9) no sólo es invitación a recibir la savia de Dios que hace vivir y revivir (su misericordia), que necesitamos, –Jesús–, sino urgencia a incorporarnos (“*si hacéis lo que os mando...*”, Jn 15, 10) a la obediencia, con que El nos salva de nuestra desobediencia, a “poner entero” en Yahweh nuestro corazón “desviado” (1 Re, 11, 4. 9). El, y sólo El, puede reparar a todos y por todos, y enseñar a reparar: “*como yo permanezco en el Padre, porque hago lo que me manda*” (ib.)

7. Reparar a Dios es reparar “con Él”, ayudarle a “reparar”: Ninguno le somos necesarios, pero su amor se atreve a hacernos necesarios para la realización de su único deseo: re-hacer a todos sus hijos a su imagen. Nos re-hace, –además de haciéndonos vivir en su misericordia respirándola como nuestra atmósfera natural–, incorporándonos activamente también a ella. Es el sentido del término clásico “redamare”, que significa “pagar amor con amor”. No sólo el amor que me tiene personalmente y que le re-conozco, sino el amor que nos tiene y que, –por ignorancia, (Lc 23, 34)–, no correspondemos. La misericordia que nos inunda (Rom 5,5) nos incorpora solidariamente con nuestro mundo a corresponder, por todos y con todos, a la misericordia que nos tiene a todos. No hay misión humana más divina, ni solidaridad con todo ser humano más profunda, que ésta de entrañarlo, con su gracia y su pecado, como doblemente hermano, por creación y por redención, necesitamos ambos igualmente de la misma misericordia: “*La Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación y busca sin cesar la conversión y la renovación*” (Lumen Gentium, 8). Sobre la base de esta solidaridad, y sólo sobre ella, puede la Iglesia construirse a sí misma, hacer circular su comunión y realizar su misión.





Cuando la Iglesia reconoce públicamente sus pecados, –los de quienes son sus hijos y somos la Iglesia–, y pide ser perdonada (*Tertio Millenio Adveniente*, 33 y ss), además de adentrarse ella misma más y más en la misericordia del Padre, que necesita, la está testimoniando “con obras y de verdad”. Así, como comunidad de publicanos, se incorpora responsablemente a la reparación con que Dios transforma a su mundo. Y es que no hay fuerza transformadora comparable a la de la misericordia; la única capaz de transformar lo más resistente a toda transformación: el corazón humano.

8. Reparar, como acción histórica, comienza por hacer al sujeto humano, –a infinita distancia de Dios, pero como Dios– voluntariamente vulnerable a la debilidad de todos sus hermanos. Dios ha hecho suyas en el Hijo nuestras debilidades naturales y ha cargado sobre sí, como suyas, nuestras degradaciones voluntarias, la autodestrucción de nuestros egoísmos (2 Cor 5,21; Is c. 53), constituyéndose, también por esto, en el modelo único que el hombre está destinado a reproducir (Rom 8, 29). Conocer al Hijo internamente es dejarnos configurar, desde lo más hondo de nuestro yo, como El y por El. También en esta vulnerabilidad del amor, que vive como propias las miserias de los hombres. Sin ella no se movilizará nuestra dimensión de “reparadoras”, que no puede inspirarse en otra “reparación”, que en la suya. Nuestro seguimiento, –compromiso de nuestro bautismo, radicalizado posteriormente en la consagración religiosa–, incluye esta vulnerabilidad por la que nada humano nos es indiferente o, en positivo, por la que todo lo humano nos habita, circula por nuestras venas y resuena como propio en lo más profundo de nuestro yo.

“Seguir a Jesucristo; seguirle de cerca; seguirle hasta la inmolación: tal es el deber del cristiano, del religioso y, con más razón si cabe, de los cristianos de nuestro tiempo y de las llamadas por una vocación especial al oficio de Reparadoras. Sí, los tiempos son difíciles, y hay más que nunca necesidad de los hombres del sacrificio.

Cuando esto se piensa, se desea seguir a Cristo, pero ¿qué haríamos para seguirle? No apartar los ojos de El, tener fija en El una triple mirada: la de la consideración, la de la intención, la del corazón” (Marcelo Spínola. Su espiritualidad a través de sus escritos, Granada 1984, 49)

En su sentido más pleno la reparación es el ejercicio en la historia de nuestro sacerdocio bautismal, el de mujeres que viven voluntariamente ofrecidas con Cristo por el mundo: “*Transfórmalos en ofrenda permanente*” (Plegaria eucarística 3). Vulnerables, no sólo con su propia vulnerabilidad personal, sino con la vulnerabilidad voluntaria de Jesús, en cuyo Corazón resuena todo lo humano y tienen cabida todos



los humanos, asumimos “con Cristo la condición pecadora de la humanidad para ofrecer nuestra REPARACIÓN unida a su sacrificio redentor” (Constituciones, 3).

9. La imagen sensiblemente definitiva de este Dios reparador, que se hace reparar del pecado humano precisamente en el corazón del Hijo, es la del “**Traspasado**” (Jn 19, 31-37). Ella revela, en la propia persona del Hijo, “herido del todo”, **al Dios que no se reserva**; esto es, que “reparar” interesa a toda la vida y a todo en la vida. Nada se escapa a esta misericordia desbordante, que no sería reveladora de la de Dios, si “calculase” y “negociase” su propia entrega. “El Traspasado” revela también al Dios que “*hace que el sol salga sobre malos y buenos y envía la lluvia sobre justos e injustos*”, (Mt 5,45), es decir, al Dios que no tiene destinatarios privilegiados de su misericordia. En ella todos cabemos y tenemos reservado y seguro un puesto personal. Cualquier forma de discriminación, además de esencialmente contradictoria con Dios mismo, no “repararía”, al contrario, crearía, por sí misma, nuevas necesidades de reparación. Pero “el Traspasado” revela también, en tercer lugar, la espera activa, la búsqueda preferente, de los que se han ido de la casa de todos, que es Dios mismo, autodiscriminándose por su egoísmo propio o discriminados por el egoísmo ajeno en este mundo. Reparar, pues, incluye así también el afán preferente por restituir la no-discriminación, la fraternidad real, esencial a la familia de Dios y su signo creíble (Jn 17, 20-23).

10. Es obvio que “**mirar al Traspasado**” para ser, como María (Lc 2, 35) mujeres “traspasadas”, **no significa, sólo ni principalmente, hacerlo objeto de una adoración y un culto externo “reparador”**. Ni tampoco se agota en una acción bienhechora y liberadora de tantas necesidades humanas. Tan vacía serán una y otra, –adoración y acción–, si no brotan y van movidas por la misericordia de una mujer que, porque “traspasada”, es decir, “derrochándose” gratuitamente por entero en el servicio de cada momento, contribuye a “*reconstruir en Cristo la unidad de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra*” (Ef 1, 9-10).

Fácilmente se ve que seguir al Traspasado requiere la más total de las disponibilidades en el ejercicio del más comprometido de los sacerdocios y de la más auténtica liturgia: “*Por el amor de Dios os lo pido, hermanos; presentaos a vosotros mismos como ofrenda viva, santa y agradable a Dios. Ése ha de ser vuestro auténtico culto. No os amoldéis a los criterios de este mundo. Dejaos transformar; renovad vuestro interior de tal manera, que sepáis apreciar lo que Dios quiere, es decir, lo bueno, lo que le es agradable, lo perfecto*” (Rom 12, 1).





Este auténtico culto reparador se alimenta (y es su único alimento) de la kénosis pascual, –de la que el **Corazón traspasado** es icono definitivo–, que en la Eucaristía recuerda, hace presente y regala a todos hoy la reparación de Dios, la que seguimos necesitando recibir y la que se nos propone vivir. Celebrar conscientemente este “memorial” de la misericordia, que nos repara, nos librá de caer en el ritualismo vacío y nostálgico de la Ley antigua, pues nos transforma en “servidores los unos de los otros por amor” (Gal 5, 13), esencia de “la nueva y eterna alianza” del Señor.

“Desvivir-se” por todos en las carencias de todos es verdaderamente vivir. Lo afirmó el Maestro (Mc 8,35; Lc 9,24; Jn 12,25), lo ha venido viviendo la Iglesia, lo ha simbolizado y, ya desde el principio, proclamado en el **Corazón del Traspasado**, modelo de toda persona plenificada en su yo.

II. Sólo si nos dejamos inundar por el Amor que hace y re-hace a todo ser humano, al precio de Sí mismo, podremos incorporarnos responsablemente al intento permanente de la Iglesia de “decir al Indecible”, de dar forma y expresión conceptual humana al Amor, que es Dios. Hay como un instinto universal que mueve al hombre de todas las culturas, con muy diversos matices, a identificarse a sí mismo en su yo, –a la vez consistente, irrepetible y relacional–, en un centro propio, que llama “**corazón**”.

Si en ese lenguaje humano, del que es ejemplo eminente el lenguaje bíblico “**corazón**” vale como centro identificador de la persona, nada extraño que el creyente en el amor que es Dios, señale con el mismo término el misterioso centro del Hijo, revelador del Padre, dando ser único a su naturaleza humana y divina desde ese centro.

El hombre del Antiguo Testamento describirá al “Dios compasivo y misericordioso” como el Dios que **tiene** corazón. Cuando llegue la plenitud de los tiempos, la del “*tánto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único (se entregó en su Hijo único)*” (Jn 3,16; Rom 8, 32), hecho “uno de tantos”, próximo a todos, *entre todos*, en medio de todos, en todos, el creyente se atreverá a afirmar con evidente pobreza verbal, pero con inmensa verdad que Dios **es corazón**.

Y la comunidad de los creyentes, por interpretación experiencial, más que por lógica conceptual, concentrará en esta palabra “germinal”, **corazón**, todo lo que va sabiendo de Dios y globalizará con ella el entero amor, en el que se ha revelado y sigue revelándose para cada ser humano, el entero amor divino: “*El hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hom-*



bre “ (Vat. II, Gaudium et Spes, 22). “*Su amor divino ha penetrado de modo único e irreplicable en el misterio del hombre y ha entrado en su corazón*” (Redemptor Hominis, 8).

12. En ese Corazón Dios se revela lo que es: un eterno latido; ama proyectándose en cuanto crea y ama recogiendo en su seno lo que ha creado. Más aún, saliendo a buscar “lo que voluntariamente se ha perdido”. Nuestro ser personal y nuestra historia, como historia de Dios que es, en nuestro venir del Padre y volver al Padre (Jn 13,3), es revelación de ese latido, que podemos contemplar hecho historia nuestra en el **corazón humano-divino** de su Hijo. En este centro, “derroche” de Dios (Ef 1, 6-8), recapitula Dios continuamente toda su creación en la más honda y abarcante globalización jamás imaginable por la mente humana: la de su misericordia.

En ese “**corazón**” nos ha pensado y continúa pensando a todos, –somos su presente, nos bendice, elige, perdona, envía, sirve..., y nos hace servidores (Ef 1, 3–14). Ser primogénito de toda creatura es ser latido primero, en el que todos los hermanos y hermanas menores podemos mirarnos, comprendernos, medirnos, vivir... Por ese **Corazón** “levantado sobre lo alto” es atraído todo corazón humano (Jn 12,32) y es absorbido en el torbellino del mismo amor (el Espíritu Santo), que le hace subir a Jerusalén, su Pascua.

Desde allí, nos inunda y nos lleva a todos (Rom 5,5; 8,14). En este amor nos hace “nacer de nuevo” (Jn 3, 3-8). Por él nos es posible no vivir para otra cosa que para amar.

Habitados en nuestro corazón por este **Corazón**, –“*origen y plenitud de nuestra fe*” (Hb 12, 2)– , centro de cada ser humano y de toda la humanidad, y “*cimentados y arraigados en el amor*” (Ef 3,17) que en El y de El experimentamos, nuestra vida se convierte en un continuo profundizar en espiral “*la anchura, la longitud, la altura, la profundidad del amor (corazón) de Cristo, un amor que sobrepasa toda ciencia humana y que os colma de la plenitud misma de Dios*” (Ef 3, 14-19). La hondura real de la “Esclava del Divino Corazón” radica aquí. En la hondura de su inmersión efectiva en este “*abismo sin fondo*” (M. Spínola, o. c. 91). No es una devoción añadida, sino el corazón mismo de la vida concebida como servicio gratuito, “derroche” voluntario de sí misma, por todos, alimentado todo ello en la experiencia continua del “derroche” continuo de Dios en el **Corazón de su Hijo**.

El amor de Dios entrañando al hombre, el del hombre agradeciendo a Dios y el del hombre des-viviéndose (“derrochándose”) por los hermanos son un mismo y





único torbellino, en el que Dios, desde un mismo y único centro, y hacia un mismo y único centro, el **Corazón de su Hijo**, “en el que tuvo a bien hacer residir toda la plenitud” (Col 1,19), va absorbiendo a todos y recapitulando todo, “reconciliando por él y para él todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos” (Col 1, 20).

13. Si “con Él, por Él y en Él”, además del nuestro, sentimos y sufrimos como propio el pecado del mundo y “redimimos”, es decir, correspondemos con nuestro amor, esencialmente desproporcionado e inadecuado como precio, al amor que nos repara a nosotros y al mundo, más aún, si este mismo amor nuestro, que decimos y queremos tener a Dios, nos implica en re-hacer con El el mundo, la reparación nos proporcionará la experiencia de una hondísima unidad personal: la de que no existen dos amores, uno a Dios y otro al mundo, sino uno, como en Jesús. Con el mismo amor, que nos solidariza activamente como hermanos con todos los seres humanos en sus pobreza para “repararlos”, amamos, –correspondemos agradecidos (“reparamos”)–, al Dios de todos injertándonos en su única voluntad: “que todos los que vean al Hijo y crean en él, tengan vida eterna” (Jn 6, 38-40).

“El culto del Corazón de Jesús (el Traspasado) se puede resumir en una sola palabra: amor; todos los deberes que nos impone proceden y se derivan del amor. La reparación es uno de ellos, consecuencia del amor. El amor nos identifica con el objeto amado, sus goces son nuestros, nuestras son también sus glorias [...] Pero si el amor nos hace gozar con el amado, nos hace sufrir, nos obliga a compadecer y a reparar sus desdichas. Ley indudable: aquel que no gime cuando otro gime, cuyos ojos permanecen enjutos, no ama; aquel que ve caído y no tiende su mano, que ve sufrir y no se acerca a verter una gota de bálsamo, no ama.

El amor de Dios al hombre se ha acomodado a esta ley...” (Marcelo Spínola, o.c. p. 90)

Y el amor del hombre a Dios ha de acomodarse también. El lugar, teológico e histórico, de encuentro entre los dos amores, el que Dios nos tiene y el que le tenemos a El, lo ha fijado Dios: es el ser humano en cuanto pobre de todas las pobreza: “Lo que hagáis con éstos lo hacéis conmigo” (Mt 25, 40). En el corazón humano, –centro de nuestro yo–, vaciándose por el pobre se realiza el acercamiento mayor a un Dios que se ha “identificado” con él. Dios toma como “reparación” a El el amor volcado en re-hacer al prójimo. Es de la esencia del amor el reparar. Bien entendido que no se trata simplemente de una dinámica estrictamente operativa, sino de una acción que brota de un corazón, un yo, “reparado” por Dios. En terminología paulina., a todas luces analógica, se puede hablar de un corazón (persona) “identificado” con Él



(Gal, 2, 19-20), cuando la misericordia recibida en el **corazón** del Traspasado se ha hecho misericordia viva, histórica, en los corazones de los/as traspasados/as.

14. El Traspasado es el norte cristiano. En él se nos revela el Corazón que es Dios. Contemplantelo, –dado que no se contempla a Dios impunemente–, va configurándonos en mujeres que vivimos para El, –Dios des-vivido–, aprendiendo a desvivirnos por “los de El”, por todos. El corazón, que va siendo transformado por un Dios “reparador”, aprende, en primer lugar, a injertarse en su visión misericordiosa del mundo. Luego a vaciarse sin reservas (“Cristo Jesús volcó en mí toda su generosidad...” 1 Tim 1, 16), en todos los vacíos humanos a su alcance. En este doble movimiento desemboca la “reconciliación” recibida, que nos constituye en paso de “reconciliación” para todos (2 Cor 5, 17-21). Un tal planteamiento, desde el fondo de nuestro yo, transforma todas las realidades de nuestra vida en realidades reparadoras: sufrimiento, trabajo, relación, servicio, oración, convivencia...

Es el Pentecostés, –silencioso y anónimo casi siempre; amor reparador siempre–, del que vamos inundados (Rom 5,5) por la vida.

15. Como todo lenguaje humano, también, y mucho más, el lenguaje religioso está sometido a desgastes y deterioros inevitables, pero por fortuna no siempre irreversibles. Podemos “re-fundarlo”, si somos capaces de reavivar; no tanto el discurso intelectual y teórico que le subyace y acompaña, cuanto la experiencia espiritual y cultural que lo hizo nacer. Y no sólo de reavivarla, sino de contagiarla. Esto es particularmente válido para el término **Corazón**. Manoseado como pocos en la vida humana, y hasta largamente manipulado y profanado en el vocabulario religioso, resiste como ninguno los desgastes de las culturas y de la historia, y sigue sirviendo para identificar al ser humano en el centro de su ser y valiendo para referirnos a Dios y a su misterio desde nuestra humana pobreza, y hasta para “identificarlo”, concentrando en él toda la densidad con que el apóstol se atrevió a definir a Dios: “Dios es amor” (1 Jn 4, 8). **Dios es Corazón.**

Sólo nuestra ignorancia, nuestro olvido y nuestra pretensión de haber agotado su sentido pueden hacer que ese término se nos vacíe, se nos convierta en forma, –máscara–, sin alma, o que nos convierta en evasiva devoción sentimental lo que debe urgirnos y llevarnos al mayor de todos los compromisos, puesto que con él significamos el total “compromiso” (alianza, amistad) de Dios con todo ser humano. **Corazón del Traspasado** debe decirnos, de modo muy concreto y personalizado, la **absoluta fidelidad del único absolutamente Fiel**. Consiguientemente ha de





expresar de nuestra parte: fe, convicción central, vida, “cimiento y raíz” (Ef 3, 17) de todos nuestros compromisos cristianos.

Corazón de Cristo es todo lo contrario a una invitación al intimismo, o a una devoción desencarnada, o a una dulcificación de la fe para tiempos de “fe débil”. Es esencialmente encarnación, autodonación gratuita, fraternidad comprometida de primogénito, vida esencial, llamada a radicalizar “hasta el extremo” (Jn 13,1) la “fe que se hace vida en la práctica del amor” (Gal 5, 6).

16. Se nos impone, pues, **vivir hoy una permanente recarga de sentido de este término, Corazón, que nos define**, mediante una constante renovación de la experiencia por la que nuestros fundadores fueron imantados y que creyeron no poder expresar mejor que con esta “palabra-madre”. El “tanto amó Dios al mundo...”, que se entregó, hombre, al ser humano, revelándose y revelándonos mediante el único amor del yo divino-humano de su Hijo, nunca será realidad agotada ni agotable. De ahí que el ámbito creyente profundo de una Esclava del Divino Corazón ha de ser el de explorar contemplativamente sin cesar la riqueza de Dios que pugna por decirse en este término. “Se conoce a Cristo cuando se penetra en los tesoros de su Corazón, que por un lado es símbolo de su amor y, por otro, ha sido el órgano en el que ha latido el amor humano de Cristo para con los hombres” (P. Arrupe, en *En Él sólo la esperanza*, 1982, pg. 12).

Corazón, desde el común uso de los seres humanos, por encima de tiempos y culturas, nos aproxima, más que otros muchos términos, al Misterio de Quien es amor, todo amor, nada más que amor, y que ha querido traducir-se en el amor divino-humano del más hombre de los hombres, Cristo-Jesús.

La teología y el culto al **Sgdo. Corazón** no deben servir a otra cosa que a comprender, expresar y proyectar en la historia humana este amor. Pertenecen al conocimiento que la Iglesia va adquiriendo de la Encarnación como redención. “Entre el Verbo de Dios y el **Corazón de Jesucristo** traspasado en la cruz está toda la humanidad del Hijo de Dios; el eclipse del sólido sentido teológico de esa humanidad ha sido una de las razones que ha llevado a la desvalorización de su Corazón como símbolo” (P. Arrupe, en *En Él sólo... la esperanza*”, 1982, pg. 23).

Encendiendo en el ser humano un amor personal incondicional al Crucificado Resucitado, —objetivo esencial del culto al **Sagrado Corazón**—, el Espíritu Santo va remodelando nuestro propio corazón, haciéndolo “único”, “nuevo”, “de carne”, “animado de un espíritu nuevo” (Ez 11, 19; 36, 26), y madurándolo en la unidad interior de nuestra existencia: la de un mismo amor a Dios y a los hijos de Dios. ♥

Propuestas

♥ Trata de contemplar con los cinco sentidos la escena de Jn 19, 31-37

Trata de entrar en el Corazón traspasado de Jesús, el “hijo herido del todo” el que revela al Dios que no se reserva nada, al Dios que no tiene destinatarios privilegiados de su misericordia.

Para Juan “en esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo” (1Jn 4, 10).

Dedica un tiempo a abrirte a esta certeza: es Dios quien te ama. Recuerda junto a su Corazón abierto la historia de su amor a ti, de tantas maneras misteriosas y escondidas que sólo tú conoces.

♥ María es para Lucas la mujer traspasada:

“... y a ti misma una espada te atravesará el corazón” (Lc 2, 35)

Mirar al traspasado para ser como María mujer traspasada.

Habla con ella de tu gratuidad en el servicio, de tu disponibilidad, del desvivirte por los otros... Pídele que te ayude a ser mujer traspasada como ella. Termina rezando conscientemente el acto de consagración.

♥ Sin dejarnos “reparar” todos los días, no “repararemos”. El sabernos “reparadas” se convierte en un dinamismo imparable de reconciliación – reparación, de comprensión de los fallos de los otros y va generando ese talante de “disculparlo todo, creerlo todo, esperarlo todo, soportarlo todo” con que Pablo nos habla del amor.

Escucha de labios de Jesús la parábola del fariseo y publicano (Lc 18, 9-14) como aquellos que presumían de ser hombres de bien y despreciaban a los demás, como nos ocurre a nosotras. Deja que las palabras de Jesús entren en tu corazón. Pregúntate:

- ✓ Necesitas dejarte “reparar”: ¿te bastas a ti misma? ¿en quién tienes puesta tu confianza?
- ✓ Necesitas “reparar” a Dios: cumplir la ley, las normas... ¿te basta?
- ✓ Necesitas “reparar” a los demás: ¿qué lugar ocupan los otros, los excluidos, los alejados, los extranjeros, los “difíciles”, los “raros”, los “torpes”... en tu corazón, en tu agenda, en tu horario...?



Qué es “Reparar” sino Amar.

Graba en tu corazón estas palabras de Jesús: “el que se humilla será ensalzado”.

★ Esta es la historia de Lidia:

Faltaban tres días para mi cumpleaños cuando decidí abandonar. Tomé una tableta entera de somníferos, salí de la discoteca y comencé a vagar, dando tumbos por las calles. Obsesionada por mi imagen, era la enésima vez que no conseguía bajar peso después de un calvario de dietas y tratamientos.

En mi grupo de amigos no eras nadie si no entrabas en la talla “34” de pantalones. Vivía en un mundo perfecto en el que mi físico era el único error. Y no podía hacer nada por cambiarlo.

Consumía drogas para disimular mi tristeza. Era de esas chicas fáciles que venden su alma por un beso. Me sentía sucia, muy sucia.

Me recogieron de una acera casi inconsciente. Eran dos chicos y dos chicas. Un grupo cristiano de esos que llevan café a los vagabundos por la noche. Precisamente el tipo de jóvenes que siempre me habían parecido ridículos y aburridos.

Parece mentira, pero a través de ellos he encontrado la paz. Me cuidaron, se preocuparon por mi.

Yo, más por agradecimiento que por interés, empecé a frecuentar su grupo, sus reuniones y sus actividades.

Al principio me parecían unos ilusos bienintencionados, pero un día, en una de sus reuniones leyeron una historia que me llegó al fondo del alma...

Aquella historia era mi propia historia

“Yo tampoco te condeno.”

Resuenan constantemente en mi esas palabras.

Si hasta entonces me sentía como una muñeca rota, aquel día alguien me recogió de la basura, me arregló y hoy...

hoy soy su favorita.



★ Si estamos llamadas a “reparar” podemos ayudarnos a buscar cómo ejercer esa tarea en el día a día de re-hacer a todo ser humano que nos encontramos por el camino.

★ También podríamos dedicar un tiempo a decirnos, después de un rato de oración, cómo y cuándo nos sentimos “reparadas” por la comunidad, por el apostolado...

Seguro que tú conoces la historia de otras “Lidias”, podéis contarlas y animaros en la vocación de “reparar”.





**III. Sacramento de amor.
La Eucaristía: banquete,
presencia, sacrificio
y signo de vida
en el carisma de las Esclavas**

Fernando Millán, o.c.

Índice

1. La Eucaristía como banquete en un mundo excluyente
 2. La Eucaristía como presencia en un mundo de ausencias
 3. La Eucaristía como sacrificio en un mundo de egoísmos
 4. La Eucaristía como sacramento de vida en un mundo de muertes:
las comidas del Resucitado
- A modo de conclusión

Propuestas para orar y propuestas para conversar





Cuando Don Marcelo Spínola, obispo por aquel entonces de Coria (Cáceres), fundaba en 1885 –junto a Celia Méndez y Delgado– las Esclavas del Divino Corazón surgía en la Iglesia española una nueva congregación religiosa que, en cierto modo, intentaría vivir las grandes preocupaciones espirituales y pastorales de sus fundadores: la consagración al Sagrado Corazón, la devoción mariana (lo que explica que ésta sea conocida popularmente como *Esclavas Concepcionistas*), la reparación, la esclavitud, la educación como campo preferencial de apostolado... y la piedad eucarística. La Congregación debería ponerse al servicio de la Iglesia, siendo fiel a los elementos fundamentales de su carisma.

Han pasado más de cien años desde entonces. El siglo XX ha sido un siglo largo y pleno de acontecimientos trascendentales de muy diverso orden: dos guerras mundiales, incontables guerras locales, convulsiones sociales, desarrollo técnico, nuevas formas políticas, nuevos medios de comunicación, etc. También ha tenido lugar un concilio ecuménico que en muchos aspectos ha cambiado la imagen de la Iglesia y la ha llevado a afrontar nuevos problemas y nuevos retos.

La espiritualidad, la teología de la vida religiosa y la pastoral han variado notablemente desde aquel mes de julio en el que un pequeño grupo de personas ilusionadas y entusiastas emprendieran la aventura de crear una nueva congregación religiosa en un ambiente –como lo era aquél de finales del siglo XIX– bastante hostil y complejo. Algunas de las notas de la identidad congregacional de las Esclavas han sufrido una severa revisión desde teologías renovadas y, sin embargo, como hemos comprobado los que nos hemos acercado a su carisma y a su espiritualidad, siguen vigentes y tienen la fuerza suficiente para seguir atrayendo a jóvenes que se sientan llamadas y que quieran entregarse generosamente a esta vocación.

Otros rasgos carismáticos de la congregación –menos ligados quizás al lenguaje, a la piedad y a la espiritualidad de una época– son aparentemente más “perennes”, más fáciles de leer y de actualizar desde otros contextos; exigen un esfuerzo menor de actualización. Y, sin embargo, resulta muy positivo que la Congregación de las Esclavas se proponga también releer estos elementos más nucleares, más comunes a la vocación general del cristiano, desde teologías renovadas, desde nuevos retos, desde nuevos lenguajes. Afrontan así el reto que debe plantearse toda familia religiosa: profundizar constantemente en su carisma, para reinterpretarlo y rejuvenecerlo desde una situación distinta a aquella en la que surgió y poder así servir mejor a la Iglesia y a los hombres y mujeres de nuestro tiempo.





Para ese fin ofrecemos estas claves de lectura de uno de los elementos carismáticos más significativos de las Esclavas desde su fundación: la devoción eucarística, aspecto que, además, resulta indispensable para comprender la experiencia religiosa del Beato Marcelo Spínola. Son cuatro claves que, a modo de sugerencia y entre otras posibles, pueden contribuir a la reflexión de esta congregación sobre su ser y su misión, algo de lo cual indudablemente nos enriqueceremos todos.

Ciertamente que la Eucaristía no es un sacramento más. Es el centro de la vida de fe, es la “fuente y la cima de toda vida cristiana” (LG 11). Las Esclavas viven este elemento básico y fundamental de la vida de fe desde la peculiaridad de su carisma, espiritualidad y misión. De hecho, muchas de las cosas que decimos aquí son válidas, en mayor o menor medida, para otras espiritualidades, sobre todo para aquellas congregaciones en las que lo eucarístico ocupa un lugar importante. Serán las mismas Esclavas las encargadas de traducir este lenguaje común a su propio dialecto espiritual, de darle ese acento propio y de revestirlas del ambiente de familia que debe darse en toda congregación religiosa. Con esa finalidad y con el afecto fraterno de quien se ha asomado a esta espiritualidad están escritas.

I. LA EUCARISTÍA COMO BANQUETE EN UN MUNDO EXCLUYENTE

Tradicionalmente la teología ha situado el origen de la eucaristía en la última cena del Señor en Jerusalén con sus discípulos poco antes de morir. Esto es evidente. Jesucristo mismo invita en el cenáculo a sus discípulos a repetir, a “hacer memoria” de aquello que está celebrando. No obstante, la teología de nuestro tiempo ha descubierto que el origen de la eucaristía debe ser concebido de forma más amplia, que no se reduce a la última cena (momento verdaderamente estelar). Por ello se tiende a hablar hoy de un triple origen de la eucaristía, que incluiría –siguiendo un orden “cronológico”– las comidas del Jesús histórico con los pecadores, la última cena de Jesús y los banquetes del Resucitado con sus discípulos. No se trata evidentemente de “tres orígenes”, sino de un único origen entendido de forma más amplia, más relacionado con toda la vida y el mensaje de Jesús. Pues bien, uno de estos “orígenes” nos interesa en principio de forma especial.

A lo largo del Evangelio Jesús aparece frecuentemente participando en comidas y banquetes. Frente a la austera figura de Juan Bautista que *ni comía ni bebía* (Mt 11,18) y a sus discípulos que *ayunaban con frecuencia* (Lc 5,33), Jesús y sus discí-



pulos banquetean. Más aún, Jesús mismo es presentado insultantemente por sus enemigos como *borracho y comilón* (Mt 11,19). Este dato no debe ser entendido como algo anecdótico. Tiene una importancia mucho mayor de lo que podría pensarse. Algún biblista ha llegado a afirmar que a Jesús lo mataron por su forma de comer. Podríamos decir que con sus comidas Jesús retoma y asume tres “tradiciones”.

En primer lugar, Jesús asume una actitud humana básica, la actitud del “comer con”, de la comensalidad, del compartir la mesa, del *convivium*. Esta actitud fundamental, precisamente por ser algo antropológicamente esencial, tiene una gran importancia en muchas culturas y religiones; se convierte en símbolo radical, en un *protosímbolo*. El compartir con alguien la mesa y el alimento crea unos vínculos especiales, una comunidad de mesa, una confianza especial. Por ello, en un lenguaje castizo todavía se dice a alguien que se toma unas confianzas excesivas: *¿cuándo hemos comido juntos?* como queriendo dar a entender que no hemos llegado a ese grado de cercanía que supone el compartir la mesa. Más aún, en la cultura clásica el banquete, el *symposion*, era un ámbito privilegiado para hablar, compartir ideas, dialogar. Así titula Platón uno de sus diálogos más célebres.

En segundo lugar, Jesús asume la tradición piadosa judía. Las comidas en la cultura judía tenían una gran importancia, incluso religiosa. El invitado participaba de la bendición (*berakot*) que elevaba a Dios el dueño de la casa (el anfitrión). En la comida se hacía memoria de la Alianza, era un momento importante, sobre todo cuando había invitados (con unas normas estrictas de hospitalidad). Por todo ello –sobre todo si se comía carne– era necesaria la purificación y la referencia a Dios que era la fuente de la vida. En cierto modo, la comida era una liturgia, una bendición, una acción de gracias al Dios de la Alianza y de la vida.

Por último, Jesús asume también una cierta tradición profética. Los profetas hablaron de la época mesiánica como un banquete (cf. Is 25,6) y el mismo Jesús retoma la imagen para hablar del reino: el banquete de bodas del hijo del rey; el padre para celebrar la vuelta del hijo pródigo; el señor que vuelve de un largo viaje y sienta a la mesa a los siervos vigilantes...

De todo ello se deduce ya lo significativo de los banquetes de Jesús. Es cierto que nuestra sociedad ha perdido muchos de estos matices antropológicos y religiosos. Nuestra relación con la comida, con el alimento no es tan honda ni tan agradecida; es más funcional, más burda, más traumática en no pocos casos. Muchas familias nunca comen juntas. Se ha perdido la sencilla costumbre de bendecir, de agradecer el don del alimento. A veces –incluso en los conventos– tras rezar con hermosas pala-





bras mostramos despecho y desagrado ante una comida. Nuestros jóvenes, educados en la cultura del *fast food* son generalmente poco sensibles ante ciertos valores de la comensalidad. Es un fenómeno complejo que nos llevaría muy lejos, pero que afecta sobremedida a nuestra percepción de la riqueza simbólica de la comensalidad que se daba en los banquetes de Jesús. No obstante –y a pesar de esa limitación cultural– intuimos la significatividad de aquellas comidas de Jesús.

Pero, además, estos banquetes tuvieron un carácter especial. Algunos rasgos los convirtieron en algo muy peculiar, provocativo, en algo que llamó poderosamente la atención de los contemporáneos de Jesús. Podríamos resumirlos en cuatro:

- a. No es un banquete que anuncia un futuro, como en los profetas (o en la apocalíptica judía, muy fuerte en tiempos Jesús), sino que es un banquete que ya hace presente el reino. El reino no es algo celestial y remoto, sino que ya está aquí. Jesús al celebrar estos banquetes presencializa simbólicamente el reino.
- b. No es un banquete sagrado, no se celebra en un recinto “ad hoc”, ni en un templo, sino en las casas, en la cotidianeidad.
- c. Los invitados principales son los pecadores a los que Jesús acoge (Lc, 15,1-2) o a veces incluso –como Zaqueo o Leví– son los anfitriones. Por ello, estos banquetes suelen incluir alguna palabra de perdón, de misericordia hacia estos pecadores que comparten mesa con Jesús (Lc 5,29-32; 7,48; 19,9). Pero curiosamente este perdón-gracia, se convierte en reproche para los soberbios que se asombran de que Jesús coma con los pecadores. Es un esquema que se repite con cierta frecuencia en los evangelios.
- d. En el marco de estos banquetes Jesús exalta la actitud de servir (*diakonein*); más aún, a veces Él mismo se identifica con el *diakonos*, con el servidor, así en Lc 22,27, en el marco solemne de la última cena (*Yo estoy entre vosotros como el que sirve*), o en Jn 13,1-5 (en el lavatorio de los pies), o en Mc 10,43-45 (*el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir*), lo cual supone una radical novedad. El término griego *diakonein* tenía un sentido meramente profano y algo peyorativo. Jesús no se aplica otros verbos de tipo litúrgico (*leitourgein, latreuein*) de “mayor dignidad”. Además Jesús invita a los discípulos a servir –imitando al maestro– y les anuncia la felicidad en el servicio. En la última cena con sus discípulos Jesús asume la actitud del siervo, les habla del servicio, les da a entender que va a consumir su servicio y su entrega al banquete del reino.



Indudablemente, este último rasgo conecta directamente con la espiritualidad de una “esclava”. Ambos términos –el *diakonos* en tiempos de Jesús y la “esclava” de nuestros días– resultan “políticamente incorrectos”, chocantes para ciertas sensibilidades. Quizás este nombre puede ser entendido y vivido desde ahí: la Esclava como servidora del reino, con toda la radicalidad que el término puede encerrar. La Esclava llamada a entregarse generosamente a ese banquete del reino. La Esclava llamada a sentar a la mesa del reino y servir a la mesa del reino, prolongando así el banquete eucarístico más allá de la misma Eucaristía. Más aún, la Esclava del siglo XXI está llamada a evitar que nadie se sienta marginado de esa mesa, nadie privado del alimento, de todo alimento, de los bienes de esta tierra.

En este sentido, tiene especial importancia en el carisma de las Esclavas el aspecto educacional (Const. 63-70). Al igual que Jesús comía con los pecadores y los invitaba a integrarse en una comunidad que compartía el mismo pan, las Esclavas intentan invitar a los marginados de nuestro tiempo a compartir el pan de la cultura, de la educación, de la formación, algo que va mucho más allá de la instrucción básica o académica y que incluye el formar hombres y mujeres más responsables, más solidarios, más justos, más realizados, con horizontes más amplios, con ilusiones renovadas. En definitiva, hombres y mujeres más felices que respondan al proyecto amoroso de Dios sobre cada uno de nosotros. Y la máxima expresión de todo esto la encuentra la Esclava en la celebración eucarística, banquete en el que renueva sus fuerzas para la misión y al que vuelve constantemente, llamada por la invitación amorosa del Maestro.

Más aún, la misma comunidad de Esclavas, que toma como centro de su vida comunitaria la celebración del banquete eucarístico, se convierte así en comunidad de mesa, en comunidad convivial, en comunidad que comparte la misma fuerza vital y que se siente convocada en torno al banquete eucarístico del Señor. Como Marcelo Spínola afirma de la Iglesia, podemos afirmar de la Congregación: *La Iglesia vive por la Eucaristía... vive de la eucaristía: es su pan, su manjar* (EMA, 8). De la eucaristía nace su cohesión como tal comunidad y en la eucaristía encuentra su máxima expresión. La Eucaristía hace de la comunidad de Esclavas un hogar que se agrupa en torno a la mesa del pan partido y de la Palabra y no una agrupación –fría y burocrática en definitiva– unida sólo en torno a unos determinados trabajos. Dejemos de nuevo la palabra a Don Marcelo:

Hay un hogar que está todo lleno del calor de Cristo y cuyas puertas tenemos de par en par abiertas: es la Iglesia. Todo el ambiente de la Iglesia es ambiente de caridad (...). Pero aunque la Iglesia toda sea hogar de caridad, hay en ella un recóndito lugar de donde brota fuego. Es más vivo que el del sol... Es la eucaristía (EMA, 18).





Pero, además, desde la misma eucaristía, la comunidad de Esclavas se siente enviada, proyectada hacia fuera; se convierte en semilla de convivialidad, de hogar, en comunidad que atestigua y anuncia la invitación de Dios a todo ser humano a participar en el banquete de la creación y de la vida. Cuanto más invitada se siente la comunidad de Esclavas al banquete del Señor, más fuerza tiene su propia invitación y su propia misión. Será así una comunidad congregada y congregadora, reconciliada y reconciliadora, llamada y *llamante*... Hará así realidad lo que expresan sus propias *Constituciones*:

De esta manera la educación se convierte en gloria de Dios, ya que cuanto hagamos para que el hombre llegue a ser responsable y artífice de su propio destino es verdadera glorificación de Dios (Const. 64).

2. LA EUCARISTÍA COMO PRESENCIA EN UN MUNDO DE AUSENCIAS

Desde los primeros siglos de la historia de la Iglesia, los cristianos han sido conscientes de que en la Eucaristía se daba una forma especial, intensa y radical de presencia del Resucitado. Ya los Padres utilizaban en sus textos eucarísticos una serie de “verbos fuertes” –griegos y más tarde latinos– para explicar la llamada *conversio eucharistica*, es decir, la conversión que se operaba en los dones del pan y el vino tras la consagración, por la fe de la comunidad y por la fuerza del Espíritu Santo. Esos verbos, cuya traducción a las lenguas modernas no siempre resulta fácil, venían a significar algo parecido a “hacerse”, “convertirse”, “transformarse”, “consagrarse”, etc. Los Padres no tenían el interés de precisión que tiene nuestra teología moderna. Su forma de presentar las cosas era, por lo general, más libre, más colorista, más vital incluso, pero también más imprecisa, al menos para la forma moderna de entender la teología.

En cualquier caso, la teología desde entonces ha intentado interpretar ese misterio central de nuestra fe: que Cristo Resucitado se hace presente en los dones del pan y el vino, en la eucaristía. Ha sido un tema controvertido y polémico e incluso, ha sido uno de los puntos de fricción entre diversas iglesias y confesiones cristianas. En líneas generales se han dado dos riesgos antagónicos: o bien explicar de forma excesivamente realista, materialista, carnal esa presencia, cayendo en un realismo un tanto burdo (lo que en la historia de la teología se ha denominado *cafarnaitismo*); o





bien –en el extremo contrario– reducir la presencia de Cristo a algo vacío, a un mero recuerdo, a un símbolo hueco, a algo “psicológico”, intelectual en la mente o en la imaginación del creyente.

Es muy difícil expresar cómo y en qué consiste esa presencia de Cristo en los dones eucarísticos. Durante siglos se han ensayado muy diversas explicaciones de este misterio. Los teólogos de la alta Edad Media –la llamada *teología monástica*– no eran capaces de salir del dilema entre una presencia real (que para ellos era sinónimo de carnal) y una presencia simbólica (que para ellos era sinónimo de ficticia o irreal). La alta Escolástica va a explicar esta cuestión utilizando una categoría tomada del binomio aristotélico sustancia/accidentes, de tal modo que, tras la conversión eucarística, si bien permanecen los accidentes del pan y del vino, cambia la sustancia de los mismos; ya no son pan y vino, sino cuerpo y sangre de Cristo. Es la célebre transustanciación. Esta explicación ha sido asumida por el magisterio de la Iglesia que la ha considerado una forma muy apta de explicar el misterio de la presencia real de Cristo en la eucaristía.

En nuestros tiempos, desde categorías filosóficas diversas y desde sensibilidades distintas, se han dado varios intentos de explicar y de interpretar este misterio. Algunos teólogos han hablado de *transignificación* (el pan y el vino son signos realizadores de la presencia real de Cristo); de *transfinalización* (el ser de las cosas viene determinado por la referencia al hombre, por ello el pan y el vino se convierten –son– para nosotros el cuerpo y la sangre de Cristo); o de *escatologización de los dones* (el pan y el vino se convierten en primicias que anticipan la presencia escatológica y total de Cristo que será todo en todos).

Quizás éste sea uno de esos temas en los que debemos hacer una teología arrodillada o genuflexa, una teología humilde que se rinde ante el misterio y que lo reconoce como tal.

En cualquier caso, la presencia de Cristo en la eucaristía no debe ser entendida como un problema teológico neutro, como un problema de física o de química que sólo un teólogo o un intelectual puede captar, como una presencia estática. Es un misterio de amor y, por ello, se trata de una presencia que sólo se entiende desde la fe y desde el amor. Cristo no sólo está ahí, sino que está ahí entregado, donado. Este es el triple reto para la Esclava ante este misterio: descubrir, adorar y anunciar. Descubrir amando; adorar dejándose cautivar por el misterio; y anunciar con humildad esa presencia que se prolonga en la vida de cada día. Por ello, Spínola se refiere a la eucaristía como *el sacramento del amor* (EMA, 47), frase con la que encabezamos este trabajo.





La presencia de Cristo es por tanto presencia amorosa, transformante, provocativa. Es una presencia que se convierte en objeto de adoración, de contemplación. Es además presencia que llama, que convoca, que aglutina, que invita a sumergirnos en el misterio y a dejarnos transformar por él (cf. Const. 3). Más todavía, es presencia que envía, que lanza a la Esclava a ser portadora de presencia en medio del mundo. La adoración eucarística, si es honesta, es necesariamente apostólica. La Esclava hace presente, pobre, humilde, desproporcionadamente, esa presencia. En un mundo lleno de vacíos y de ausencias, la Esclava es testigo de que no estamos solos, de que no vivimos para encerrarnos en nuestra soledad egoísta, en el fondo llena de frustraciones y de angustias, sino que Cristo, el gran presente en la eucaristía de la vida nos acompaña, misteriosa y sutilmente en nuestro caminar.

En nuestros días vivimos la paradoja de la comunicación. Gozamos de medios técnicos impensables hace unos años, muchos de ellos asequibles a amplios sectores de la población. Sin embargo, también descubrimos en la vida de nuestros contemporáneos grandes soledades, una terrible sensación de incomunicación, de aislamiento. Quien hace de la eucaristía el centro de su vida, siente en los hondones del alma la presencia de Dios. Es una presencia inefable, pero contagiosa. Un creyente, (más si cabe un religioso o religiosa y más aún un religioso perteneciente a una congregación con un cierto tono eucarístico) no es un iluso, ni un visionario. Es un hombre o una mujer con los pies en el suelo, realista, sensato. Es alguien que se deja impresionar por los grandes y los pequeños problemas de nuestro tiempo, alguien “impresionable”, sensible, permeable a las lágrimas ajenas. Pero, al mismo tiempo, siente en su interior un gozo y una esperanza honda, sabe que no está sólo, sabe que el mundo está transido de Dios hecho carne, hecho palabra, hecho eucaristía. Es aquella *ininterrumpida encarnación* de la que hablaba Spínola en sus *Pláticas a las Esclavas*, y recogida por las *Constituciones* (cf. Const. 3). En la Eucaristía, Jesús sigue encarnándose, sigue haciéndose presente en nuestro caminar, sigue poniendo su tienda en medio de nosotros, sigue despojándose de su condición de Dios, haciéndose uno de tantos y descendiendo a lo más bajo de la condición humana (cf. Flp 2,6-11). Es éste un tema frecuente e importante en la espiritualidad eucarística de Don Marcelo Spínola. Valga un ejemplo:

Cristo en la Encarnación enseñó humildad, y Cristo en la Eucaristía, que es como una nueva Encarnación, sigue enseñándonos esa virtud. Por medio de la Encarnación se anonadó, revistiéndose de la naturaleza humana y tomando la forma de hombre; pero en la Eucaristía no sólo esconde su divinidad, sino que oculta su sacrosanta humanidad, apareciendo bajo la forma de pan. (EMA, 14; cf. EMA, 4 y 13).



Dos elementos más se podrían todavía destacar de este aspecto de la teología eucarística que pueden ser de especial interés para la espiritualidad de una Esclava.

En primer lugar, debemos señalar que, como ya hemos indicado, el término que más se ha empleado para designar la *conversio eucharistica* ha sido el de “transustanciación”. Incluso el magisterio de la Iglesia, tanto antiguo como reciente, ha insistido en la validez de esta expresión que, sin ser una categoría dogmática, tiene una gran tradición y muestra de forma muy apta (*aptissime* en la expresión del Concilio de Trento) el misterio de la conversión eucarística. Pues bien, podemos decir que –de forma análoga– el cristiano que participa en la eucaristía está llamado a prolongar esa trasustanciación, a “transustanciar” el mundo, a cristificarlo, a transformarlo según los valores del reino y los designios salvíficos de Dios. La Esclava, que por la peculiaridad de su carisma vive de una forma especial esa dimensión eucarística de la vida cristiana, está llamada a llevar a cabo esa trasustanciación (de forma análoga, repítamoslo) en medio del mundo, concretamente en la tarea educadora en la que desempeña su labor. La piedad eucarística nos lleva en último término a transustanciar la vida y no sólo los dones. El pan y el vino son en este sentido primicias de la recapitulación de todo en Cristo hacia la que avanzamos.

Ya San Juan Crisóstomo en el siglo IV señalaba que en la Eucaristía se daría una doble conversión: la de los dones del pan y el vino en el cuerpo y la sangre del Señor y la conversión de nuestra mentalidad y de nuestro corazón que se traduce en la conversión de nuestros bienes en bienes para los otros o, dicho de modo actual, la conversión que nos lleva a compartir lo nuestro con los demás. La primera conversión atañe más directamente al sacerdocio ministerial, pero la segunda (¡sin dejar de ser Eucarística!) atañe al sacerdocio común y apunta hacia la transformación de la historia, de la vida, de la sociedad, de tal modo que el pan partido y compartido (en el caso de la Esclava, el pan de la educación, de la formación, de la cultura, de la catequesis...) llegue a todos y nadie se sienta excluido de los bienes de esta tierra. Sería difícil encontrar una formulación más adecuada para hablar de eso que algunos han llamado “dimensión política” de la Eucaristía. Dicho de otro modo, el memorial de la cena y del sacrificio del Señor lanza al creyente al mundo para “transustanciarlo” y para convertirlo en un verdadero banquete de comunión universal. Ahí estaría la peculiaridad (y la grandeza) del sacerdocio común.

En segundo lugar, la presencia real de Cristo en la Eucaristía, presencia que es objeto especial de adoración por parte de la Esclava, puede ser traducida o interpretada, de forma un tanto libre del siguiente modo. Ya desde el libro del Exodo,





Dios se presenta a Moisés como “el que es”, como Yahvé (*soy el que soy*). Esta frase ha tenido multitud de interpretaciones. Todos intuimos que algo grande se esconde tras esta presentación de Dios. Algunos lo interpretan como el Dios que trasciende todo, el que es sin atributos específicos, el que es por sí mismo, el que da el ser, el puro ser, el innombrable, etc. Pero también podríamos interpretarlo como sigue: Dios se presenta a sí mismo como el que “está ahí”, el que está presente. Esta frase en castellano tiene un valor especial. De un buen amigo decimos que está ahí cuando le necesitamos, cuando hace falta, o simplemente que siempre “está ahí”. Más aún, de una persona cuya presencia es agradable, enriquece, no cansa ni estorba, decimos que “sabe estar”. En todos estos casos “estar” es algo más que una presencia fría, anónima o neutra. Es una actitud que dice mucho de quien está ahí. Cristo eucaristía, como los buenos amigos, siempre está ahí: acompañando, consolando, apoyándonos... silenciosa y discretamente está ahí. Muchas veces –como también ocurre con los buenos amigos– nos olvidamos de su presencia y le ignoramos, pero Él sigue ahí, con esa fidelidad que sólo se da en la amistad bien entendida. Es el *ecce adsum* que llamaba la atención de Don Marcelo: *aquí estoy obrando el prodigio que presenciamos desde entonces de que Jesucristo sin abandonar el cielo vive en la tierra...* (EMA, 47).

La Esclava toma conciencia gozosa y agradecida de esa presencia. Cristo, el amigo, está ahí. La Esclava acude a Él en el momento de gozo y en el de desánimo y cansancio. Lo expresa de forma muy hermosa Santa Teresa de Avila –de cuyos textos parece haber alguna influencia en los escritos de Spínola (cf. EMA, 24,34)– cuando afirma: *Compañero nuestro en el Santísimo Sacramento, que no parece fue en su mano apartarse un momento de nosotros (...). Es ayuda y da esfuerzo; nunca falta; es amigo verdadero* (Vida 22,6). Y también el Beato Marcelo Spínola indica que Jesucristo es *nuestro amigo fiel; su Corazón, el corazón del amigo mejor entre todos los amigos; por eso ha instituido la eucaristía* (EMA, 26).

Terminemos este apartado con dos hermosos textos aunque muy dispares entre sí. En primer lugar, una reflexión del beato Spínola sobre la Eucaristía y la Encarnación, concebidos en continuidad o, más aún, como dos manifestaciones de un único misterio:

Los Santos Padres convienen en que la Eucaristía es la continuación de la Encarnación, o ésta el principio de aquella. El Jesús de nuestros altares es el mismo que comienza a ser. Y por cierto que hay rasgos de semejanza. Anonadamiento en el Tabernáculo, anonadamiento en el seno de María; inmolación, inmolación; obediencia, obediencia.



Cada vez que miremos a la Eucaristía debemos acordarnos de la Encarnación y los devotos de ella debemos celebrar este día como el día grande en que tiene comienzo ese imperio de amor, nuestra dicha y nuestra gloria (EMA, 13).

El segundo corresponde a un poema de Gloria Fuertes en sus *Historias de Gloria, Amor, humor y desamor*, en el que, con gran sensibilidad, la poetisa nos habla de lo que significa la presencia de una persona que nos ama. Es más que válido para expresar lo que significa esa presencia de Cristo (liberadora, estremecedora, llena de consuelo, entrañable) en el alma del creyente:

*La presencia
es vista y no vista.
Se siente,
como si te besan con la luz apagada,
te estremeces, no ves nada.*

*Sientes eso que se siente,
cuando te liberas de una tenaza.
La presencia invisible
te seca el sudor de una lágrima
no suele ser una persona conocida,
no habla,
huele a esencia esencial,
no os la puedo describir,
es muy alta...*

3. LA EUCARISTÍA COMO SACRIFICIO EN UN MUNDO DE EGOÍSMOS

En nuestra sociedad actual todo lo relacionado con el “sacrificio” tiene mala aceptación. Nos parece que sacrificarnos equivale a disminuir, a menguar, a rechazar la plenitud que todos pretendemos adquirir de alguna manera. Es sinónimo de frustración. Más aún, el sacrificio nos recuerda a lenguajes pretéritos y desfasados, impropios de personas libres y responsables. La publicidad nos invita constantemente a no privarnos de nada, a no decir no a nada, a satisfacer todas nuestras pretendidas





necesidades o nuestros caprichos. En la enseñanza (campo en el que la Esclava desarrolla su labor), observamos cómo en muchas familias se sigue la política de no negar nada a los niños e incluso se defiende que hacerlo supondría frustrar al niño, traumatizarle, impedir que despliegue todas sus posibilidades.

Sin negar que en todo ello pueda haber algo de verdad, también percibimos una cierta nostalgia por valores como la generosidad, la entrega o la capacidad de sacrificio, valores que pueden llevar en ciertos momentos a renunciar a algo de nosotros mismos (tiempo, aptitudes, proyectos, afectos, bienes) para darlo al otro. Incluso no falta quien descubre con cierta dosis de desengaño que tras el valor (innegable) de la autorrealización, se esconden solapados muchos egoísmos y mezquindades. Intuimos que sin una cierta dosis de sacrificio nada puede funcionar, ni las parejas, ni las familias, ni las comunidades religiosas, ni los proyectos vitales...

También en la pastoral y en la predicación de nuestros días se tiende a evitar –indudablemente con la mejor intención pastoral– el aspecto sacrificial de la Eucaristía. Además, este tema ha sido muy controvertido en la historia de la teología eucarística. Ciertas desviaciones medievales provocaron la reacción de los teólogos de la reforma, quienes, por su parte, tendieron a rechazar en la Eucaristía todo carácter sacrificial, cayendo así en algunos casos en el error contrario. Por la ley del péndulo, la teología posttridentina (y, sobre todo, ciertas piedades eucarísticas) expresaron esta dimensión con lenguajes algo victimistas, “inmolacionistas”, dando con ello una imagen un tanto deformada de lo que significa verdaderamente para el cristianismo lo sacrificial. Con ello –probablemente sin pretenderlo– la misma imagen del Dios Padre quedaba distorsionada y se le identificaba con un Dios colérico que necesita la sangre para perdonar o más bien para que se aplaque su cólera. En definitiva un Dios bastante lejano del Dios del amor y de la misericordia del que nos habló Jesucristo.

A la hora de hablar del carácter sacrificial de la Eucaristía debemos evitar dos riesgos: o bien negar este carácter sacrificial reduciéndolo a algo vacío (un “mero” recuerdo del sacrificio de Cristo en la cruz), o bien considerar a la Eucaristía como un sacrificio en cierto modo “autónomo” una reiteración del sacrificio de Cristo en la cruz. La Eucaristía está esencialmente vinculada con la cruz, sacrificio perfecto e irrepetible según la misma Escritura (cf. Heb 7,27; 9,12). Por ello, como ha afirmado en alguna ocasión Juan Pablo II, debemos ser conscientes de que *la celebración eucarística no es otra cosa que el sacrificio de la cruz; la misa y la cruz son el mismo y único sacrificio* (Mensaje al Congreso eucarístico de Lourdes de julio de 1981).



El mismo Jesús de Nazaret, la noche en que iba a ser entregado a su pasión (como recordamos en cada Eucaristía) celebró con sus discípulos la que sería su última cena. En ella anticipaba de forma simbólica e incruenta lo que iba a ocurrir al día siguiente, su entrega total y su donación a la causa del reino. Él mismo, de varios modos y en momentos diversos, se había identificado con el *diácono*, con el servidor del banquete del reino, al cual estamos llamados todos y de forma muy especial los pecadores. Pero ese servicio de Jesús al reino no fue un servicio parcial, no fue una predicación o anuncio de una causa –por muy elevada y hermosa que ésta fuera– sino una entrega total, la donación de su propia persona sin reserva alguna, un verdadero sacrificio.

Los estudiosos discuten si la última cena de Jesús con sus discípulos fue o no fue una cena pascual o, al menos, si coincidió en el tiempo con la cena de pascua de los judíos. En los sinópticos parece ser que Jesús celebró la cena pascual y que esa fue su intención. Sin embargo en el relato de Juan parece que la cena de Jesús tuvo otro sentido y que, además, se anticipó en un día a la cena de pascua de los judíos (por lo que estos, por ejemplo, no quieren entrar en el pretorio para no contaminarse y así poder celebrar la pascua). En cualquier caso, parece evidente que la “última cena” tuvo lugar en el marco de las fiestas pascales. Por ello, no resulta extraño que los primeros autores cristianos identificaran a Jesús con el cordero pascual, el nuevo y definitivo sacrificio. El evangelista Juan llega incluso a hacer coincidir la muerte de Jesús en la cruz con la matanza de los corderos en el templo, dando así a entender que la muerte de Jesús supone el sacrificio que sella la nueva y definitiva alianza en Cristo.

Otro dato resulta importante para vincular la última cena con el servicio de Jesús a la causa del reino. Nosotros contamos con cuatro relatos de la última cena de Jesús con sus discípulos: los de los evangelios sinópticos (Marcos, Mateo, Lucas) y el relato de Pablo en I Corintios 11. Generalmente los exegetas suelen agruparlos en dos “tradiciones”, de modo que los relatos de Marcos y Mateo formarían parte de una tradición jerosolimitana, más cercana a lo judío, mientras que Pablo y Lucas transmitirían una tradición antioquena, más cercana en líneas generales al mundo pagano. En cualquier caso, no deja de resultar sorprendente que el evangelio de Juan no nos describa la última cena de Jesús. En su lugar incluye un episodio que no aparece en ningún otro lugar del Nuevo Testamento, el lavatorio de los pies (Jn 13,4-12). Muchas veces hemos oído hablar de este episodio como un ejemplo de humildad de Cristo para sus discípulos e indudablemente lo es –como el mismo Jesús lo indica en las palabras que siguen a este gesto (cf. Jn 13,13-18)– pero hay algo más y algo muy importante. En cierto modo Juan suple la cena con este episodio como si quisiera indicarnos





que Jesús iba a culminar su labor, su servicio a la causa del banquete del reino. Jesús va a desempeñar su función, la del diácono, la del siervo. No es casual que Lucas, en el mismo contexto de la cena sitúe también el llamado *logión del servicio* (cf. Lc 22,24-30).

Cada vez que participamos de la Eucaristía hacemos memoria de aquel único sacrificio y lo actualizamos, lo hacemos presente, sentimos su fuerza salvífica que perdura a través del tiempo y del espacio, en la celebración de la Iglesia, ella misma cuerpo místico de Cristo. Hacer memoria (*anámnesis*) no significa solamente recordar intelectual o mentalmente, es mucho más. Significa revivir aquel hecho salvífico, participar de él, para que siga dinamizando nuestra existencia mientras caminamos lentamente hacia el banquete definitivo. Tiene incluso una dimensión afectiva, puesto que el sacrificio de Cristo no fue un sacrificio ritual, legal, prescrito, sino la consecuencia última de su donación amorosa (*los amó hasta el extremo...*).

La Esclava que está llamada por su vocación a vivir intensamente una sólida devoción eucarística debe descubrir con gozo este carácter sacrificial de la eucaristía. Esta representa (en el sentido más hondo de la expresión) el sacrificio y la entrega de Jesucristo, misterio de amor de Dios por la humanidad. En la Eucaristía se actualiza aquel amor de Cristo y, como señaló el beato Spínola (refiriéndose precisamente al sacrificio eucarístico), *el amor tiende a perpetuar sus obras* (EMA, 4). Más aún, ella misma está llamada a ponerse al servicio de la causa del reino, a prolongar también ese amor, a transmitirlo generosamente, a transparentarlo en medio de las contradicciones y oscuridades de la vida de cada día.

La entrega de la Esclava, que se renueva constantemente en la Eucaristía, de la que recibe la fuerza para seguir caminando, se plasma en su servicio a los jóvenes en el campo de la educación. Ese servicio debe tener una tonalidad eucarística, esto es, debe nacer de la experiencia del amor de Dios (experiencia que se percibe de forma intensa en el banquete eucarístico). Por ello, la piedad eucarística y la devoción al Corazón de Jesús no pueden considerarse aisladas en el carisma de las Esclavas (cf. EMA, 10, 40-50). De hecho, Spínola traza un vínculo frecuente entre la devoción al Sagrado Corazón y la piedad eucarística. En la Eucaristía Jesús volcó lo mejor de su amor por la humanidad, fue el gesto definitivo y generoso de un corazón enamorado:

Es, no hay duda, nuestro amigo fiel; su Corazón, el corazón del amigo mejor entre todos los amigos. Por eso ha instituido la Eucaristía (EMA, 26). *La Eucaristía no es una reliquia como los clavos; es Cristo viviente y es Cristo enamorándonos porque es Cristo todo entero, con su Corazón. Sólo el amor llama al amor y el amor tiene su asiento en el corazón* (EMA, 38).



También la Esclava pone el corazón en esa tarea. Y aunque la “imitación” sea hoy un concepto espiritual un tanto en desuso, debe imitar la actitud del maestro que no tiene reparo alguno en desempeñar Él mismo la función del siervo y proclamar que éste es mayor que el que se sienta a la mesa (cf. Lc 22,27).

Dejemos para concluir la palabra al beato Spínola:

Quando se vive a la sombra de la Eucaristía se hace todo por amor. Bueno es el temor, bueno es el deseo del cielo, pero es mejor el amor divino. Cuando se practican las cosas por este impulso crecen en valor (EMA, 11).

4. LA EUCARISTIA COMO SACRAMENTO DE VIDA EN UN MUNDO DE MUERTES: LAS COMIDAS DEL RESUCITADO

Además de las comidas de Jesús con los pecadores y de la última cena, también las comidas del Resucitado con sus discípulos pueden ser consideradas como formando parte del origen escriturístico de la Eucaristía. Cuando leemos los relatos de las apariciones del Resucitado no caemos en la cuenta de la importancia que tiene lo convivial, el comer con aquellos que habían sido sus discípulos.

Así, en el libro de los Hechos, ya se nos indica que el Resucitado se dirige a sus discípulos *mientras estaba comiendo con ellos* (Hch 1,4) y, poco más adelante (Hch 1,6), se habla de *hoi synelthontes* (los reunidos, los convocados), término que tiene claras resonancias eucarísticas. En Hch 10,40-42, Pedro insiste en que el Señor se *apareció a nosotros... que comimos y bebimos con Él*. Este dato aparece descrito por Lucas también en el evangelio cuando señala que el Resucitado *comió un pez delante de ellos* (Lc 24,43).

Pero hay, sobre todo, dos grandes escenas de resurrección en las que la “comida” está muy presente. Ambas tienen claras resonancias eucarísticas. En primer lugar hay que destacar el relato de los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35). En el camino (símbolo de la vida), los dos discípulos muestran su decepción por lo ocurrido en Jerusalén. Sienten la gran tentación del desánimo, de “volver a Emaús”. Junto a ellos aparece un caminante misterioso que les explica el sentido de lo que había ocurrido, pese a que en un primer momento parecía no conocer los hechos. Cae la tarde y los caminantes invitan al misterioso personaje a hacer posada con ellos. Estos reconocen a Jesús en la “fracción del pan” (*en te klasei tou artou*) término especialísimamente eucarístico en el mundo lucano.





En segundo lugar, en un ámbito muy distinto del Nuevo Testamento (Jn 21), habría que destacar la aparición del Resucitado en el lago de Tiberíades. Este hermoso relato (más allá de los problemas textuales) nos presenta a los discípulos de nuevo en Galilea, dedicados a su antigua profesión. Así, al amanecer y tras una noche sin pescar nada de nuevo aparece un personaje misterioso en la orilla. Aunque no le reconocen éste les invita a echar de nuevo las redes. Juan le reconoce (*es el Señor*). Van hacia la orilla y el Señor les espera con una comida preparada (pan y peces, signos típicamente eucarísticos para la comunidad primitiva). Él mismo es de nuevo el anfitrión. Podríamos decir que restaura la “comensalidad”, la comunión de la mesa, rota por el abandono de los discípulos. Además aparece en el versículo 13 la expresión *er-jetai to lesous* (viene entonces Jesús) que nos recuerda (con cierto tono litúrgico) la oración esperanzada de la Iglesia primitiva: *Ven Señor Jesús*.

En definitiva, podemos afirmar (y habría otros ejemplos) que la comensalidad, el banquete, el *convivium* desempeña un importante papel en los relatos de la resurrección del Señor. Las consecuencias son muy amplias y de un gran calado teológico, pero nos vamos a detener en dos aspectos fundamentales.

En primer lugar, estas escenas no dejan de tener un cierto carácter de perdón, de reencuentro e incluso (al menos, para los discípulos) de reproche. El maestro, que había muerto completamente abandonado por los suyos –por los que habían comido y bebido con él– vuelve a reunir a sus discípulos, vuelve a convocarles, a sentarles a su mesa. El pastor reúne de nuevo a su grey dispersa tras su muerte, sin un reproche por su parte, sino en amor y alegría. Es –digámoslo ya abiertamente– la eucaristía de la comunidad que se encuentra gozosamente con su Señor, el viviente, que les congrega en el amor.

En segundo lugar, resulta curioso que en ambos textos (en realidad en todas las imágenes de Resurrección) se dé una extraña presencia del Resucitado, incluso una cierta confusión: le ven pero no le ven, le ven pero no le reconocen, cuando le reconocen desaparece, le ven pero no se atreven a preguntarle... Todo ello tiene un profundo sentido teológico. Se trata de la nueva presencia del Resucitado. Es el mismo que habían conocido en su vida terrena, pero ya no se le percibe de igual manera. Solamente desde la fe se capta su presencia. Pues bien, la Eucaristía es el momento culminante y privilegiado de esa nueva presencia. En la Eucaristía sentimos cercano al Resucitado. Como los de Emaús, sentimos su compañía en el camino de la vida, camino que a veces se hace largo, monótono, incluso doloroso. Como Juan y Pedro en el lago, sentimos al resucitado entre dos luces (como muchas veces transcurre nues-



tra propia vida). Como Juan en la barca debemos ser verdaderos “contemplativos” que saben descubrir amorosa y confiadamente la presencia del Señor en el mundo, en la historia, en las realidades, en las luces y en las sombras.

Resulta curioso observar en la biografía de Don Marcelo Spínola cómo éste hizo una verdadera peregrinación existencial a través de diversos destinos pastorales, no exentos de problemas, de incomprendiones, de soledades e incluso de desilusiones. Todo ello queda reflejado indirectamente en sus reflexiones eucarísticas, sin amargura, sin resentimiento, sin rencores de ningún tipo, con una grandeza de ánimo extraordinaria (cf. EMA). Por ello quizás, Spínola se muestra muy sensible hacia esta dimensión eucarística. En la Eucaristía sentimos esa compañía en el desamparo, esa presencia que nos fortalece en el camino de la vida:

Ved exactamente lo que es la Eucaristía. Las penas que nos rodean son muchas en número y muy grandes en calidad. No encontramos consuelo para ellas en parte alguna. El mundo es un desierto (...) ¡Pobres mortales! Pero ahí está la Eucaristía. Nada más dulce que reposar a su sombra (EMA, 30; cf. EMA 23,25,26,34).

Hay todavía un elemento más que merece la pena ser destacado y que está en conexión con lo que acabamos de decir. La Eucaristía en el mundo del libro de los Hechos se celebra en un ambiente de *agalliasis*, esto es, de gozo, de alegría, de exultación. La eucaristía no es el recuerdo de un acontecimiento trágico —el fracaso y la muerte del maestro— sino la celebración gozosa de la vida que en Él ha vencido a la muerte.

Las Esclavas, que hacen de la Eucaristía uno de los elementos fundamentales de su especificidad carismática, están llamadas a vivir intensamente esta dimensión esencial de la Eucaristía. Precisamente en un mundo que muchas veces sucumbe ante la cultura de la muerte, de la violencia, del terrorismo, de la guerra, de la eliminación sistemática de los más débiles... la Eucaristía nos recuerda y nos hace presente la victoria de la vida, nos recuerda que Jesús es el *Kyrios*, el Señor, el dueño y el sentido último de la historia humana, muchas veces plagada de pequeños y grandes dramas, de enigmas, de sinsentidos y oscuridades. En la Eucaristía la Esclava se encuentra personalmente con el Dios de la vida. En ella renueva constantemente su apuesta por la vida y halla la fuerza para mantener esa opción.

Más aún, dado que la Esclava desarrolla su labor fundamentalmente en la enseñanza, debe dar en ese ámbito un testimonio continuo de su opción por la vida. Nada más contradictorio que un creyente que, haciendo de la Eucaristía el centro de su existencia, no se siente profundamente enamorado de la vida y no contagia de al-





gún modo esa pasión. Spínola, en una frase no exenta de audacia, llega a afirmar sin ambages que nadie ha amado al mundo (con el tono peyorativo que esta palabra podría tener para ciertas sensibilidades de finales del XIX) como Cristo. El cristiano renueva en la Eucaristía ese amor por el mundo:

Para el mundo vivió, trabajó, padeció y murió. Al mundo dio cuanto tenía, sus méritos, su gracia, su vida, su Madre, y cuando el mundo se declaraba contra Él, todavía lo amaba. Este amor no fue de un día. Ha quedado inmortalizado en la Eucaristía, su magisterio, sus ejemplos, su sacrificio. Es el trono de su amor (EMA, 13).

El mundo juvenil es especialmente sensible –muchas veces de forma inconsciente– a los grandes cambios sociales y culturales. Por ello es una víctima fácil de la cultura de la muerte. No nos referimos tan sólo a algunos de los dramas de nuestra juventud (la droga, la violencia, los malos tratos familiares), sino también al peligro de una existencia anodina, chata, sin ilusiones ni horizontes. La Esclava que vive la Eucaristía y que en ella descubre e intuye el horizonte amplio de los planes de Dios, el proyecto amoroso de Dios para todo hombre y mujer no puede por menos que ser anuncio constante de esa buena noticia, generadora de ilusión, constructora (o, al menos, artesana) de esperanzas... Con Don Marcelo Spínola puede exclamar que *la Eucaristía y el Corazón de Jesús son la esperanza de los desesperados (EMA, 47).*

Ello no la aparta de los problemas de sus contemporáneos. No se trata de un pseudopentecostalismo desencarnado y en último término insolidario. Sabe que el pan de la Eucaristía está amasado también con las infinitas lágrimas de los seres humanos. Lleva esos dramas al altar y pide solidariamente por todas las necesidades. Pero sabe también que el mal, el pecado, la muerte en definitiva, no tienen la última palabra, no son el destino ni la vocación del ser humano. Por ello en su labor educadora debe invitar al joven a buscar su vocación última, a desplegar sus potencialidades, a gozar sincera y realmente del don de la vida.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La riqueza teológica de la Eucaristía desborda cualquier intento de sistematización. De hecho la Iglesia siempre ha utilizado diversos nombres para referirse a este sacramento, como si, de forma inconsciente, quisiera reconocer que la grandeza de este sacramento hace que sea imposible encerrarlo en un sólo nombre o en una definición, que el misterio le desborda. Por ello, nos hemos limitado a estas claves que





hemos considerado más actuales o con repercusiones más significativas para el mundo de hoy. No son claves exclusivas del carisma de esta congregación, pero sí deben ser consideradas líneas de fuerza para una congregación que hace de la Eucaristía uno de los elementos fundamentales de su vocación.

En cualquier caso, la Esclava está llamada a profundizar constantemente en el sentido de su piedad eucarística, siendo conscientes de que no está ante una “devoción” más, o ante un elemento carismático entre otros, sino ante el centro vital de la vida cristiana. Articular los diversos elementos de su carisma y los diversos ámbitos de su vida y misión con la Eucaristía es y debe ser una tarea fundamental en la vida de la Esclava y de la comunidad.

Participar intensamente de la Eucaristía; saborear “el misterio de nuestra fe”; constituirse como comunidad aglutinada en torno a la mesa del Señor; presentar en el altar las luces y las sombras de la vida; compartir la mesa del pan y de la palabra; sentirse enviada a anunciar la victoria pascual de Cristo; adorar humildemente la presencia humilde... son algunas de las formas en las que se traduce esa piedad eucarística. Vivirlas con sencillez y honestidad da sentido pleno a la vida de la Esclava. ♥





BIBLIOGRAFÍA BÁSICA PARA PROFUNDIZAR

- AGUIRRE, R., *La mesa compartida* (Sal terrae, Santander 1994).
- BOROBIO, D., *La Eucaristía* (BAC, Madrid 2002).
- CABA, J., *Cristo, pan de vida. Teología eucarística del IV Evangelio* (BAC, Madrid 1993).
- ESPINEL MARCOS, J. L., *La eucaristía del Nuevo testamento* (San Esteban/Edibesa, Salamanca/Madrid 1997).
- GARCIA PAREDES, J. C. R., *Iniciación Cristiana y Eucaristía* (Ed. Paulinas, Madrid 1992) 197-445.
- GERKEN, A., *Teología de la eucaristía* (Paulinas, Madrid 1991).
- GESTEIRA, *La Eucaristía, misterio de comunión* (Sígueme, Salamanca 1992).
- J. A. SAYÉS, *El misterio eucarístico* (BAC, Madrid 1986).

SIGLAS

- Const. *Constituciones. Esclavas del Divino Corazón* (Madrid 1982).
- EMA. BEATO MARCELO SPÍNOLA, *La eucaristía memorial del amor* [Selección de textos a cargo de C. Montoto. Estos textos aparecen recogidos en una selección más amplia titulada *Marcelo Spínola. Su espiritualidad a través de sus escritos* (Granada 1984), en la que aparece la procedencia de los textos].



Propuestas

♥ “Tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por todos” (Mc 10, 45)

Jesús interpreta su vida en clave de servicio y de entrega de la vida, que culmina en el lavatorio de los pies (Jn 13, 1-15). La Esclava está llamada a sentar a la mesa del Reino y servir a la mesa del Reino, prolongando el banquete eucarístico más allá de la misma Eucaristía.

Entra en la casa dónde Jesús está reunido con sus discípulos para comer juntos la cena de Pascua. Contempla a Jesús levantándose, quitándose el manto, ciñéndose la toalla, tomando la jarra y la jofaina y poniéndose de rodillas delante de cada uno de sus discípulos para lavarles los pies.

Es su manera de estar ante los otros, ante sus defectos, sus fallos, sus pecados... Todo eso que a nosotras nos lleva a juzgar con severidad, a criticar, a distanciarnos, a no hablar a la persona, a él le impulsa a acercarse, a ponerse de rodillas para lavarlo y devolver al otro la posibilidad de seguir caminando. Deja que sus sentimientos invadan tu corazón y sus actitudes tus acciones. Graba en tu corazón las palabras de Jesús: “He venido a servir y a dar la vida”.

♥ Dedicar un tiempo de oración a contemplar algún encuentro de Jesús con alguna persona o grupos que estaban en los márgenes de la sociedad de su tiempo.

Mírale:

- ✓ Curando enfermos: Jn 5,1-18; Mt 9, 27-31; Mt 8, 28-34; Lc 5, 12-15
- ✓ Entrando en relación con los extranjeros: Mt 8, 5-13; Mt 15, 21-28
- ✓ Sentado en la mesa de pecadores: Lc 5, 27-32; Lc 19, 1-10
- ✓ Relacionándose con las mujeres: Lc 13, 10-17; Mt 9, 18-26; Jn 4, 1-26; Jn 8, 1-11

Mira después en dirección a los márgenes de nuestro mundo y pregunta a Jesús cómo puedes ser presencia suya ahí, cómo puedes poner todo lo que tienes al servicio de la gente que hoy vive en condiciones de sufrimiento, pobreza, exclusión...



♥ Dicen nuestros Fundadores:

“Jesucristo es en la Eucaristía presencia silenciosa que conforta.”

“Jesucristo en la Eucaristía nos ha dado la vida, que es luz en el entendimiento, energía en la voluntad, bienaventuranza en el corazón.”

“La Hostia...es Cristo viviente, y es Cristo enamorándonos porque es Cristo todo entero, pero Cristo con su Corazón. Sólo el amor llama al amor, y el amor tiene su asiento en el Corazón.”

“Desear estar junto al amado es propio de todo el que ama. Y este deseo del Corazón de Jesús es el que le ha obligado a instituir la Eucaristía.”

“Vivid en adelante de la Eucaristía como ya habéis comenzado a hacerlo, y que si alguna vez las criaturas os pierden de vista, se os encuentre al pie del Tabernáculo.”

“...todo el tiempo que tengo libre me gusta irme junto al Tabernáculo a estar cerca de Nuestro Señor...”

“En la oración encuentro una gran facilidad, felicidad y dulzura en ponerme en la presencia de Dios, mirarle, ofrecerle mi corazón y decirle que le amo...”

Dedica un tiempo a “estar” con el Señor presente en la Eucaristía. El siempre está y quiere acompañarte, consolarte, apoyarte, liberarte, confortarte... silenciosa y discretamente.

Deja que su presencia te inunde, déjate amar por Él y agradece su gratuidad.

★ Dice M. Díaz Mateos en su libro “El sacramento del pan”:

“Las categorías de holocausto y sacrificio no son las que explican mejor la Eucaristía. En Ex 24 aparecen las nociones de alianza, sangre y sacrificio, pero se trata de un banquete que es sacrificio de comunión.



A éste nos remite la cena. Lo que importa es saber si el acto esencial del sacrificio es la inmolación o si es el banquete mismo, signo de la vida del grupo, vivificado por la fuerza de donde procede la vida.

El concepto de sacrificio no es el de la inmolación de víctimas, sino de ofrenda personal, por la que se consagra toda la existencia y se hace de ella una donación amorosa a Dios y a los hombres. En esta concepción, el oferente y la víctima se identifican, y lo que se subraya no es el dolor y la muerte, sino la donación y la vida incondicionalmente entregada. No se trata de un rito sino de la vida; no de víctima, sino de ofrenda de todo el ser, no de momentos, sino de toda la existencia. Se trata de responder con el mismo amor con que Dios nos ha amado, comprometiéndonos con el mismo proyecto de salvación, de vida y de comunión.”

Quizá nos venga bien examinar los prejuicios o malos entendidos sobre la palabra “sacrificio” y ayudarnos unas a otras a caer en la cuenta de cómo cambiaría nuestra vida, la vida fraterna, la misión que se nos ha encomendado... si comenzáramos a entenderla como “responder con el mismo amor con que Dios nos ha amado”.

★ “Vinimos a la Vida Religiosa con el deseo de vivir y generar vida”.

Podemos dialogar en comunidad sobre lo que entendemos de esta frase y en qué sentido podemos decir que la Eucaristía es “generadora de vida” para nosotras. Podemos también buscar juntas algunos indicadores que permitan vislumbrar que la Eucaristía y la vida comienzan a ir juntas en nosotras, con esa connaturalidad que revela la presencia de la gracia, y no sólo de nuestro esfuerzo.





IV. María, Esclava del Señor Sugerencias desde la Mariología actual

José Ramón García Murga, s.m.

Índice

- I. “He aquí la Esclava del Señor”
 - a. El señorío de Dios, fuente de paz profunda y de libertad
 - b. La respuesta de María, entrega y libertad
 - c. Esclavitud como entrega total por amor
 - d. Humildad, disponibilidad, sencillez de vida
 - e. Nazaret, misterio de integración de María con Jesús, de lo humano con lo divino
 - f. Jesús prendado de María, María prendada de Jesús, y por saber desprenderse, prendida en su estilo mesiánico
2. Inmaculada

Propuestas para orar y propuestas para conversar





En el nombre de su instituto y en su devoción mariana las Esclavas del Divino Corazón (“Concepcionistas”) aprecian sobre todo dos rasgos de María: ser, como Ella se definió a sí misma, la Esclava del Señor; y ser “la” Inmaculada.

Vamos a profundizar en ellos sin dejar de referirnos a otros recogidos también por las Constituciones del Instituto hoy en vigor. Tendremos asimismo en cuenta las resonancias menos favorables que podrían suscitar hoy vocablos como “esclava” e “Inmaculada, y otros como “humildad”, “reparación” o “víctima”, vinculados a la espiritualidad de la Esclavitud y a la del Corazón de Jesús.

I. “HE AQUÍ LA ESCLAVA DEL SEÑOR”

a. El señorío de Dios, fuente de paz profunda y de libertad

Ya antes de la Fundación la Marquesa de la Puebla de Obando, futura madre Teresa del Corazón de Jesús, firmaba como *Ancilla*, la Esclava expresando su decisión inquebrantable de no tener otra voluntad que la del Señor. De ahí el lema de la Congregación, “servir a Dios es reinar”.

Nada hay de sometimiento forzado en esta esclavitud, fuente de libertad y felicidad en la Virgen de Nazaret.

Jesús se hizo hombre entre los hombres naciendo de mujer y bajo la ley (Gal 4,4) para hacernos a todos plenamente libres y felices. Un proyecto de felicidad no puede ser impuesto; rechazado en un primer momento por la voluntad de los hombres, para ponerlo de nuevo en marcha mediante la Encarnación había que contar otra vez con nuestra libertad, comenzando por solicitar sin forzarlo el sí de la mujer que había de engendrar a Jesús.

Por los mismos años en que vivieron Celia Méndez y Delgado, y Marcelo Spínola, el Papa León XIII siguiendo la intuición de Bernardo de Claraval y Tomás de Aquino descubría en María a la Mujer por antonomasia, capaz de representar al género humano y de decir Sí en nombre de éste.

Dios nunca quiso ser feliz sin los seres de este mundo; desde siempre proyectó extender a hombres y mujeres y en ellos a toda la Creación, el acto Único de su Ser Amor fuente y constitutivo de su propia e inmutable felicidad divina. Por Ser generosidad decidió que nuestra vida se hiciese plena en su propia Vida divina, y que ésta no pudiese darse nunca sin nosotros.





Así se puso en marcha la que Pablo VI llamó “obra de los siglos”, la Redención del género humano, su plena liberación. Para ser de amor, el proyecto de Dios no podía ser viable sin que el Salvador fuese acogido de modo libre y voluntario, y que sus caminos fuesen asimismo aceptados de la misma manera. Ningún proyecto, ni siquiera el mejor, resulta realmente bueno sin la aceptación de su destinatario.

Para no quebrantar libertad alguna, Dios vuelve a pedir permiso a Los hombres. En María.

“Todos los siglos están mirando hacia ti, todos escuchan tu voz temblando en un Sí”, cantamos siguiendo la inspiración de San Bernardo; no dudes María, que nuestra suerte depende de ti. El Sí de María resulta ser prototípico, el mejor modelo del sí con que cada uno ha de ratificar la acogida del Salvador.

b. La respuesta de María, entrega y libertad

Mucho antes que estos autores de la Edad Media, subraya el evangelio de Lucas la libertad de la respuesta de María. El relato de la Anunciación del Señor converge todo él hacia el “hágase” de la Virgen. No se trata de un hágase resignado, sino de un *génoito* en optativo, el modo griego de los deseos, expresión en este caso del anhelo de María.

Dispuesta a cumplir la Palabra del Señor, deseosa de hacerlo, se identifica como *doúîê*, la “esclava” por antonomasia.

Saludada como *kejaritômenê*, la “amada”, lo era ya antes de la visita de Gabriel; destinataria del Amor del Dios que se revelaría como Abbá, este amor la había ya transformado, haciendo de ella la Virgen feliz.

Pese a que la llamada a la virginidad la convertía en aquella cultura en objeto de desprecio María se alegraba, al percibir cómo la salvación de Yahvéh el Señor poderoso desarrollaba en la historia. Junto a Isabel su corazón se dilató porque Dios prefiere a los pobres y no a los ricos, a los oprimidos y no a los opresores. La mirada de María descifra el sentido entero de la historia. La victoria es cosa de Dios, ella hará lo que Él le pida.

En la Virgen nada brotará de la soberbia de corazón, raíz de todos los males resumidos en la acumulación injusta de la riqueza y en la violencia que oprime a los pueblos; todo procederá en cambio de las actitudes de los *anawim* o pobres de Yahvéh, que desde entonces descubren en ella su modelo más excelente.

Inmersa en los conflictos de la historia, la Mujer deposita en Dios toda su con-



fianza. Sin aislarse, participando en todo, dándose por entero, se sabía querida y también en tiempos de oscuridad gozaba de paz profunda.

Desear la voluntad del Señor implica sentirse dilatada por ella, nunca oprimida. Su ser se expande, “se engrandece”, a base de crear en sí espacios en ella para que Dios pueda ser cada vez más grande.

No por ello se dejó María guiar por una especie de ingenuidad poco responsable. El modo de su respuesta pone de manifiesto la calidad de su libertad. Dice Lucas que ella tras el saludo de Gabriel “se turbó”, y se puso a pensar, cosas ambas sumamente significativas.

En un momento dado de la película “Memorias de África” uno de los indígenas arranca al ama del sueño; más vale que te levantes, le dice, “ha venido Dios”. Un incendio de grandes proporciones devastaba la granja con lo que ello supondría de ruina y cambio total en el modo de existir.

Las visitas de Dios, contra lo que muchos piensan, no causan desgracias pero a veces lo parece; quizá a través de acontecimientos imprevistos exigen cambios profundos y transformaciones radicales en la manera de orientar la vida.

El “se turbó” (*dietarajze*) referido a María puede insinuar cambios de ese tipo. Ponerse a pensar en vez de entregarse al desconcierto, ante una invasión súbita de lo inesperado indica la calidad de la libertad de María que parece interrogarse por el origen del saludo del ángel, y por lo que aquella interrupción del curso normal de las cosas podía suponer para su actitud ante Dios.

Cerciorada de que la cosa venía de Dios y de que la iniciativa correspondía al Espíritu Santo, se dispone a secundar el paso de Dios por la historia, y consiente con entera libertad; se hace, señala Mercedes Navarro, “autora de su respuesta”. Lo fue por varios motivos; en primer lugar por elegir no tanto entre varias posibilidades, o entre el sí y el no, sino incorporándose plenamente y desde dentro a la propuesta que recibía.

La libertad se realiza más que por decidir entre varias alternativas, por la manera de asumir la mejor de ellas. Tras discernir, María hizo suyos los deseos del Amor con toda su energía, su afecto y su alegría. La calidad de su asentimiento cualifica su libertad.

María fue libre además por aceptar los riesgos de la existencia, acompañada sólo por un Amor cuyas configuraciones concretas resultaban impredecibles. Fue proclamada bienaventurada no por haber conocido de antemano el curso de los acontecimientos sino por haber creído (Lc 1,45).





c. Esclavitud como entrega total por amor

La Virgen fue libre finalmente por entregarse sin reservas, no a duras penas ni forzada sino como quien entusiasmada vuelve a poner su vida a disposición del Señor. Con Él se hallaba compenetrada de antemano y sólo esta clave de Amor explica la totalidad de su entrega.

Junto a José y a Jesús ella recitaba a diario la *Shemá* asumiendo el yugo de la Ley del Señor, cuyo núcleo residía precisamente en el Amor: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, tus fuerzas, tu mente...”.

No se trataba de una Ley escrita, impuesta desde fuera; de esta Ley y de su yugo gravoso nos liberaría definitivamente Jesús. Comprendiéndolo así Pablo exige a los cristianos no volver nunca a dejarse esclavizar por nada: por nada que no sea el amor.

Esta Esclavitud de Amor el apóstol no sólo la recomienda; la reclama de aquellos mismos a quienes él había ordenado de manera perentoria vivir sin perder jamás la libertad que Cristo para ellos había conquistado: “para ser libres nos ha liberado Cristo. Manteneos, pues, firmes, y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud (*douleías*)... Pero, “llamados a la libertad” se impone no convertirla en pretexto para fomentar los bajos instintos entre los que de modo significativo se cuentan la disensión y las rencillas; se trata por el contrario de ser “esclavos (*douleúete*) los unos de los otros por amor” (Gal 5,1.13).

Comprendida desde el Amor, la esclavitud se despoja de las connotaciones odiosas de lo impuesto, sin perder el sentido de totalidad en la entrega que el término “esclava” expresa mejor que ningún otro.

El “hágase” de María estuvo lleno de la fuerza del Espíritu Santo, y así de la determinación de no retroceder ante los obstáculos que pudieran oponerse a la voluntad de Dios por grandes que resultasen.

Ser amado significa ser tenido como valioso, y ello mismo nos hace valer. La capacidad del Amor estriba en poner al Amante en la persona Amada, y a ésta en él, fundiendo ambos sus sentimientos, sus recursos y sus energías.

Mucho más ocurre así cuando se trata de Dios. Su persona-Amor, el Espíritu Santo, penetra a María con su ternura y con su fuerza, la convierte en su Templo y la dinamiza con su actividad. María por su parte, da a su Hijo lo que éste aun siendo Dios no podía tener sin ella: ser hombre verdadero, carne de la estirpe de Adán, solidaria en todo con sus hermanos los hombres y mujeres de la tierra.





El Espíritu Santo que une a Jesús y a María, es el mismo que une a Cristo con su Iglesia. Ésta como María, la Mujer, se hallará así preparada para la Misión.

d. Humildad, disponibilidad, sencillez de vida

María avanza sin refugiarse en una falsa humildad, sino haciéndola equivaler a disponibilidad y grandeza de ánimo. Humildad fue asimismo el eje y la explicación de la actuación pastoral de don Marcelo Spínola, capaz de mantener la calma en todas las situaciones, de atraer con dulzura al extraviado, y de llegar al extremo de mendigar personalmente a lo largo y a lo ancho de su diócesis en favor de los pobres. Humildad revestida de mansedumbre y de grandeza de miras, capaz de obligar al adversario en el Senado de la nación a deponer la ironía anticlerical y a dialogar en vez de polemizar.

El arzobispo mendigo eliminó de su vida todo maridaje entre humildad y humillación masoquista, como si el rebajarse por sistema y el empequeñecer lo humano significase glorificar al Creador, cuando sucede en realidad todo lo contrario: la gloria de Dios es la persona humana, ella misma, llena de vida.

Spínola se fijó en cambio en el desprendimiento que supone la humildad y que viene exigido por una misión abierta a tareas extremadamente diversas, quizá antes desconocidas. La misión en efecto implica flexibilidad y sabiduría para “plegarse” a la voluntad divina, o mejor para conducirse según ella en las circunstancias más variadas.

A lo largo de su vida la Virgen supo ser hija, esposa, madre, y mujer visitada por el dolor. La persona que se desprende para tomar y dejar sin dificultad al menos aparente lo exigido por cada momento, y renuncia sin quejarse a lo que más había ambicionado, da pruebas de magnanimidad, de ánimo grande.

Ésta fue la única grandeza que a lo largo de su vida siguió cultivando la Marquesa de la Puebla de Obando. Celia Méndez supo desprenderse de todo siguiendo el ejemplo de la Virgen de Nazaret. Parece que ésta por ser la “madre del Señor”, como la llamó Isabel (Lc 1,43), tendría derecho a sentarse en un trono, y a ascender en la escala social; pero María sin reclamar nada marchó presurosa a ayudar a su prima en el parto, y algo semejante sucederá en Caná cuando el vino faltaba. La norma fue no distanciarse nunca sino aproximarse siempre a lo humano.

María tuvo una fe de grandeza inigualable, que la convirtió en Madre de Dios. Pero nunca se complació en sí misma, y su historia maravillosa constituye la cara oculta de una vida sencilla, conocida hoy mejor que en tiempos de Spínola y Celia





Méndez, gracias a los recursos que las ciencias humanas ponen al servicio de la interpretación de los evangelios.

La mirada teológica hacia María puede hoy partir de la historia con mayor realismo, manteniéndose pegada a lo concreto de nuestra tierra. Nos permite descubrir a María como una Mujer fuerte y servicial, porque así la modelaron las mismas circunstancias que le tocó vivir.

Fue y sigue siendo muy nuestra: mujer pobre y sin privilegios, sencilla entre los sencillos, sometida a los vaivenes de un tiempo agitado, incluidos los derivados de la política y del gobierno de los poderosos. Conoció la paz del Dios sólo Amor, pero sin gozar por ello de una existencia idílica.

La familia de Nazaret fue pobre de verdad, como una más de las que en aquél tiempo configuraban el “pueblo de la tierra”, sin adherirse siquiera a alguna de las sectas religiosas de la época. Es cierto que los evangelios emparentan a María con la descendencia sacerdotal a través de Isabel y Zacarías, y a José con el linaje de David; pero ello no supuso privilegio alguno ni para ella ni para su familia.

Como vivienda tuvieron seguramente que contentarse con una gruta adecentada según las posibilidades y los criterios de la época que la historia y la arqueología contribuyen a descubrir. Llegada la noche unas simples esteras les servirían de lecho. Se alimentarían de manera frugal.

Hacer el pan y acarrear el agua fueron sin duda las tareas primordiales de María, en cuanto mujer reducida entonces esencialmente al papel de esposa y de madre en el interior del hogar sin apenas derechos jurídicos.

Se ocuparía también del combustible y de esa multitud de detalles que exige el cariño, y eran asignados también unilateralmente por aquella cultura machista: cuidar el huerto, extraer perfumes, hilar y tejer (¿para hacer una túnica blanca maravillosa, provista de las debidas filacterias para Jesús, niño primero y adulto después?)...

La vida rural de Nazaret permitía a la mujer tener un poco más de libertad que en una ciudad como Jerusalén donde ni salir de casa podía a menos de velarse casi por entero. A las relaciones propias del núcleo más íntimo habría que añadir las mantenidas con la familia extensa y con el vecindario, incluyendo en este concepto a parientes y amistades de las aldeas cercanas. La familia de Nazaret celebraría con ellos las fiestas que con ocasión de desposorios, nacimientos, bodas, rompen la monotonía de lo cotidiano. Sabiéndose invitados, todos los parientes acudían llevando dulces caseros y vistiendo las ropas que por no ser de uso diario se guardaban con cuidado en el fondo del arca.



Atención, no nos dejemos llevar por la tendencia a idealizar la vida rural, como una y otra vez hicieron las tendencias románticas de todas las épocas (¡qué descansada vida! cantó Fray Luis de León). Las relaciones del entorno que evocamos fueron sin duda tangibles y humanas, pero no por ello idílicas.

En la fuente de Nazaret (¿la que aún hoy se conserva?), en la cola del agua o mientras se lavaba la ropa, la crítica y la maledicencia se harían presentes como ruidos molestos a los oídos de María; mucho más desagradables que los propios del trabajo cotidiano, cuando los molinos manuales de piedra llenasen con su estruendo el patio común a varias viviendas hacia el que quizá se abría también la de José, María y Jesús.

Más influjo aún en la vida cotidiana tendrían los vaivenes de la política. El censo de Quirino suscitó indignación entre los israelitas, revueltas armadas incluso contra el imperio romano que se atrevía a contarlos como si de ganado se tratase; ¡a ellos siempre orgullosos de la libertad prometida a Moisés por el Dios de la zarza! (libertad que por otro lado casi nunca consiguieron después).

Con María encinta esas molestias serían aún mayores, sin hablar de que el censo significaba no sólo humillación sino imposición fiscal acrecentada y especialmente gravosa para los pobres, como si no bastase con el tributo del Templo, cuyos emisarios llegaban hasta las más pequeñas aldeas para cobrarlo.

La matanza de los inocentes seguramente no fue histórica en el sentido literal de la narración de san Mateo, pero lo indudable y demostrado por otras fuentes fue la crueldad inaudita de Herodes, obsequioso con los romanos con tal de mantenerse en el trono, y dispuesto a deshacerse de manera expeditiva de cualquier competidor.

Alguien ha aventurado la hipótesis de que José, descendiente de la realeza davídica podría haber llegado a Nazaret buscando refugio en un lugar olvidado. Otros se preguntan por la presencia en aquella pequeña aldea de la familia de Jesús (puesto que María con toda probabilidad era jerosolimitana, como sus parientes), y hallan respuesta en movimientos forzados de población con el fin de que Galilea, región abierta a los gentiles y menospreciada por el judaísmo ortodoxo, no quedase sin población judía.

Situada al borde de los caminos que conducían a la cercana Séforis la antigua capital destruida por los romanos para castigar la rebelión de Judas el Galileo, Nazaret no era ajena a los avatares de la historia. Añádanse las inquietudes que provocaba la llegada inminente de un Mesías de carácter político-militar según muchos lo concebían. ¿Cómo no iba María a preocuparse por su hijo llamado tal vez a embarcarse en la aventura mesiánica, y conociendo ella además los sufrimientos que el profeta Daniel había pronosticado para el Mesías y sus seguidores?





No debemos pues idealizar el hogar de Nazaret, ni pensar la relación con Dios que allí se mantuvo, como aislada del resto de la existencia. Jesús no vino a prescindir de la vida sino a purificarla y a hacerla más abundante hasta incorporarla a la Vida misma de Dios. De la vida a la Vida, y siempre compenetrándolas y creciendo juntas.

Antes de proseguir convendría traer a la memoria los rasgos concretos de la humildad sencilla, desprendida y servicial de Celia Méndez, superiora por cargo pero sin sentirse nunca más importante que sus hermanas, sino comportándose siempre como sierva entregada, esclava de todas ellas. Ella era quien en Coria durante el descanso de la noche aderezaba los quinqués y las capuchinas para que las demás, sin tener que pringarse, los encontrasen siempre a punto.

Tampoco Madre Teresa del Corazón de Jesús gozó de una existencia idílica. Al lado de Spínola hubo de soportar maledicencias y calumnias, y transformarlas silenciosamente en ocasiones de desprendimiento.

e. Nazaret, misterio de integración de María con Jesús, de lo humano con lo divino

La existencia de Jesús y la de María se integraron en una vida de fe que lo impregnaba todo, y se expresaba también en la oración regulada o espontánea, y en otras manifestaciones de tipo religioso.

A diario, José y luego, muerto ya éste, Jesús, presidían en el hogar los momentos oficiales de oración, basada fundamentalmente en la alabanza y en la petición. Semanalmente era especialmente significativa la celebración del sábado, que se iniciaba de víspera cuando al caer el sol, la mujer, María por tanto, encendía la lámpara que indicaba el comienzo del día sagrado. En éste cesaba el trabajo, y podían hacerse hasta tres comidas, mientras que los demás días muchas veces no era posible hacer más que una sola.

El sábado todos los vecinos se reunían en la sinagoga para la celebración del culto en que la lectura de la Sagrada Escritura ocupaba un lugar preeminente. María la escucharía en silencio desde la galería de las mujeres que nunca podían tomar la palabra. También otros días la familia o alguno de sus miembros podía acudir a la sinagoga, y la Escritura era asimismo venerada en el hogar donde tal vez se guardasen algunos rollos de la misma, y donde se repetían versículos particularmente de los salmos a modo de plegaria intermitente.



Anualmente toda una serie de fiestas, y sobre todo la Pascua adentraba en los hogares la historia de la salvación, y al mismo tiempo hacía converger al pueblo de Dios físicamente con frecuencia, y siempre espiritualmente hacia su centro la amada Jerusalén.

Pero el hogar de toda espiritualidad se hallaba donde desde entonces continúa hallándose, en los corazones de Jesús y de María. En ellos toda expresión religiosa y la vida entera impregnada por ella, adquirió una profundidad impresionante, reforzada por la sintonía de fe que había de reinar entre la madre y el Hijo.

Éste era el lugar de la máxima integración entre lo humano y lo de Dios. No sabemos en qué medida ni cuándo ni de qué manera supo María de la divinidad de su Hijo. Pero de hecho la relación maternal y la religiosa coincidían en ella: al dirigirse a su Hijo se dirigía a su Señor. Si para toda madre su pequeño es Rey, cuánto más para la Virgen. En ella madre y creyente se dio un inmenso amor hacia Jesús, carne de su carne, y al mismo tiempo don misterioso de Dios.

En todo momento María también al ejercer sus funciones maternas fue perfecta esclava de Jesús.

Se prendó de su Hijo más que ninguna otra madre. El silencio que llenó el corazón de la Virgen transformó en contemplación el trato prolongado y en carne viva que fue la base de la relación profunda entre la madre y el Hijo, entre esta esclava y este Señor. Hubo con Jesús una sintonía espiritual inaudita propia de la primera creyente, pero esta sintonía fue tanto mayor en virtud del contacto físico inigualable de la gestación, que después se prolongó por la educación del niño y la convivencia con el adulto.

Al engendrar a Jesús María asumió con sencillez las relaciones básicas de lo humano, los substratos primeros que constituyen la base de una integración de la persona que ha de alcanzar a todas sus dimensiones. Una integración que se da “en carne viva” o no se da.

María junto a Jesús se convirtió en prototipo de toda relación integradora de lo humano. Esta ciencia de la relación la poseen no sólo ni necesariamente los pensadores; sigue encontrándose con limpidez especial en las personas que por vivir pegadas (no apegadas) al “humus” de la tierra como Jesús y la Virgen de Nazaret, son por ello verdaderamente “humildes”.

La sabiduría de la relación con lo humano, la tarea de integrar todas las dimensiones de la persona, el respeto a los ritmos del crecimiento..., son propios de quienes como las Esclavas se “entregan” y se “inmolan” en la tarea de educar a los “pequeños hermanos” (cf Mt 25,40) de Jesús.





**f. Jesús prendado de María, María prendada de Jesús,
y por saber desprenderse, prendida en su estilo mesiánico**

Antes que para ningún otro ser, María fue para Jesús “rostro materno de Dios” ¡Qué maravilla, mi *immá* (mamá)! También Jesús desde chiquitín pero asimismo como hombre que crece hacia la madurez adentrándose en los designios de Yahvéh, fue prendándose de María. Desde el despertar de su conciencia de hombre fue sin duda ratificando la elección que de toda eternidad al unísono con el Padre y en el Amor del Espíritu Santo el Hijo había hecho de María para madre suya.

No es extraño que el Hombre Jesús se complaciera en su Madre y quisiera honrarla como a ninguna otra criatura, a ella, primera de los redimidos, y fruto perfecto de la acción conjunta de las tres personas divinas.

Sin embargo... justo al iniciar su vida pública, en *un tête á tête* con María, Jesús parece darle un corte tremendo. Cuando en Caná ella le hace observar la falta de vino Jesús responde de manera inexplicable: “¿Qué tengo yo que ver contigo, mujer? Aún no ha llegado mi Hora” (Jn 2,1-12).

Escandaloso, exclama un rabino, que un hijo trate así a su madre, llamándola simplemente “mujer”. La madre judía, como en toda cultura sexista, no contaba mucho en la orientación digamos “profesional” o “pública” de la vida de un hijo varón, ni éste la incorporaba a sus funciones de ciudadano. Ahora que Jesús había comenzado a cambiar, teniendo los primeros discípulos, perfilándose quizá como “Maestro”, María no pensaba entrometerse en su vida; se limitaba a pedir un favor pequeño, “colateral” diríamos hoy.

Porque si no a contar en la esfera de lo público, cosa impensable en aquella época, una “mamá” tenía siempre derecho a que el hijo atendiese sus pequeños caprichos, en virtud de ese nombre casi mágico de madre. ¿Cómo es posible que Jesús le dijese que no tenía nada que ver con ella, empleando además una forma durísima del lenguaje coloquial?

En el evangelio de Marcos (3,20-35) ocurre algo parecido. Al comienzo de la predicación de Jesús, María y otros parientes se preocupan por el nuevo giro que tomaban los acontecimientos, y tratan de acercársele mientras él enseñaba a un nuevo círculo de oyentes que lo escuchaban sentados en corro a su alrededor.

Al ser advertido de la presencia de “su madre”, Jesús reacciona también de un modo extraño: “Éstos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre”.



Desde niña María no deseaba sino proceder según los caminos sorprendentes de Dios, y había sido consecuente con ese deseo. Jesús que tan bien la conocía, no la menospreció, ni la apartó de sí. Procedió no a purificar sino a consumir esos deseos. Al tratarla de “Mujer” y no sólo como “Madre”, consume a María como “Persona”.

Ella va a contar no sólo como madre cariñosa que en el seno del hogar espera a que el hijo ya adulto la visite de vez en cuando. Eso no basta para Jesús: como efecto del Amor de este Hijo-Dios, la Mujer, y María como ninguna otra pura criatura, desempeñará un papel primordial para los intereses generales de la humanidad.

Jesús la asocia, a ella la primera (en realidad la había asociado desde antes de que el ángel le anunciase la Encarnación), a la “obra de todos los siglos”.

Para ello la fue preparando haciéndola penetrar en el estilo de su propio mesianismo como verdadero camino de salvación, hasta proclamarla como Madre nuestra en la “Hora” gloriosa de la Cruz.

Había aprendido lo más difícil, lo que escandalizó a Judas y tanto hizo vacilar al mismo Pedro, que las fracturas de la Humanidad y cuanto nos oprime será reparado, no en virtud de un acto omnipotente que las haga desaparecer de inmediato sino en la medida en que sean asumidas como tales con Infinito Amor.

María, como una mujer más entre su pueblo, habría esperado un Mesías que acabase en seguida con los problemas de esta tierra. Como primera entre los creyentes ella tuvo también que dejarse sorprender y buscar en cada momento el lugar que Dios le asignaba. Habiéndosele anunciado un Mesías Rey, nace un niño en pobreza. Siendo el más cariñoso de los hijos, justo al llegar a la edad adulta se queda en el Templo, haciendo que sus padres le busquen con angustia infinita; ya en este momento, su respuesta subrayando que él debía ser hallado “en la casa de su Padre” (Lc 2,49), para inmediatamente volver con ellos, sumiso, a Nazaret, resulta sorprendente.

Jesucristo amó a su Padre Dios cumpliendo la misión de amar a sus hermanos, obedeciendo el mandato que Él le había confiado. María, llegada al término de su peregrinación en la fe, con el corazón traspasado junto a la Cruz gloriosa de su Hijo, recibirá asimismo idéntico encargo: amar más. Amar al discípulo, a todos los creyentes, a los hombre y mujeres todos, como hijos con el mismo amor con que había amado a su único Hijo. Porque todos somos Uno en él: hijos en el Hijo.

No cabe mayor acto de amor que ser elegido para participar en la misión de Jesús. Para eso mismo fue elegida María como primera persona humana, y para eso fue larga y cariñosamente educada por el mismo Señor y Redentor, su Hijo en carne viva.





Éste fue el gran acto de amor filial de Jesús. Convertir a su Madre en madre de los hombres, y así en esclava de todos ellos por serlo únicamente del propio Señor. Ella es en verdad prototipo de las Esclavas en que pensaron Marcelo Spínola y la madre Teresa del Corazón de Jesús.

2. INMACULADA

“El nombre vulgar (del Instituto) Esclavas Concepcionistas, pone de relieve el sentido mariano de la Esclavitud, manifestado en la historia de la Congregación por el amor a la Virgen Inmaculada” declaran las actuales Constituciones al definir la vocación de las Esclavas en la Iglesia. La Fundadora Celia Méndez no ahorró esfuerzos hasta inaugurar en 1905 el templo que las Esclavas dedicaron en Sevilla a la Inmaculada Concepción de María.

En cuanto al Fundador, don Marcelo Spínola, destaquemos tres aspectos en su manera de considerar a la Inmaculada:

- 1) La belleza, que no se reduce a la exención de todo pecado sino que es asimismo hermosura positiva. Contemplar a la Inmaculada, Paraíso del Señor y obra maestra del Altísimo, produce la paz de lo bello y el arrobamiento de lo sublime.
- 2) La integración, resultante de la conjunción de naturaleza y gracia, lo terreno y lo celeste, lo humano y lo divino.
- 3) Sobre todo, el ser hechura del Corazón de Jesús, como obra de la sangre de Cristo, en la que “va diluido un principio, la caridad divina” que nace de su pecho, y se origina en su Corazón.

La perspectiva integradora tiene hoy especial vigencia. El Dios de Jesucristo se expresa en nuestra historia, la incorpora a lo suyo, la introduce en su comunión, nos hace caminar de la vida a la Vida. Cabe confirmar esta perspectiva desde las reflexiones de C. G. Jung sobre el misterio de la Asunción como consumación de la humilde condición de la primera Esclava. La perfección no consiste en cultivar sólo lo espiritual, o vivir de pura fe, precisamente porque el espíritu es ante todo el Espíritu Santo que llena la tierra vitalizándola, y que con su actuación tiende a integrarlo todo en Dios.

De ahí deriva la invitación a amar este mundo no para salvarse de él, sino para abrirlo al ámbito de Dios.



Desde este punto de vista es muy sugerente la metáfora de Spínola considerando la sangre de Cristo como excipiente de su caridad divina, verdadero artífice de la hermosa Inmaculada. La caridad del Corazón de Cristo se concibe no como un principio ajeno sino inmanente y activo en lo humano para conducirlo a su perfecta integridad. Este principio operando en el instante mismo de la Concepción de María le confirió su ser Inmaculada.

Al realzar la hermosura de la Inmaculada conviene tener presente este mismo principio. María no es un ser aislado puesto que ese mismo principio que actuó en ella desde el primer instante, actúa también en cada uno de nosotros. El Espíritu Santo fuente del Amor del Corazón de Cristo nos conduce hacia la misma esfera de luz donde se encontró María desde el primer momento de su Concepción.

Más que un “privilegio” de la Virgen, la Inmaculada constituye la “anticipación” en ella de la pureza perfecta a la que todos, mujeres y varones nos encontramos llamados. Contemplar a María nos consuela y pacifica mientras aún caminamos; nos trasladamos ya al mundo de la plena inocencia ansiada por todos. Pecadores, nos satisface ver vencido al enemigo por una de nuestra raza. Nos complacemos y nos identificamos con ella mediante un deseo que brotando de la fe y de lo más profundo de nuestra humanidad, convierte su triunfo en nuestro.

Pero ello no debe provocar en nadie rechazo de lo de aquí. El misterio de la Inmaculada nos convoca a luchar y trabajar en este mundo por el triunfo del Amor sin salirnos de la historia sino comprometiéndonos con ella.

Eso supone sufrir las pasividades y limitaciones de la historia, de nuestros prójimos, y las nuestras personales. Ser Inmaculada fue para María al mismo tiempo fuente de gozo indecible, pero también y al mismo tiempo de sufrimiento indescriptible.

Alguien ha dicho que la inteligencia es el peor castigo que puede afligir al ser humano; quien goza de ella, descubre los despropósitos de la estupidez, y al mismo tiempo su impotencia ante ellos. Pues bien, un corazón como el de Cristo, lleno sin ninguna reserva de su Amor solidario, sufre mucho más que la mera inteligencia ante los despropósitos no ya de la estupidez sino del uso perverso de la misma razón.

Sufre por el dolor de las víctimas de tales despropósitos. Sufre en último término ante la fragilidad de lo humano, explicación última de que los hombres y los sistemas sean causa de injusticia en vez de producir amor y felicidad verdadera.

¡Cuán profundamente descubrió la Virgen, precisamente por estar llena de amor, los estragos que causa la falta de amor! Por ser Inmaculada y completamente inocente, la humilde Esclava sufrió al adentrarse en el misterio de la impiedad, causa en último término de la Pasión de su Hijo.





De esta com-pasión de María surgió en primer término un NO enérgico (palabra muy mariana como advierte Pedro Daino), un no a todo pecado e injusticia, sobre todo a las que oprimen a los inocentes. El Amor de la Mujer es energía para defender a sus hijos, y también y sobre todo para promover cuanto les sea favorable.

Como don Marcelo nos lo advertía, el amor no es sufrimiento: es energía para hacerse cargo del mal con lucidez, y sobre todo para descubrir los caminos del Bien y ponerlos en práctica. La entereza, reforzada con la energía del Amor del Espíritu Santo, es característica de María, la Mujer en Misión, prototipo o modelo por excelencia de la Iglesia en la misión de acoger a Cristo en fe virginal y engendrarlo en sus miembros por la Palabra y los sacramentos.

La misión no puede consistir en condenar al mundo tan amado por Dios, ni en considerarla únicamente como suma de males. Teilhard de Chardin habló de la pureza como de una pantalla potente que recibe toda emisión de bondad y la refleja inmediatamente irradiándola hacia los demás.

Ya en esta tierra, y mucho más ahora en virtud de la proximidad junto a nosotros que su misma condición corporal ha adquirido en cuanto inundada por el Amor del Espíritu Santo, la Inmaculada descubre gérmenes incontables de bondad, y nos los envía al par que nos hace llegar la influencia de su propia hermosura.

Las Esclavas vinculan a la Inmaculada con la Encarnación de la que la Toda Santa constituye la primera alborada. De este modo María queda estrechamente vinculada a la misión de Hijo, enviado por el Padre. Spínola comprende la Encarnación como el Amor que desciende lleno de compasión por los hijos e hijas de Adán. En ese descenso se nos da también a María estrechamente ligada a la misión de su Hijo Jesucristo nuestro Señor.

María Inmaculada, llena de la energía del Espíritu Santo que su propio Hijo le confiere con la plenitud que correspondía a la madre de Dios, es asociada a la misión del Salvador; convertida en embajadora del poder creador y santificador de Dios, ella misma convierte el corazón de los hombres hacia el de Jesucristo su Hijo primogénito y hermano nuestro en carne viva.

El Amor que la llena no es otro que el Espíritu Santo, la persona don que desde el comienzo guareció a María con su sombra, y que en Pentecostés le fue comunicado más que a ninguno de los apóstoles.

Llena de su energía, María es Mujer en misión.

Cada Esclava del Divino Corazón, unida a sus hermanas, es asimismo como María símbolo y realización de la Iglesia, “Mujer en misión”. ♥

Propuestas

♥ Acércate a Nazaret, acércate a María para aprender a ser ESCLAVA DEL DIVINO CORAZÓN.

Los textos bíblicos “gozados” son el mejor camino para conocerla. Es ahí donde podemos descubrir mejor cómo acostumbra Dios a establecer relación con nosotras y cuál es la respuesta que espera.

Aquí los tienes, acércate a cada uno de ellos contemplativamente:

- ✓ María pertenece a un pueblo, tiene identidad: Mt 1, 1-16.
- ✓ Colabora en el plan de Dios: Mt 1, 18-23
- ✓ Inserta en los avatares de la historia concreta: Mt 2, 13-15. 19-23
- ✓ Presente en la trayectoria de su Hijo: Mt 12, 46-50
- ✓ Dios le anuncia el proyecto que tiene con ella: Lc 1, 26-38
- ✓ Se pone en camino y ayuda a Isabel: Lc 1, 39-45
- ✓ Canta la forma de actuar de Dios: Lc 1, 46-56
- ✓ Madre del Hijo: Lc 2, 1-14
- ✓ Se admira e intuye el futuro: Lc 2, 27-35
- ✓ Peregrina de la vida: Lc 2, 41-52
- ✓ Creyente dichosa: Lc 11, 27-28
- ✓ Generadora de vida y de alegría: Jn 2, 1-11
- ✓ Al pie de la cruz: Jn 19, 25-27

Siéntate junto a María, habla con ella de tu vocación a ser Esclava del Divino Corazón, de tus idas y venidas, del momento actual, de tus preocupaciones y esperanzas... Pídele que haga tu corazón parecido al suyo, que te contagie su capacidad de ir y venir de la Palabra a la realidad, para que tu vida se vaya unificando.

♥ La Biblia nos presenta a Abrahán y, sobre todo a María como modelos de un “sí” inmediato e incondicional a Dios pero también nos conserva la memoria de otros muchos personajes que intentaron escabullirse de la llamada de Dios, se resistieron a ella, inventaron pretextos, pronunciaron inyectivas, se quejaron, se rebelaron, se lamentaron amargamente y llegaron



a desearse la muerte. Sin las narraciones sobre Moisés (Ex 4,10), Jeremías (Jer 1,6; 20,14-18), Jonás (Jon 1,3; 4,8-9), Elías (1 Re 19,4) o Pedro (Mt 16,22-27, 69-74), nos faltaría algo tan importante como recordar que otros creyentes recorrieron trabajosamente antes que nosotras el camino que conduce del “no” al “amén” y gracias a ellos no nos desanimamos en nuestros torpes intentos de llegar también nosotras a pronunciarlo.

Acércate a cada uno de estos creyentes que nos han precedido en el camino de la fe y deja que su experiencia te ayude a convertir tus resistencias en el “hágase en mí según tu palabra” de María.

Puedes terminar con la oración que Jesús nos enseñó. Antes del “hágase tu voluntad” nos enseña a decir: “¡Padre!”, poniéndonos en contacto con las fuentes de la confianza filial, de sabernos en buenas manos.

♥ La Iglesia nos presenta a María Inmaculada y nos invita a mirarla como a aquella que nos revela nuestra propia identidad cristiana.

En todas nuestras capillas encontramos una imagen o pintura de María Inmaculada, ponte cerca de Ella, mírala y déjate seducir por su forma de ser y de vivir.

Ponte cerca de Ella, deja de idealizarla, intenta preguntarte y responder:

¿En qué afecta a mi vida de todos los días el que María sea llena de gracia, inmaculada?

Déjate iluminar y penetrar por la Palabra:

“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo” (Lc 1, 28)

También a ti, tantas veces sombría y agobiada por mil preocupaciones, se abren hoy de par en par las puertas de la alegría. Si la ternura de Dios se complace en María, también tú le “has caído en gracia” no porque lo merezcas, sino gracias a Jesús, a quien estamos apegadas, incorporadas.



“Pondré enemistades entre ti y la mujer” (Gen 3, 15)

María Inmaculada nos arrastra hoy a formar parte, junto a Ella, del grupo de los enemistados con todo lo que hoy nos esclaviza y esclaviza a nuestros hermanos. Nos convierte en gente enemistada con la injusticia, la violencia...

★ Tenemos demasiada literatura espiritual sobre el “sí” inmediato y generoso con que hay que responder a Dios y poca que parta de la realidad pura y dura que vivimos en el día a día, donde nuestra primera reacción suele ser “no” y “pero”. Necesitamos que la experiencia de otras hermanas en la fe, en la vocación, desde la sencillez y la humildad, nos ayude a convertir nuestras resistencias, nuestros “noes” y “peros” en el “sí” de María. ¿Nos atrevemos a contarnos nuestros itinerarios?

★ Podemos dialogar de nuestra experiencia apostólica, de cómo hacemos presente a María entre los jóvenes y los niños, los adolescentes y adultos, de nuestras dificultades y alegrías...

★ En comunidad, después de un tiempo de oración, podemos compartir la experiencia de nuestra relación con María, de cómo nos relacionamos con ella, de su presencia en nuestra vocación y en nuestra historia.





BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA:

Para este trabajo he utilizado las biografías del cardenal Spínola (José María JAVIERRE, *El Arzobispo mendigo. Biografía de Marcelo Spínola*, Madrid, BAC 1974), y de la madre Teresa (Alejandro FERNÁNDEZ POMBO, *Más alta vocación. La Marquesa de Puebla Ovando*, Madre Teresa, Madrid, Alameda, 1967), así como con las Constituciones del Instituto hoy en vigor (Constituciones. Esclavas del Divino Corazón, Madrid, 1982), con los documentos del XIII Capítulo General (Madrid 1974) de las Esclavas del Divino Corazón, (Nuestra Identidad congregacional. El Ser y la misión, Madrid, 1975), y con una antología de textos del Fundador (Marcelo Spínola y Maestre, Cardenal Arzobispo de Sevilla, Fundador de la Congregación de Esclavas del D.C. Selección y organización de textos C. Montoto, Su Espiritualidad a través de sus escritos, Granada, 1984).

He expuesto con más amplitud núcleos temáticos del presente trabajo en GARCÍA-MURGA, J. R., *Jesucristo, Hijo de María, mujer en misión, figura de la Iglesia*, Madrid, 2001. En el fondo de nuestra reflexión pueden descubrirse obras como FLORES, S. de, y TESTA, E., *María di Nazaret*: NDM 865-891; SCHÜRER, E., *Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*. Fuentes y marco histórico dos vols, Madrid, 1985; MIHALOVICI, Sor Ionel, *María en los autores judíos*: Eph Mar 44 (1994) 125-133; SESTIERI SCHAZZOCCHIO, L., *María, donna, sposa e madre ebrea*: Eph Mar 44 (1994, enero-marzo) 45-65, (especialmente valioso junto con el anterior); ASCH, S., *María. Una vida excepcional*, Barcelona, 1996 (ambientación novelada competente de autor judío, que crea verosimilitud y cercanía); BROWN, R.E. y otros, *María en el Nuevo Testamento*. Una evaluación conjunta de estudiosos católicos y protestantes, Ediciones Sígueme, Salamanca, 1986; NAVARRO PUERTO, Mercedes, *María, la mujer. Ensayo psicológico-bíblico*, Madrid, 1987, 49-91; CORTE, E. della, *Kejaritoméne (Lc 1,28), Crux interpretum*: MARIANUM 52 (1990) 101-148; DUPONT, J., *Le Magnificat comme discours sur Dieu*: NRTh (1980) 321343; PIKAZA, X., *María liberadora* (trasfondo evangélico y novedad mariana del Magnificat): Eph Mar 38 (1988) 295-334; SIERVOS DE MARÍA, *Siervos del Magnificat. El cántico de la Virgen a la vida consagrada*, Madrid, 1997; GEBARA, Ivone; BINGEMER, María Clara L., *María, mujer profética*. Ensayo teológico a partir de la mujer y de América Latina, Madrid, Paulinas, 1989; PINKUS, Lucio, *El mito de María. Aproximación simbólica. Materiales para la comprensión del psicodinamismo de lo femenino en la experiencia rristiana*, Bilbao, DDB, 1987; SERRA A., MEO, S., SARTOR, D., *Assunta*: NDM 162-185.



V. Aportaciones en torno a la gracia y camino de la oración

Juan Manuel García Lomas, s.j.

Índice

- I. Introducción
- II. La oración en cuanto gracia
 - 1. El punto de partida: aproximación a la esencia de la oración
 - 2. En el corazón: lo difícil y lo fácil de la oración
- III. La oración en cuanto camino
 - 1. Oramos según lo que somos
 - 2. Pensamientos, palabras y silencios
- IV. La oración en cuanto vida
 - 1. Oración y vida: conexiones múltiples
 - 2. La oración apostólica

Propuestas para orar y propuestas para conversar





I. INTRODUCCIÓN

Estas páginas quieren ser “aportaciones”. Con esto queremos subrayar algo que por otra parte es evidente: y es que, si bien aspiramos a ofrecer una visión de relativo conjunto, nos reducimos naturalmente sólo a lo esencial, que es lo que se puede abarcar en las dimensiones de este trabajo. Con él deseamos vivamente ayudar y contribuir para el fin que se nos ha propuesto.

Tocaremos tres dimensiones, cada una de ellas subdividida en su interior:

- I. La oración **en cuanto gracia**: la oración es ante todo obra de Dios y regalo de gracia, que estamos llamados a acoger y hacer germinar. De aquí su naturaleza teológica y su incardinación humana, con las derivaciones consecuentes.
- II. La oración **en cuanto camino**: esta gracia toma cuerpo en un proceso, que se desenvuelve desde el ser de cada uno, y en posibles etapas sucesivas de profundización y crecimiento.
- III. La oración **en cuanto vida**: esta gracia y camino se van desarrollando a través de las circunstancias de la vida y están insertos en ella. Es también en ella donde encuentran su autentificación, y donde están llamados a ejercer una labor fundamental integradora.

Comenzaremos cada apartado con un texto bíblico, que ayude a comunicar aliento de Espíritu desde la Palabra de Dios a lo que vamos diciendo.

II. LA ORACIÓN EN CUANTO GRACIA

I. El punto de partida: aproximación a la esencia de la oración. (“que Cristo habite por la fe en vuestros corazones”, Ef 3,17)

Entre las varias definiciones o descripciones posibles sobre la oración (según se subraye uno u otro ángulo), cogemos la que nos parece apunta a su núcleo y naturaleza más esencial; núcleo y naturaleza que a la vez es teológica e incardinado en dimensiones netamente humanas.

Y así diremos: **la oración es el encuentro y relación, propios de la fe y del amor.**

Porque entra en juego y en la base de la fe, nos explicitan estas palabras la naturaleza teológica de la oración (el cristiano se cualifica y constituye primariamente por





su fe en Cristo); y porque entra en juego el amor y su dinamismo propio, nos sitúan la oración no en superestructuras de elaboración artificial, aunque sea piadosa, sino dentro de los reclamos inevitables del ser humano. Comentamos algo más de las dos dimensiones.

Contra lo que a veces se piensa en apreciaciones espontáneas sobre la fe (y ocasionadas también por definiciones menos afortunadas) ésta no es ante todo la afirmación de mi entendimiento a los enunciados dogmáticos (eso vendrá luego y consecuentemente); la fe es ante todo, desde una visión bíblica y teológica, la adhesión, opción y apoyo en Jesús. Así se entienden y tienen pleno sentido las afirmaciones paulinas sobre nuestra justificación (o salvación) por la fe: "... no por la propia justicia, que viene de la ley, sino la que viene por la fe en Cristo: la justicia que Dios concede como respuesta a la fe" (Fil 3,9); y repetidas veces en las cartas a los Romanos y a los Gálatas. Y se entiende también que, los que decimos "morir por la fe", son los que dan la vida por Cristo, aunque no estén defendiendo ni tal vez conociendo enunciados dogmáticos concretos.

Con otras palabras: la fe es una relación interpersonal: es mi persona que se adhiere a la Persona de Jesús, no sólo mi entendimiento que se adhiere a un enunciado. Y por ser adhesión de persona a persona, será (como en seguida destacaremos) "De corazón a corazón": "que Cristo habite por la fe en vuestros corazones", Ef 3,17.

Junto a la fe, el amor dijimos constituir el núcleo de la oración. El amor envuelve y empapa todo el movimiento de adhesión por la fe, porque la adhesión a una persona y la opción por una persona se da solamente desde el amor. Cuando la adhesión o vinculación no está mirando a la persona sino a los objetivos a conseguir (por ejemplo económicos o políticos), esa vinculación no se hace desde el amor sino desde el interés; pero la vinculación de persona a persona se hace necesariamente desde el amor.

Por eso la fe es una realidad afectiva, no cerebral; por eso en la historia de la teología se habló hace ya bastantes siglos de la afectividad de la fe. Por eso dice Jesús (y refiriéndose a la fe, a "creer en mí"), "ninguno puede venir a mí si no es atraído por el Padre", Jn 6,44: atraído, comenta S. Agustín sobre este texto, por el gozo de su amor. Y por eso Pablo sitúa la fe en el "corazón", es decir, en el fondo de la persona con sus raíces afectivas: junto a Ef 3,17 ya citado, en la carta a los Romanos "en tus labios y en tu corazón" está "la palabra, es decir la fe que profesamos", Rm 10,8; y "si crees en tu corazón que Dios lo resucitó (a Jesús), te salvarás", Rm 10,9.

Por tanto fe y amor van juntos: la fe se da desde el amor y sobre esta base, damos otro paso: **el amor lleva al encuentro, es decir, a la oración.**





Que el amor lleve al encuentro y relación, pertenece a lo que antes hemos llamado “reclamos inevitables del ser humano”. Es obvio, evidente e indiscutible: si hay amor habrá encuentro, y si no hay encuentro será que no hay amor, o que está oscurecido. Es una realidad en las diversas dimensiones del amor humano: amigos, padres e hijos, hermanos, esposos. Y Dios, fuente de toda bondad y belleza, es en Jesús todo eso para nosotros: amigo (“vosotros sois mis amigos”, Jn 15,14-15); Padre (“recibisteis un Espíritu de hijos, y que os permite clamar: ¡Abba! ¡Padre!”, Rom 8,15); hermano (“semejante en todo a sus hermanos”, con otras alusiones dentro de Hebr 2,10-18); y es amor de esposo (Oseas 2,16-25, entre otras referencias del Antiguo Testamento). La relación con Dios, con el Padre, con Jesús, con su Espíritu (según el matiz de gracia de cada uno), será por eso la consecuencia inevitable de ese amor múltiple con que soy querido, y al que yo me he hecho sensible: porque, digamos de nuevo, si hay amor mutuo habrá encuentro, relación y oración.

Estas son las **conexiones intrínsecas de la fe, amor y oración**, y aquí está el “**núcleo esencial**” que nos habíamos propuesto alumbrar. La fe se da en el amor, y el amor lleva al encuentro. Y si se preguntara cuál es el primer eslabón para que esta sucesión se engrane, preferiríamos responder que estas tres dimensiones de gracia se alimentan mutua y circularmente: si hay crecimiento de amor, la adhesión se hace más fuerte y la relación (oración) también; si la relación está cuidada y cultivada, eso conducirá a un aumento de amor y de adhesión; y si la adhesión de la fe es realista y sólida, eso llevará a un amor y relación más vivos.

De todo lo dicho, cierto que de un modo sintético, podemos retomar lo propuesto al principio: la oración está enmarcada en la vida teológica y en valores y tendencias netas del ser humano, o dicho de otro modo, en lo “normal” del ser humano. La oración no queda por tanto y de ningún modo reducida a una práctica piadosa o un recurso ascético (con ser ambas cosas dignas y tener su sentido). La oración es una derivación inevitable de las esencias cristianas, es decir, de una fe consecuente y digamos que decentemente vivida; y una apertura a la relación del amor, irrenunciable y humanizante para toda persona, que en este caso se establece con la Persona, con mayúscula, fuente del ser y de todo amor.

En *Marcelo Spínola* encontramos referencias en la línea de lo que hemos estado comentando. Hemos situado la fe en el punto de partida, y de ahí el movimiento relacional hacia Cristo (“venid a mí”, dijo Jesús, Jn 6,44): para Spínola “el alma de la oración es la fe”, y por eso quien no la tenga “no da un paso para ir a Dios” (*Marcelo Spínola: su espiritualidad a través de sus escritos*, p.160. Citaremos en adelante con las





siglas MS). Y porque la fe es de todo cristiano, también “la oración es propia de todo cristiano” (MS, p.167).

La oración es encuentro y relación: o lo que es lo mismo, “es el trato y comunicación con Cristo” (MS, p.153). Y el cultivo de la relación aumenta el cariño (como dijimos, fe, amor y oración se cultivan mutuamente): “Cuando tratamos con alguna persona, y con ella nos rozamos, acabamos por aficionarnos a ella y le cobramos cariño... ¿Y acaso se puede estar al lado de Cristo sin amarle?” (MS, p.154). Desde el paralelo de la amistad humana y del tesoro que en ella encontramos según la Escritura (Ecl 6,14), afirma Spínola que “necesitamos comunicarnos con alguien”, que “la oración es el desahogo del alma con el amigo que no se muda” (MS, p.160).

Las *Constituciones* afirman y establecen de entrada, y como base del espíritu de la Congregación: el amor de Jesús y una vida sellada por la relación personal con El, partiendo del Corazón y orientada hacia El (C.1,1-2)”

Y ayudándonos también de otros autores, *Santa Teresa de Jesús*, con la descripción suya tal vez más conocida sobre la oración, nos transmite palabras inspiradoras, a la vez cristianas y humanas, desde la experiencia del amor y la amistad: “que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama” (Vida c 8,2).

Estradé destaca la principalidad de la fe para un fundamento sólido de oración: “Esta referencia a la fe no puede faltar nunca al hablar de oración: de otro modo construiríamos sobre arena”, y por eso “oramos según lo que somos a nivel de fe” (*En torno a la oración*, pp.63-64).

Castillo comenta amplia y documentadamente los varios elementos que hemos tocado arriba como integrantes de la experiencia de oración (*Oración y existencia cristiana*, 4ª ed. C.2, “La oración, experiencia de la fe”): la estructura de la fe como vivencia interpersonal, la presencia del amor, la dinámica que ahí se desarrolla; y concluye: “Habría que rehacer la fe y habría que rehacer al hombre mismo para que toda verdadera vivencia del cristianismo no terminara en oración”. Y si nos preguntamos, qué es vivir la fe, nos responde: “Vivir la fe es vivir el diálogo, la presencia, la confianza, el abandono en el otro, en Cristo el Señor. Vivir intensamente la fe es vivir intensamente la oración” (p.82).

Hemos querido “aproximarnos” (como dijimos en el título de este apartado) a la esencia de la oración. Sólo aproximarnos, porque nunca es posible, aunque nos extendiéramos más, dominar las vertientes. Pero sí hemos querido orientarnos hacia su “esencia”: esos rasgos primarios e insustituibles, de donde se irá deduciendo, al menos en conjunto, lo que se irá exponiendo a continuación.



2. En el corazón: lo difícil y lo fácil de la oración (“el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que os ha sido dado” Rm 5,5; “el precepto que yo te mando hoy no es cosa que te exceda ni inalcanzable...: está a tu alcance, en tu corazón y en tu boca”, Deut 30,11-14).

Conjuntamente comentaremos dónde tiene lugar la gracia de la oración, y al mismo tiempo (porque hay relación estrecha) la valoración real de la dificultad y la facilidad que la oración lleva consigo.

Afirmamos: la oración se sitúa en el corazón: es decir, el lugar donde prende y se desarrolla la gracia de la oración, es el **corazón**.

¿Suena esta afirmación a lo abstracto e inaprehensible? No es abstracto sino muy real, aunque se trate de algo que no podemos visualizar y manejar a nuestro modo. Porque es muy real que hay oración con palabras o sin palabras, porque la oración no tiene lugar ahí; con pensamientos o sin ellos, con sensibilidades o sin ellas, porque la oración no tiene lugar ahí. Todo eso es relativo. La oración, por encima o por debajo de palabras, pensamientos o sensibilidades, es situación de fondo, es decir, del corazón. Y esto por un doble motivo: uno porque Dios y su gracia actúan en el fondo, no en la superficie, y la oración es presencia del Señor que atrae (como dijimos arriba) y obra de su gracia; y otro (que en realidad es concreción del anterior) porque el amor y la fe se sitúan en el corazón, y la oración es una vivencia de amor y de fe: las palabras citadas sobre el amor derramado en el corazón, de Rm 5,5, y sobre Cristo habitado en el corazón por la fe, de Ef 3,17.

Que esta realidad del corazón no sea un abstracto etéreo, como hemos afirmado, sino un hecho digamos que constatable aunque no medible a nuestro modo, se puede confirmar a través de lo verdaderamente fácil o difícil de nuestra vida de oración: las auténticas, y no aparentes, dificultades o facilidades de nuestra oración son las que brotan del corazón. O por decirlo de otro modo: la oración es **tan fácil** (o tan a mano para todos) y **tan difícil** (o gracia tan depurada) como lo es la fe y el amor.

Nos iluminan y confirman unas palabras de *Rahner*, para un enfoque cuidadoso sobre la oración en su naturaleza y en sus consecuencias; y precisamente por tratarse de un “hecho del corazón”: “A esta clase de hechos del corazón, los más simples y los más difíciles a la vez, pertenecen el amor, la bondad, la comprensión, el desinterés... y la oración” (*Angustia y salvación*, introducción).

Esto significa (y aquí está una importantísima consecuencia realista, y nada etérea, de lo que estamos diciendo) que las distracciones de la mente no se pueden catalogar como dificultad auténtica de la oración. Si es verdad, y no ficción, todo lo que





estamos diciendo, habrá que afirmar que las distracciones son situación de pensamiento, que se ha ido, pero no de corazón, que permanece mientras yo no quiera quitarlo: y es en él donde está teniendo lugar, sin interrumpirse, esa obra del Señor que es la gracia de la oración.

Santa Teresa, maestra relevantísima de oración, nos asegura en este planteamiento: sin su magisterio tal vez dudaríamos de nuestros raciocinios, con ser ellos sólidos. Repetidas veces quita importancia, Teresa, a las distracciones en la oración, como algo que no constituye verdadero problema. Pero sobre todo una vez, con un planteamiento verdaderamente radical y que nos da el aliento de sentirnos confirmados en la línea que estamos exponiendo. El vocabulario utilizado por Teresa es diferente, pero está claro que coincide en su contenido con lo que decimos: En un texto de *El Castillo interior o las Moradas*; se dirige a las monjas cuando se afligen por esta causa, y distingue abiertamente entre lo que es el fondo del ser con la obra que tiene lugar ahí, y lo que permanece afuera: “Nos parece que estamos perdidas y gastando mal el tiempo que estamos delante de Dios: y estase el alma por ventura toda junta con El en las moradas muy cercanas, y el pensamiento en el arrabal del castillo” (Moradas, 4ª ed. C.I.,n.9). La sensación de estar perdido, porque lo que percibimos es el pensamiento fuera; pero el fondo, que en buena parte escapa a nuestra percepción y nuestros termómetros, permanece en situación de oración si yo no lo he quitado, y tal vez recibiendo gracia grande de comunicación y de unión. Las distracciones, naturalmente no pretendidas, serán entonces molestia, pero no impedimento (una auténtica dificultad) para la gracia de la oración.

¿Cuáles son, entonces, las **dificultades verdaderas**? Sintetizando, como exigen estas páginas, las que encuentra un corazón para ser de verdad creyente y amante. Y si hay que señalar algo más concreto, se podría tal vez decir: la espera de la fe y la gratuitidad del amor (por esto último se dice a veces que la oración pertenece a lo “inútil”: lo que se hace gratuitamente, digamos que sin ánimo de lucro, aunque de hecho el encuentro con el Señor es operativo porque va siendo transformante). O expresándolo de un modo genérico, pero de acuerdo con la realidad: que mi amor y mi fe sean lo suficientemente grandes como para que tenga sentido para mí el poner ahí mi persona y mi tiempo, a fondo perdido. Si mi amor y mi fe son lo “suficientemente grandes”, eso tendrá sentido; y si no, no lo tendrá. Y solamente se ora a la larga cuando (¡en el fondo!) el encuentro de amor mutuo y gratuito con el Señor tiene sentido.

¿Y en qué consiste lo que hemos llamado **facilidad de la oración**? Hablando también sintéticamente, nos remitimos a lo sugerido arriba: “que está a mano”. No



es una superestructura, dijimos al principio, ni fruto de una elaboración complicada; el encuentro personal con Dios es algo que cualquier cristiano tiene simplemente cerca y a mano... con tal que, naturalmente, su corazón esté dispuesto desde el amor y la fe (recordemos la expresión de Rahner: "los hechos del corazón, los más simples y los más difíciles a la vez").

Según *Lafrance* "el hombre debe descubrir un día que lleva en sí un corazón de oración": el cristiano "debe tomar conciencia de la gracia bautismal, porque allí está oculta la fuente de su oración"; lo que tendríamos que hacer (¡ni más ni menos!) es "dejar que el germen de oración que existe en todo bautizado y en todo hombre se desarrolle" (*La oración del corazón*, pp.12 y 13. La "atracción hacia Jesús"(en Jn 6,44) que hemos dicho antes como recorrido de la fe en el amor, nos parece equivalente a lo que el mismo autor llama "el paso de Dios"; y ese paso definitivo y que sintetiza es gracia que no está negada a nadie: "Todos hemos sentido un día su paso; y eso es lo que puede llevarnos a Dios y comunicarnos el gusto y el deseo de la oración. No se aprende a orar con racionios. No se adentra uno en la vida de oración porque esté convencido de que es más perfecto, sino porque no se puede obrar de otra manera" (p.10). El racionio y el deseo de perfección moral, con tener su entidad, se quedan cortos, El gusto y el deseo y el adentrarse nacen de una vivencia simple y categórica de "seducción" ("porque no se puede obrar de otra manera", dice el autor subrayando la fuerza de eso interior que arrastra).

Esta gracia de ojos y corazón nuevo no es una elaboración dificultosa de los sabios, sino abierta "a los pequeños" ("te revelaste a los pequeños", dijo Jesús, Mt 11, 25-27). Por eso *Laplace*, admitiendo la validez y alabando el empeño de los que se esfuerzan con métodos excepcionales, añade: "Sin embargo es el humilde creyente, que recibe su vida de Dios, el que penetra sin saberlo, a lo largo de la existencia de la vida diaria, en unas profundidades a las que el más sabio sólo llega a duras penas. O mejor: a las que sólo llega si accede a convertirse, como aquél, en uno de esos niños a los que se les abre el Reino de Dios" (*La oración, búsqueda y encuentro*, p.9).

En *Marcelo Spínola* encontramos palabras relacionadas con lo expuesto. Nos recuerda Spínola la disposición de gratuidad de la oración "cuando a ella vamos sin prevenciones de género alguno, y dispuestos con total indiferencia de la voluntad a tomar el rumbo que se nos señale" (MS,p.154). También cuando Cristo "se nos muestra envuelto entre sombras"; junto a otras situaciones de "paso de Dios" en que el camino queda abierto y facilitado con una huella imborrable: "sin embargo, en momentos dados Cristo se transfigura... y nos muestra su Corazón...; entonces deseamos que aquello nunca se acabe" (MS,p.157).





En cualquier caso se rechaza la hipótesis de los recursos dificultosos y se afirma la simplicidad: “Si para hacer oración tuviéramos que hacer grandes discursos, entonces sería dificultoso; pero no se nos exige esto, sino que simplemente tratemos con Dios; y si no sabemos decirle nada, con sólo ponernos delante del Tabernáculo y mirar a Cristo de hito en hito y estarnos allí con El, habremos hecho una muy buena oración” (MS, p.158). De hecho estas palabras están expresando una situación de contemplación, y las retomaremos más abajo; pero también contienen una afirmación general de elementos simples para la vida de oración.

III. ORACIÓN EN CUANTO CAMINO

I. Oramos según lo que somos (“Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos”, Lc 24,16)

Al hablar de la fe dijimos con palabras de un autor que “oramos según lo que somos a nivel de fe”. Permaneciendo plenamente en pie esta afirmación, podemos establecer también que oramos según lo que somos en todas nuestras vertientes. Y éste es un primer paso para nuestro camino de oración, y para hablar de la oración en cuanto camino.

Probablemente no nos suscitaría dificultad (al menos a primera vista) si dijéramos que oramos, que nos unimos al Señor; según lo que somos en nuestras cosas buenas: los regalos tanto de gracia como de nuestro ser humano y nuestra vida entre los demás, que nos mueven a la acción de gracias, a la confianza y a la alegría. Más nos costará comprender, admitir y asimilar ¡y sin embargo es importantísimo para la verdad, no ficción, de paz y confianza que el Señor nos quiere dar!) que también oramos, nos encontramos en amor mutuo con El, **desde “lo otro”**: condicionamientos, limitaciones y deficiencias de nuestro ser físico, psicológico y caracterológico, y desde nuestro mismo pecado. Proclamamos una vez más y en línea con cosas expuestas: la gracia de la oración no la fabrico yo con mis elaboraciones bien construídas, o con mi perfección moral o caracterológica que “atrapa” al Señor: el don de la oración es el encuentro en el corazón: y para ese encuentro (con imágenes espaciales humanas) Dios “baja” mucho más que nosotros “subimos”.

Si hemos expuesto fundadamente que el lugar de la oración es el corazón, tenemos que ser consecuentes con lo que de ahí se deriva. Puedo estar orando favorecido por una situación de paz corporal y psicológica, y puedo estar orando molesto por





esos dos campos. Favorecido o molestado, es mi corazón el que se pone en el encuentro por la fe y el amor... y a lo mejor con mucha hondura. Nos resuenan aquí las palabras citadas de Santa Teresa, maestra de espíritu, sobre las distracciones en la oración y que es oportuno recordar: el pensamiento (que es una zona más de superficie) puede estar “en el arrabal del castillo” (y por eso la sensación de desconcierto, inutilidad y consiguiente molestia); y sin embargo “por ventura el alma toda junta con El en moradas muy cercanas”. Nos parece que no nos salimos de ese enfoque si, interpretando por extensión el magisterio teresiano, decimos lo mismo de otros elementos de nuestro ser que se mueven en esa misma zona de superficie: todo lo que afecta a nuestro cuerpo o nuestra psicología, sea por constitución o por impacto de las circunstancias. Proclamamos, una vez más, con aliento humilde: es el corazón el que ora y “por ventura en moradas muy cercanas”, aunque mi sensibilidad esté torpedeada por molestias, Las conocidas palabras de Pablo, “a los que aman a Dios todo es conducido para el bien” (Rm 8,28) parece que nos reaseguran: “todo”: también con mis condicionamientos, y más aún, a través de ellos, el Señor sale a mi encuentro.

Vale la pena citar palabras de *Lafrance*, que no serán excesivas si es verdad lo que estamos diciendo, y que, desde ese supuesto, nos transmiten iluminación y aliento. Según ellas, no sólo nuestros condicionamientos sino nuestros mismos pecados no impiden la experiencia de la oración, sino que dan ocasión para ella:

“Todo sería mucho más sencillo, nuestras miserias, nuestros sufrimientos, nuestros defectos, nuestros mismos pecados, esos días en los que tenemos la impresión de haber fracasado, si pudiéramos comprender que el problema no está en funcionar bien sino en ofrecer. La materia de un sacrificio no hace falta que sea noble, basta que sea ofrecida. En vez de ofrecer un día perfecto (¿qué significa eso?) ofrecemos un día lamentable: ¿qué importa, con tal que se ofrezca?”. A continuación insinúa, con razón, que parece que nos gusta demasiado presentarnos ante Dios liberados antes de nuestra parte deficiente, y no precisamente con ella, desde nuestra necesidad de sanación: pero “los que se acicalan antes de presentarse ante Dios, parece como si no quisieran darle todo, sino lo más hermoso, aunque sea precisamente lo feo lo que desea curarles Cristo: ‘no necesitan médico los sanos sino los que están mal’ (Lc 5,31)” (Obra citada, p.40).

En este mismo contexto sitúa el autor un aspecto muy delicado, y que fácilmente nos impacta vivamente: dentro de nuestras deficiencias y condicionamientos, **la impresión de que oramos mal**. Y dice: “Los consejos que podría daros y los que ofrece la Iglesia no os librarán de la impresión de que no sabéis orar. Al contrario,





esta impresión aumentará con la profundidad misma de la oración... No se trata, pues, de procurar salir de esta impresión, que equivaldría a ponerse a la búsqueda de un estado de satisfacción particularmente peligroso y cercano al fariseísmo...”; se trata por el contrario de lo que podríamos llamar una finura paradójica de espíritu, en virtud de la cual “no nos inquietemos por saber si oramos bien o mal, sino que vivamos con el deseo de que la oración lo invada todo; y no ya nuestra oración, sino esa realidad que viene de Dios y que es la oración de Jesús en nosotros, el gemido inenarrable del Espíritu” (Obra citada, p.54).

Vemos, pues que, empezando por intentar enfocar nuestros fallos y limitaciones en la paciencia y esperanza (con un enfoque absolutamente válido), hemos terminado con lo que calificamos como finura paradójica de espíritu: mi sensación de oración pobre no es sin más una calamidad a lamentar, sino un reflejo que acompaña crecientemente a la oración, precisamente cuando ésta se va ahondando más. No es una sutileza arbitraria ni un recurso de consuelo fácil. Es una derivación de algo bien sabido desde siempre: cuanto una persona más se adentra en el ser de Dios, en la revelación de su amor y “el tesoro de su gracia” (Ef 1,7-8), más es consciente de lo corto e inadecuado que se está quedando.

Lo dicho hasta aquí sobre nuestra persona con sus pobreza redonda en un estímulo humilde y esperanzado. Pero hay también otro aspecto de “lo que yo soy” que, sin desterrar esa faceta positiva, tal vez nos compromete e interpela de un modo incisivo: **nuestras relaciones con los demás**. Porque la pregunta es ésta: si nuestras relaciones con los demás van acompañadas con alguna frecuencia por tonos negativos de falta de acogida y escucha, de falta de entrañabilidad y ternura, de egoísmo y de dureza, ¿es posible que no sea todo eso un condicionamiento negativo serio para mi relación con Dios? ¿Es posible que, puesto ante Dios, yo sea acogedor y receptivo, capaz de un afecto entrañable, abierto al amor y ablandado en mi corazón, si acto seguido, puesto ante los demás yo resulta que soy lo contrario?

El planteamiento es muy delicado, y peligroso también de suscitar en nosotros juicios que ni nos corresponden ni son conformes a la caridad; pero es ineludible, si queremos que nuestra vida espiritual y nuestra oración no discurran por parajes artificiales y ajenos a la vida, sino que sean conformes a ella. ¿Qué podríamos decir para asumir este interrogante con realismo, sin salirnos de lo que nos es lícito honesta y humildemente pensar?

Habría que empezar por decir que se trata de mirarse a sí mismo, y no de juzgar a los demás; también hay que distinguir entre nuestro margen inevitable de



limitación y pecado, y lo que constituye un talante y estilo incorporado y habitual (aquí es donde residiría el problema); también tenemos que reconocer que nuestros repliegues internos son complejos, y a veces mucho, y sólo los conoce y juzga amorosamente el Señor. Desde la modestia a que nos inducen estas alertas, y tal vez alguna más, hay que mantener todavía la validez de esta interpelación. En efecto, no parece posible que yo sea, por así decirlo, “relacionalmente dos”, uno para con Dios y otro para con los demás. Mis diversas manifestaciones ante las situaciones y las personas brotan del fondo unitario de mi ser y son coherentes con él (dentro del margen de limitación que subrayamos). Por eso no parece posible que, puesto a relacionarme con los demás, yo sea una cosa, y puesto a relacionarme con Dios yo sea claramente otra. O lo que es lo mismo: mis posibles talantes negativos con los demás, si no quedan cordialmente restaurados, parece que dejarán huella negativa incluso inconsciente, o tal vez bloqueo, en mi talante para con Dios.

Encontramos en *Laplace* una experiencia curiosa y representativa: Para despertar a un ser al misterio de la oración es conveniente hacerle tomar conciencia de todo lo que en él hace posible la relación con el otro. ‘¿Has tenido en tu vida experiencia de relaciones gratuitas de amistad?’, pregunté una vez a uno que se quejaba de las dificultades de su oración. Pasada una primera impresión de extrañeza, me reconoció que su principal preocupación era la eficacia y el rendimiento. Sin relaciones verdaderas no podía captar la profunda dimensión de su ser. La oración, por tanto (que es siempre una puesta en relación) no podía por menos de resultarle algo exterior” (Obra citada, p.35. En la línea de lo expuesto, *Estradé*, obra citada, p.35)

“Oramos según lo que somos”, hemos titulado este apartado, para bien o para mal; o más que para mal, como interpelación que desbloquee nuestras posibles murallas. Siendo esto así, eso que somos constituirá siempre un lugar de gracia, de relación y de encuentro.

2. Pensamientos, palabras y silencios (“instrúyeme en tus decretos y meditaré tus maravillas”, Salmo 118,27; “contempladlo y quedaréis radiantes”, Salmo 33,6.

Una pequeña explicación al título de este apartado. Al decir ‘Pensamientos’ nos referimos a la oración de meditación; al decir ‘Palabras’ nos referimos a un diálogo afectivo; al decir ‘Silencios’ queremos sugerir, de un modo genérico, la contemplación, que con ser siempre de algún modo silenciosa, no siempre se desarrolla simplemente en silencio. En





este apartado nos limitaremos a comentar la meditación y la contemplación, como dos situaciones diversas y representativas en conjunto de la oración en cuanto camino.

Meditación es ni más ni menos que una oración reflexiva. Mis reflexiones (sobre el Evangelio, sobre hechos de gracia, sobre la vida) se convierten en mediación de mi encuentro con Dios. Dice *Sta. Teresa*, con expresión sencilla y familiar y también exacta: “llamo yo meditación al discurrir mucho con el entendimiento” (Moradas, 6^a,c.7,n.10).

De esta sencilla línea descriptiva podemos deducir dos cosas: una, que es confusivo, y sencillamente erróneo, llamar meditación a la oración en general, aunque con alguna frecuencia se utilice este lenguaje; será meditación si está basada, fundamentalmente, en el desarrollo de mis reflexiones, y si no es así no será “meditación”. Y otra, que mis reflexiones serán oración si son mediación de encuentro con Dios, y no simplemente “las reflexiones que yo me hago”, aunque sea sobre una materia santa; el que ora meditando deberá tener esto en cuenta, es decir, que es la presencia envolvente del Señor lo que acompaña mis pensamientos, y los hace vehículo de apertura hacia El.

Vale la pena notar en contexto de meditación, aunque valga para todo contexto, que en la oración hay un recibir y un dar o hacer. Recibo del Señor su presencia, su atracción, su gracia de diversos modos: y doy, si vale llamarlo así, mi respuesta con mi modo de estar y actuar ante El. En cualquier caso el punto de apoyo está en el recibir, y esto es algo de lo cual el que medita deberá ser muy consciente: aunque sus reflexiones lo conduzcan a deducciones, deberá estar muy claro en su espíritu que todo ello es relativo, y que sólo será situación de amor y de gracia en la medida en que el Señor esté dando (aunque tal vez calladamente) y actuando en mí.

Encontramos en *Laplace* una sugerencia plástica, que parte de la escena de Moisés ante la zarza ardiendo (Ex,c.3). “Moisés está solo en el desierto. De pronto ve una zarza que arde y no se consume. Acude para ver cuál es la causa de aquella maravilla: ‘voy a ver de qué se trata’, se dijo. ‘No te acerques (le dice Dios desde el fondo de la zarza). Quitate las sandalias. El lugar que pisas es santo’. Dios no es para el hombre un objeto de investigación científica. Ciertamente puede y debe, según las capacidades de su inteligencia, hacerse una idea de Dios y criticar incluso la que la humanidad le ha transmitido a través de los siglos. Pero si quiere encontrar a Dios y no solamente tener una idea de El, tiene que recibirle...” Y nos formula esta pregunta: “Tu oración ¿quieres hacerla por ti mismo o recibirla? ¿quieres desentrañar por ti mismo la cuestión o prefieres descalzarte? En el primer caso, aunque emplees fórmulas renovadas y adaptadas, sólo te encontrarás a ti mismo. En el segundo, aun cuando



tus fórmulas sean desusadas, puedes encontrar a Dios. Dios está más allá de todo, más allá de las fórmulas y de las obras de los hombres” (Obra citada, p.27).

En *Marcelo Spínola* encontramos palabras sobre la meditación que recalcan la actividad y trabajo del orante, y recuerdan a las citadas antes, de Sta. Teresa (“Llamo yo meditación a discurrir mucho con el entendimiento”). Y habla de la meditación como “un ejercicio, y por cierto, un ejercicio activo, activísimo de la razón sobre los misterios y la doctrina evangélica; ejercicio no sólo activo, sino profundo..., que procura ahondar en ella, extraerle su meollo y su sustancia...” (MS,p.149). Este modo de orar “es engolfarnos en la meditación de las verdades eternas, principios y axiomas de aquella ciencia; es desenvolverlas, desentrañarlas, sacarles su meollo y su sustancia; es asimilárnoslas, ya no meramente grabándolas en nuestra memoria, sino haciéndolas penetrar en lo más íntimo de nuestro ser; es en fin convertirlas en nuestro propio ser” (MS, 151.152).

Tanto Spínola como Teresa han subrayado la parte activa nuestra en la meditación. Naturalmente esto no niega sino que está suponiendo (y lo vemos también por otros pasajes de los dos autores) las otras vertientes que hemos indicado: la actitud de recibir humildemente y la atención a que mi trabajo de pensamiento no quede encerrado en sí mismo, sino que sea camino hacia Dios.

* * *

Si en la meditación lo que entra en juego ante todo (tal vez no únicamente) es el hilo de los pensamientos, **en la contemplación** lo que entra en juego, también ante todo, son los llamados “sentidos espirituales”. Se trata de una realidad conocida desde antiguo, perteneciente al modo con que el espíritu del ser humano se aproxima a la percepción de las cosas. No se aproxima siempre discurriendo; se acerca también recibiendo una huella, al modo de los sentidos; hay un cierto ver, oír, oler, gustar y tocar (tal vez difícilmente definible) en la experiencia interior del espíritu. Y un modo de orar en que es todo esto lo que entra particularmente en juego.

Esta situación oracional no puede extrañar. Si en la persona humana existe una dimensión humana contemplativa que se pone en movimiento con toda naturalidad según las circunstancias, no será extraño que también (salvando las diferencias con el mundo de lo sobrenatural) exista este modo de acercarse a Dios, y a Jesús en los misterios de su vida.

Hay que notar, para evitar equívocos, que en la oración de contemplación siempre “entenderemos” algo; no se puede estar sin entender o captar algún objeto, y no





es el entendimiento lo que queda descartado (como dice Sta. Teresa, “hasta que muramos” tenemos que “ayudarnos con el entendimiento” *Moradas*, 6ª, c.7, n.7). Lo que se descarta es, como hemos dicho, el hilo de pensamientos, es mi trabajo reflexivo (en palabras de Sta. Teresa, “discurrir mucho con el entendimiento”, o también “componer razones”, *Vida*, c.13, n.11).

Otro equívoco a evitar es confundir contemplación con regalo de consolación y de gozo. Si mi oración es contemplativa, seguirá siendo contemplativa aunque mi sensibilidad esté árida. No será remedio contra esa aridez el recurrir entonces a una oración discursiva, lo cual resultará un intento frustrante y vano, porque no es esa mi oración. Lo mío será entonces permanecer en eso que en el fondo yo percibo como “lo mío”, con una sensibilidad árida pero probablemente con un corazón atraído.

Lo que subrayamos desde el principio sobre la oración como relación interpersonal (porque el amor y la fe también lo son), toma cuerpo y relevancia particular en la contemplación, aunque no es exclusivo de ella. La contemplación sitúa particularmente al orante en encuentro de intimidad con Dios y con Jesucristo, **de corazón a corazón**. “Estar” y “mirar” son palabras típicamente contemplativas, empleadas repetidas veces por *Sta. Teresa*, y que sugieren presencia y silencio precisamente en virtud de una comunicación de amistad más íntima:

“No os pido ahora que penséis en El, ni que saquéis muchos conceptos, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones con vuestro entendimiento: no os pido más que le miréis” (*Camino de Perfección*, c.26, n.13). “Se esté allí con El, acallado el entendimiento” y “mire que le mira” (*Vida*, c.13, n.22). Hay unas palabras en los Ejercicios Espirituales de *S. Ignacio*, que cuadran particularmente bien con esta situación contemplativa, aunque no son aplicables sólo a ella: “No el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar las cosas internamente” (Ejerc. N.2).

En *Marcelo Spínola* encontramos repetidas referencias a una situación contemplativa de amistad e intimidad; y con expresiones muy semejantes, y aún iguales, a las citadas de *Sta. Teresa*.

Sobre la relación entre pensamiento, amor (eso parece querer decir cuando habla aquí del corazón) y lo que podíamos llamar “paradas contemplativas”: “Creen algunos que para hacer oración hay que estar discurrendo, como si se tratara de formar un diálogo: no, no es esto la oración. La oración es obra del corazón más bien que de la cabeza. Muchos creen que es obra únicamente del entendimiento, y por esto se ora tan mal... Claro está que la cabeza ha de tomar parte también en la oración... para poderlo transmitir al corazón; pero una vez hecho esto, debemos dejar



obrar a nuestro corazón” (MS, p.170-171). Nos recuerda muy de cerca el magisterio teresiano: además de lo citado hace poco sobre el inevitable papel que le toca al “entender”, la orientación hacia situaciones contemplativas: “Es bueno discurrir un rato... pero no se canse siempre en andar a buscar esto” (Vida, c.13, n.22); o “que no se les vaya todo el tiempo en esto” (Vida, c.13, n.11), porque “la sustancia de la oración... no está en pensar mucho, sino en amar mucho” (Moradas, 4ª, c.1, n.7). Y con su típico humor y realismo humanista, parecería de lo contrario que “no ha de haber día de domingo ni rato que no sea trabajar” (Vida,c.13, n.11). Tal vez hay que hacer una advertencia para una recta interpretación, tanto del párrafo citado de Spínola como de las varias frases sueltas de Teresa: de lo que aquí se trata aparentemente es de una situación en que el orante es conducido en su movimiento interno a que tanto la meditación como la contemplación tengan lugar conjuntamente, la primera como dispositivo hacia la segunda; pero en situaciones más netamente contemplativas, lo reflexivo no es operante, y el “entender” tiene lugar de un modo simplificado y silencioso.

También en *Spínola*, “orar no es pronunciar muchas palabras, sino elevar el corazón... y comunicar con Dios” (MS, p. 158). Y en paralelo con la conciencia de intimidad, plasmada en el “estar y mirar” de Sta. Teresa: “... Con sólo ponernos delante del Tabernáculo y mirar a Cristo de hito en hito y estarnos allí con El, habremos hecho una muy buena oración” (MS, p.158). Y “mirad lo que hacen dos amigos cuando están juntos: si no tienen nada que decirse, se miran; y como se aman, su silencio mismo habla... Esto hemos de hacer nosotros: si no sabemos qué decir a Cristo, nos debemos poner delante de El y mirarle y contemplarle, que con esto sólo nuestra oración no será infructuosa” (MS, p.159). La figura evangélica de la contemplación, será María, la hermana de Marta: “María parecía ociosa, pero no lo estaba, porque estaba amando, estaba contemplando” (MS, p.159).

Finalmente, en el ámbito de los sentidos espirituales y muy en conexión con unas palabras citadas de los Ejercicios ignacianos (“no el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar las cosas internamente”), nos dice Spínola: “Hay gran diferencia entre conocer un objeto, y gustar de él y saborearlo. Lo primero, el conocer, pertenece al entendimiento; lo segundo, el gustar y saborear las cosas, a una facultad especial que no se distingue de la sensibilidad... Así, no es lo mismo conocer a Cristo que tomarle gusto y sabor” (MS, p.161). Y de ahí las imágenes sensoriales, digamos, para los dones reconfortantes de la oración: brisa para el cansancio, agua fresca para el sediento, vino que reconforta y alegra, aroma de muchas flores (MS, p.163).





Añadimos para terminar este apartado: en sintonía con las reflexiones propuestas y los testimonios citados y autorizados, la contemplación es una situación de relación y encuentro con el Señor en donde muchas personas de vida de oración desembocan espontáneamente; por así decirlo, como sin querer y sin darse cuenta. Dentro de la incontable variedad de trato con Dios de cada persona, no son extraños los tiempos, de duración variada, de presencia, por ejemplo ante el Sagrario, en que el “estar y mirar”, o pequeñas palabras sueltas sea lo que espontáneamente coge y llena el espíritu. Ahí está la contemplación como “trato de amistad” (en frase de Sta. Teresa) y situación de intimidad, en que, si hay pocas palabras o tal vez ninguna, es porque éstas sobran cuando el silencio está siendo una comunicación mayor.

IV. LA ORACIÓN EN CUANTO VIDA

I. Oración y vida: conexiones múltiples

Sabemos de sobra, y lo escrito aquí lo está ya confirmando implícitamente, que oración y vida no pueden estar separadas, bajo pena de falsificación de una y de otra. En el marco sintético de estas páginas, tocaremos en este apartado tres puntos, que se requieren y complementan mutuamente:

- **Distinción:** oración y vida son realmente diversas (¿de otro modo todo el mundo estaría en oración continua!), y que no pueden confundirse (“cuando vayas a orar entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre en secreto; y tu Padre, que ve lo escondido, te lo pagará”, Mt 6,6).
- **Autenticación:** con no ser lo mismo, es la vida el punto de referencia más saliente (tal vez no el único, pero sí el más representativo y evangélico) de la validez de la oración (“el que no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve”, Jn 4,20).
- **Compenetración de una y otra:** en la vida puede y debe darse también un encuentro con Dios. (“mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno me abre entraré, y cenaremos juntos”, Apoc 3,20); un género de vida que sea oración.

En torno a la **distinción** entre oración y vida, es una cuestión que a bastantes puede parecer absolutamente ociosa: ¿por qué detenernos a comentar, dirían, lo que es obvio? Sin embargo hay circunstancias, generalmente de crisis de oración, en que este principio se plantea: “no hace falta orar, porque la oración es la vida”. Es una objeción sobre la que tal vez debemos decir unas palabras, para abordar así la cuestión



de oración y vida de un modo suficientemente completo (aparte de que, si es válido todo lo expuesto hasta ahora, la afirmación de que “no hace falta orar porque...” es muy ajena a las fundamentaciones que hemos elegido).

La Biblia no aborda este problema, que es totalmente lejano a la mentalidad del Antiguo y Nuevo Testamento. La Biblia supone mil veces esa distinción, y no se puede encontrar en ella una base razonable para la posición contraria.

En el Antiguo Testamento, lo que se llama oración se dirige siempre a Dios, al Señor, al Padre, y jamás se confunde con relación entre las criaturas o con el devenir de nuestra vida. En el Nuevo Testamento, lo que Jesús llama oración o lo que El vive como oración, permanece en la misma línea: para orar El, se retiraba a la soledad; cuando pronuncia palabras de oración, se dirige al Padre; cuando enseña sobre oración a sus discípulos, les transmite eso mismo que El practicó: retirarse “a lo secreto” y dirigirse al Padre (Sermón del Monte, Mt 6,1-18).

En Pablo, como transmisor particularmente abundante de la espiritualidad cristiana, el término de la oración está generalmente orientado a “Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo”. A veces también a Jesús, que es “el Señor”, el muerto y resucitado. Ese Jesús, que es la Cabeza del Cuerpo, de la Iglesia: por los miembros de ese Cuerpo se trabaja y se ora: pero la oración, es decir, la adhesión de fe, se da sólo a la Cabeza, que es Jesús.

Como escribe *Castillo*, “en ningún pasaje de la Biblia se encontrará ni un solo texto en que la oración se dirija a alguien que no sea Dios, o se realice no en el encuentro con el Señor mismo sino en la referencia a una criatura” (Obra citada, p.163); “la oración conserva siempre su autonomía y su carácter bien definido, y no se la puede diluir confundiéndola, más o menos sutilmente, con otras formas o expresiones de la experiencia cristiana” (p.164. Y en general, para un tratamiento muy completo, pp.157-169).

* * *

Sin embargo, como expresamos en el enunciado de este apartado, la **autenticación** principal de la oración viene de la vida. Con otras palabras, y es un planteamiento muy serio porque sus consecuencias son también muy serias: los signos más definitivos (aunque dijimos que no los únicos) de que mi oración está siendo una auténtica experiencia de encuentro con el Señor y no un sentimiento engañoso, no están en las mociones de diverso tipo que puedo yo haber percibido durante ese tiempo de oración: están en los reflejos de mi vida que, como conjunto, van teniendo lu-





gar en mi ser y mi actuar. Todavía dicho de otro modo: la confirmación principal (siempre humilde y agradecida) en torno a mis ratos de oración, no está dentro de ellos mismos, sino que viene de fuera.

Como dijimos antes, a propósito de la conexión entre mi relación con Dios y mi relación con los demás: siempre tendremos fallos (de caridad y otras cosas), ante los cuales debemos ser pecadores continuamente convertidos; no podemos ser jueces del corazón de los demás, sino interpelarnos a nosotros mismos; y nuestras valoraciones deberán ser siempre a tientas, porque nos desborda la complejidad del ser humano y el obrar secreto de la gracia. Con la modestia que imponen estas precisiones, sin embargo no podemos eludir lo que categóricamente nos transmite la Palabra de Dios.

Pero antes de recurrir a ella, citemos a Sta. Teresa, maestra de oración y de vida, que nos alumbra también de algún modo el por qué de esos signos encontrados fuera, y no en nuestras percepciones en la oración misma:

“Acá solas están dos (cosas) que nos pide el Señor, amor de Su Majestad y del prójimo, es en lo que hemos de trabajar... La más cierta señal que a mi parecer hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la de amor al prójimo; porque si amamos a Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor al prójimo sí. Y estad ciertas que, mientras más en éste os viéreis aprovechadas, más lo estais en el amor de Dios... En esto yo no puedo dudar” (Moradas, 5ª, c.3, nn.7-8).

Recalcamos el sentido de algunas de estas palabras. Teresa afirma absoluta y enérgicamente que el amor del prójimo es signo de la autenticidad del amor a Dios: digamos, del “amor oracional” a Dios, de un amor que se hace oración y conduce hacia ella: ése es el hilo conductor y el argumento tratado en “Las Moradas”, y por eso su argumentación es válida para estas páginas nuestras sobre oración. Además admite que hay “indicios grandes” para saber que nuestro amor a Dios está siendo válido, parece que por la experiencia misma y modo de vivirlo; y lo mismo creemos poder decir de nuestra oración. Pero “la más cierta señal” viene de fuera, como dijimos: es el amor al prójimo, del cual sugiere Teresa que “sí se puede saber”: está claro, aunque aquí no lo formule así ella expresamente, que por las obras en la vida.

De la Palabra de Dios, algunas referencias representativas, porque si quisiéramos ser más completos llegaríamos demasiado lejos. **Del Antiguo Testamento**, el capítulo 58 de Isaías: es el rechazo, incluso violento, por parte de Dios de un culto y oración que no vaya acompañado de las obras del amor; pero si va acompañado de ellas, “entonces romperá tu luz como la aurora, enseguida te brotará la carne sana... Entonces clamarás al Señor... y El te dirá: aquí estoy” (vv. 8-9).





Del Nuevo Testamento nos ceñimos a la primera carta de S.Juan, la gran carta de la iluminación y alcance del amor fraterno, prescindiendo por brevedad de no pocas citas evangélicas y de S.Pablo. Nuestra unión y vinculación con Dios (y ahí se sitúa nuestra oración como una dimensión dentro de ella) la cualifica Juan desde tres ángulos : estar en la luz, estar en la vida, y conocer a Dios: pues bien, los tres se autentifican definitivamente por las obras del amor fraterno...:

“Quien dice que está en la luz mientras odia a su hermano, sigue en tinieblas; quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza” (1Jn 2, 9-10); “a nosotros nos consta que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos; quien no ama permanece en la muerte... Hijitos, no amemos de palabra y con la boca, sino con obras y de verdad” (1Jn 3, 14 y 18); “todo el que ama es hijo de Dios y conoce a Dios; quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor” (1Jn 4,7-8). El conjunto de su mensaje sobre el amor de Dios y el amor al hermano, que se va entremezclado concéntricamente a lo largo de cuatro capítulos, termina con la aserción categórica (y lógicamente un tanto curiosa), que antes ya citamos: “Si uno dice que ama a Dios mientras odia a su hermano, es un mentiroso; pues si no ama al hermano suyo, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y el mandato que nos dio es que quien ama a Dios, ame también a su hermano” (1J 4, 20-21).

Marcelo Spínola tiene palabras de alerta sobre una oración en que “no buscamos la gloria de Dios, sino que nos buscamos a nosotros mismos... Eso no es orar en nombre de Cristo” (MS p.164). La oración verdadera opera en nosotros la unión con el Dios verdadero, y por tanto el contagio de su ser: “...toda vez que a Dios nos une, y Dios es caridad... Por la oración nos convertimos, nos transformamos en Dios, y a la vez Dios se empequeñece, se abaja hasta penetrar en nuestro interior” (MS p.155).

Añadamos, para terminar, que nuestro mundo de hoy es particularmente sensible al testimonio de vida y de obras, que autentifique la validez de una espiritualidad y una oración. Sin ese testimonio (siempre dentro de las limitaciones de nuestro ser pecador) una persona de prácticas de oración significará muy poco; o incluso será ocasión de desprestigio para esa espiritualidad y esa oración.

* * *

Con esto llegamos al tercer paso propuesto: aunque la oración no es simplemente la vida (distinción que debe permanecer recalçada), sí hay **un género de vida que es oración**: ese modo de vivir en que, a través de las cosas, circunstancias, acontecimientos y personas, un corazón de fe y amor y oración se encuentra con el Señor. ¿Es





esto ficción o una verdadera realidad posible? Si el Señor está ahí (como es cierto), y ese corazón atraído le busca y le encuentra, entonces está teniendo lugar una situación de oración: esta conclusión es simple consecuencia de muchas cosas dichas.

La espiritualidad del encuentro con Dios en la vida no es moderna (no es en absoluto “un recurso para nuestros tiempos”): está afirmada desde antiguo por autoridades en la experiencia cristiana. Una vez más acudimos a *Sta. Teresa*, religiosa de vocación contemplativa y de magisterio centrado en la oración, y por tanto digamos que nada sospechosa en esta materia. Desde sus vivencias y su realismo y su humanismo, nos dice simpáticamente: “El verdadero amante en toda parte ama y se acuerda del amado. ¡Recia cosa sería que sólo en los rincones se pudiese traer oración!” (Fundaciones c.5, n.16).

Vale la pena desentrañar algunas de estas palabras, en conexión con todo lo nuestro. Es el amor lo que está aquí puesto en marcha, con su dinamismo propio: y ese amor puede ser permanente (situación muy humana y bien conocida): es decir, que si es “verdadero amante”, entonces “en toda parte ama”. Por eso también “se acuerda del amado”: en lo humano el recuerdo es recuerdo, en la gracia el recuerdo es ya un encuentro. Por eso, para una persona así, los lugares de encuentro se dilatan sin límite. Teresa nos dice que afortunadamente: para una persona enamorada como ella y los que sean como ella, lo contrario sería terrible: “¡Recia cosa sería que sólo en los rincones se pudiese traer oración!”.

Por eso el que también la vida sea lugar de oración no es un abaratamiento del producto, no es un facilitar rebajando: es dilatar el horizonte. Un corazón muy cojido y atraído rebasará los márgenes de los tiempos fijos, para vivir el amor y encontrarse con el Señor “en toda parte”. Desde este punto de vista, por lo tanto, y recordando palabras citadas de Teresa, existen dos situaciones de oración y relación con Dios: la de los ratos expresos (“estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama”) y la de la vida (“en toda parte”).

En *Marcelo Spínola* encontramos directrices e ideales completamente dentro de esa orientación:

“El amor no está nunca ocioso, el amor está siempre en movimiento... en esto consiste la diligencia, en estar siempre amando, pero amando con paz, amando con sosiego, aunque por otra parte estemos trabajando” (MS p.159): y a continuación alude a la tipología clásica de Marta y María. Con esa misma tipología, Teresa recalcará: “Creedme, que Marta y María han de andar juntas” (Moradas, 7^a, c.4, n.14): hay que advertir que, aunque estas palabras están escritas en un contexto místico, pero se refieren (según magisterio general teresiano) a una orientación que debe acompañar el horizonte orante del cristiano.



Siguiendo con *Spínola* y en una misma línea: “El que verdaderamente a Dios ama, no puede vivir lejos de El, sino le acompaña, le sigue, y, si le pierde de vista, en todas partes le busca... Pero esto, tan trabajoso para el que no ama o ama poco o con frialdad, es fácil y llano para el que ama ardorosamente: el cual lo que halla penoso no es por cierto recordar al amado, sino alejar de la mente su idea” (MS pp.165-166). A esto llamaré también “el aire que ha de respirar la Esclava”, “la vida de la oración no interrumpida”; y “en esto consiste la vida de la oración, éste es el aire, el ambiente, la atmósfera que debe respirar la Esclava” (MS p.169).

Las *Constituciones* citan, dentro de “un estilo de vida” con sus “rasgos y valores fundamentales”: “contemplación en la acción, como fruto de una intensa vida de oración” (Const. C.I, n.7).

Añadimos unas palabras bien perfiladas de *Laplace*: para un enfoque recto del “problema” de la acción y la oración, lo plantea así: “No se trata de conciliar dos realidades opuestas entre sí. Se trata de descender lo más profundamente posible hasta el interior de uno mismo, para que dicha oposición desaparezca ante el descubrimiento de Dios en todo. Pero esa unión o conciliación sólo surge con el tiempo...”: será necesaria, según el autor, una educación larga y variedad de experiencias, hasta llegar a descubrir de verdad que también “el mundo es el lugar en el que Dios no cesa de actuar y de darse” (Obra citada p.111).

Terminamos este apartado con otra referencia antigua, conocida y autorizada: para *Ignacio de Loyola* el “buscar y hallar a Dios en todas las cosas” era una frase repetida, y una situación oracional muy querida, que de algún modo nos certifica la sinceridad de nuestros encuentros con Dios.

2. La oración apostólica (“seréis testigos míos”, Hech 1,8)

¿Qué es la oración apostólica? Nos parece que es mucho más fácil vivirlo (para quien realmente lo vive) que describirlo, si esto último quiere hacerse con suficiente aproximación. Y así intentaremos hacerlo.

Desde luego tiene mucho que ver con la última parte del apartado anterior: la unidad de oración y vida. Pero con unos tonos destacados que configuran su personalidad propia.

Por supuesto y en primer lugar, en una persona de amor fraternal apostólico, surgirá con frecuencia la oración por sus hermanos, porque, lejos de todo intimismo egoísta, lleva sus vidas y azares en el corazón. Esta es una primera y necesaria vertiente apostólica de la oración: su orientación hacia los otros, como participación y expresión





del amor que Jesús los tiene: “Yo vine para que tengan vida “ (Jn 10,10), “Padre, los que me confiaste quiero que estén conmigo” (Jn 17,24); y tantas otras palabras evangélicas. Así *Marcelo Spínola*: “hay otro medio de contribuir a la santificación de los prójimos, y es la oración”: ella es como la llave, la vara de Moisés, la escala de Jacob...: por eso “aquí tenéis otro medio para ayudar a la santificación de nuestros hermanos, la oración, arma poderosísima que obtiene de Dios todo cuanto apetecer podemos” (MS pp.156-157). En *Teresa de Jesús* muchas veces, como algo que pertenece a su vida contemplativa: por ejemplo, “estando encerradas, peleamos por El”, “vuestra oración ha de ser para provecho de las almas” (Camino de Perfección, c.3, n.5 y c.20, n.3).

Afirmada esta directriz hacia mis hermanos de una oración apostólica (y podríamos probablemente decir, de una oración sencilla y verdaderamente cristiana), parece que hay que añadir algo más: es lo que antes mencionamos como no fácil de describir, o como los tonos que le dan su particular entidad.

Recordemos las palabras de Jesús al encargar la misión apostólica, y palabras de Pablo al sentirse apóstol: uniendo en una frase lo que en Jesús fue la pregunta del amor y luego el encargo: “si me quieres, apacienta mis ovejas” (Jn 21,15-17); y la persuasión de Pablo: “me siento deudor de griegos y de bárbaros, de sabios e ignorantes” (Rm 1,14). Una persona de vocación apostólica prendida en su ser, que viva unitaria y oracionalmente tanto su oración como su trabajo, tendrá de un modo o de otro estas palabras dando tono y conciencia a su vida. Tendrá conciencia, diríamos que envolvente, de que, desde el amor de Jesús, es “deudora” de los otros; y ser deudor significa sencillamente que se lo debo, no que son migajas gratuitas de mi mesa; ser deudor es afín a ser esclavo, palabra radical sobre todo en aquel tiempo, que Jesús afirma para los suyos siguiendo el camino de lo que El mismo fue.

Y junto a la deuda que vincula, las palabras de Jesús como interpelación de sinceridad al amor que decimos expresar, y a lo que sale de ahí: “si me quieres, apacienta mis ovejas”. Si está apelando como fundamento al amor que decimos profesar, serán palabras serias, digamos que cariñosamente serias: no se puede estar proclamando el amor, y sin embargo no recibiendo y viviendo el encargo que se nos transmite, precisamente como la consecuencia y la prueba de la verdad de ese amor.

Recogiendo ambas palabras: confesamos nuestro amor a Jesús, de donde brota nuestro encuentro oracional con El y nuestro seguimiento; y aceptamos con gozo el encargo nacido de su Corazón, que nos vincula como auténticos deudores a nuestros hermanos. Una **oración apostólica**, que será una **espiritualidad apostólica**, tiene todo **este conjunto latiendo habitualmente y de fondo**; se sabe y se sien-



te vinculada a Jesús como enviado y testigo en su nombre; los encuentros personales con El serán los del discípulo trabajador de su viña: la acción, la vida y el trabajo serán también encuentros con El, porque quiere vivir en todo ello como disponible en su servicio.

Probablemente tiene mucho sentido el pensar que hace mucho bien a la Iglesia el que existan con alguna frecuencia (y sería deseable que con más frecuencia) personas que, viviendo una vocación apostólica, sienten también la llamada y el reclamo de dimensiones contemplativas. Lejos de contradecirse o dificultarse ambas facetas, se complementan, se enriquecen y se confirman mutuamente. Y este fue tal vez el sentir de *Marcelo Spínola* para el nuevo cuerpo religioso que deseó fundar.

“Teniendo yo en cuenta, y no sólo yo sino otros también, la poca importancia que se da a la vida de contemplación cuando se está consagrado a la vida de acción, o viceversa, me propuse al formar la Congregación equilibrar estas dos vidas, unir las de tal modo que de las dos se formase una sola: éste fue mi fin, para que llenas del Espíritu de Dios y abrasados vuestros corazones de amor divino, al tratar con las niñas, al ejercer la caridad, pudiérais comunicarles esa misma caridad” (MS p.169).

Las *Constituciones* recogen este espíritu: en el contexto de la *identidad* de la Congregación: “nuestra misión brota de la experiencia personal del amor de Cristo, núcleo vital del ser de la Esclava, y participa de la misión única de la Iglesia: salvación de los hombres en Cristo” (Const. N.6).

En el contexto de la *Comunidad de oración*: “La espiritualidad de la Esclava tiene una profunda dimensión contemplativa... La oración alimenta nuestra unión y nuestra acción apostólica, cuya raíz es el amor de Cristo” (Const.n.54).

En el contexto de la *formación* en el Noviciado: “Dado que el apostolado pertenece a la naturaleza misma de nuestro Instituto, se ha de llevar a las Novicias a que descubran que la acción apostólica es también un lugar de encuentro con Dios;... procurando que realicen progresivamente en su vida aquella coherente y armónica unidad entre oración y acción que nuestros Fundadores señalan. Todo ello orientado a un conocimiento progresivo del Corazón de Cristo, que ha de dar unidad a su vida” (Const. N.85).

Una vez más, por último, citemos también a *Sta. Teresa de Jesús*: Llama la atención la fuerza asertiva con que proclama la unión indisoluble entre una oración honda y la proyección a una vida de servicio y para el bien de los hermanos; y eso siendo sus destinatarios más inmediatos sus religiosas contemplativas (aunque su magisterio es universal), y en el contexto muchas veces de la oración mística de las últimas Moradas. Algunos ejemplos que no son los únicos:





“No para gozar, sino para tener estas fuerzas para servir; deseemos y nos ocupemos en la oración” (Moradas, 7ª, c.4, n.14); “y así tengo por cierto que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza” (Moradas, 7ª, c.4, n.4); la oración nos conducirá a lo que Dios quiere, y “es que de todas maneras que pudiéremos, lleguemos almas para que se salven y siempre le alaben” (Moradas, 7ª, c.4, n.14). Más incisivamente aún, refiriéndose a personas orantes y con palabras que nos son familiares: “ser espirituales... es ser esclavos de Dios... y de todo el mundo, como lo fue El” (Moradas, 7ª, c.4, n.9).

Con razón comenta *Herraiz*: “Es Dios, en definitiva, quien nos hace ver y comprometernos con los hombres. Desde Dios se comprende que vivamos para darnos. La plenitud de la oración es la plenitud de la entrega. La oración y el compromiso siguen la misma suerte, crecen al unísono. Conforme se avanza en la oración, se acelera la atención servicial a los prójimos” (*La oración, historia de amistad, sobre la oración en Sta. Teresa*, p.181. Para el punto que tratamos puede interesar ver en general pp.177-198).

* * *

A modo de epílogo podemos reproducir una página inspiradora de *Laplace*: Partiendo de que la oración es una experiencia (no una ideología), pero una experiencia en la que no tenemos el control de todos los cabos; y que es insoslayable el refrendo de la vida, y que en todo ello se nos está brindando una promesa, escribe:

Para hablar de la oración habría que hablar por experiencia. El que sólo habla de ella con la ciencia que ha aprendido en los libros o en las diversas teorías, corre el riesgo, justamente por falta de experiencia, de quedarse sin saberlo al margen de la realidad y del problema.

¿Pero quién puede pretender hablar de experiencia en esto? Curiosamente el que a través de su oración ha encontrado a Dios, desconfía siempre de lo que experimenta. Hasta ese punto sabe que el Dios que busca está más allá de todas las expresiones que utilizamos para designarlo. Con sorpresa por lo que siente en su interior, dice que sabe cada vez menos lo que es orar, a pesar de que lo siga haciendo cada vez con más intensidad. Solamente su vida podría testimoniar que ha accedido a ese mundo del que habla y que le rebasa. Pero no es juez de su propia vida: en su búsqueda de Dios ha perdido todo afán de análisis y control.

Sin embargo, esa ignorancia que confiesa y que no le abrumba, es para él el presentimiento de la revelación que espera, y el medio de conectar con todos aquellos que, como él, están embarcados en los caminos de la oración. Como si ese encuentro fraterno en la ignorancia fuese ya una comunión en el Espíritu” (Obra citada pp.9-10). ♥



Propuestas

♥ ¿Cómo entrar en una mejor relación con el Señor, cómo provocar un encuentro con Él?

El pueblo de Israel que llegaba en peregrinación a las puertas de Jerusalén, leemos en el salmo 14, se preguntaba sobre el encuentro con Dios, que calificaba como “hospedarse en tu tienda” y “habitar en tu monte santo”. Curiosamente, la respuesta que reciben de los levitas que los esperaban, no tiene que ver con el culto sino con la calidad de las relaciones humanas. Toda una lección para nuestra búsqueda de Dios. Toda una sabiduría para orientar correctamente nuestros pasos hacia Él.

“Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?

El que procede honradamente
y practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua,
el que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino,
el que considera despreciable al impío
y honra a los temen al Señor,
el que no retracta lo que juró
aun en daño propio,
el que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.

El que así obra, nunca fallará.” (Salmo 14)

Trata de hacer un chequeo al mundo de tus deseos porque, como decía Jesús, “donde esté tu tesoro estará tu corazón”. Pregúntate si la interrogación por la que comienza el salmo es la tuya, si existe en ti el deseo sincero de tener una experiencia de encuentro con el Señor, de hacer más



fuerte tu relación personal con Él. Si constatas la frialdad de tus deseos no te desanimes, alégrate de poder reconocer tu pobreza y dedica un rato a pedir desarmadamente que el Espíritu venga en ayuda de tu debilidad. Lee en Jn 14, 23 la promesa de Jesús de venir y hacer morada en el que quiera recibirle: “... mi Padre y yo vendremos a él y viviremos en él.” Ábrete al asombro de que sea el Señor mismo quien desea habitar en ti, y acoge con gozo la presencia del Huésped que está llamando a tu puerta.

Relee el pequeño decálogo del salmo e intenta traducirlo a tu lenguaje, fíjate cómo queda comprometida toda la persona:

- los pies tienen que caminar por caminos de honradez,
- las manos tienen que practicar la justicia y abrirse con esplendor, para alejarse del peligro de la avaricia de la posesión,
- la boca tiene que aceptar la disciplina difícil de no hablar mal de los otros y ser fiel a sus promesas,
- el corazón tiene que guardar limpia su intención e ir acostumbrándose a valorar y arrimarse a los que son rectos y cabales para aprender de ellos.

Pídele que su Palabra penetre por todos los poros de tu cuerpo y evangelice hasta el último rincón de tus células.

♥ Aprendamos de Jesús:

“De madrugada, muy oscuro todavía, se levantó. Salió y se fue a un lugar solitario y allí estuvo orando” (Mc 1, 35)

Revive internamente la escena, trata de visualizarla en todos los detalles. Tú estás también de madrugada, inmersa en la oscuridad que aún envuelve las casas de Cafarnaún. Tu mirada apenas distingue la sombra de Jesús que sale silenciosamente de una de esas casas, pero tus oídos atentos es-



cuchan el rumor leve de sus pisadas. Vas detrás de él calladamente hasta algún lugar tranquilo en el que va a ponerse a orar. Contempla su actitud, su postura, trata de intuir lo que expresa de su mundo interior. Únete a Él en lo que sería probablemente el contenido de su oración: “Padre...”. Quédate en silencio, aprendiendo lo que el Espíritu te quiere descubrir para tu oración en ese libro vivo que es Jesús.

♥ Casi siempre nuestra mayor dificultad para llamar a Dios “Padre” está en que, al sentir el dolor y la injusticia en el mundo y en nostras mismas, no comprendemos cómo Dios, que es Padre, puede permitirlo. En la oración no podemos evadirnos de la dureza y conflictividad de la vida: es precisamente en ella donde podemos aprender a vivir todo eso como Jesús.

Elige una situación de sufrimiento que te afecte especialmente, no rehuyas el contemplarlo, escucha el clamor que nace en ti, al enfrentarte con eso que Pablo llama “gemidos de parto de la humanidad”. No rechaces tus sentimientos de queja, oscuridad, preguntas, rebeldía... Acude con todo ello a Jesús, apóyate con fuerza en su confianza inquebrantable en el Padre, entra en sus sentimientos y exprésale tu deseo de fiarte más de Él que de tus impresiones. Hazte consciente de que tienes dentro de ti el manantial inagotable de la experiencia filial de Jesús contra todas las experiencias en sentido contrario. Escúchale repetirte que la realidad última es acogedora, que la misericordia es mayor que el mal, que la esperanza es mayor que la frustración.

Deja que sea Él mismo presente en ti por el Espíritu, el que diga una y otra vez desde lo más hondo de tu ser: “Abba”, “Padre”...

★ Después de leer este capítulo sobre la oración, podemos conversar en comunidad sobre nuestras facilidades y dificultades para orar, las que normalmente expresamos en alto o por lo bajo, si son verdaderas o reflejan otros “desaguaderos” por los que se nos va la vida



PROPUESTAS PARA LEER

Sería una ocasión de leer durante este tiempo en el que celebramos el centenario de la muerte de Marcelo Spínola y Celia Méndez, sus escritos, alguna biografía, artículos sobre ellos:

Sugerencias:

- ✓ J. M^a Javierre, “Don Marcelo de Sevilla”
- ✓ J. A. de Sobrino, “El Venerable Spínola”
- ✓ J. M^a Javierre, “El arzobispo mendigo”
- ✓ Francisco Garfias, “Servir es reinar”
- ✓ Alejandro Fernández Pombo, “Más alta vocación”
- ✓ A. Granado Bellido, “Siempre a punto para el bien”
- ✓ A. Granado Bellido, “Consagrados a Dios servidores del mundo”
- ✓ J. L. Ruiz Sánchez, “Beato Marcelo Spínola y Maestre, Cardenal Arzobispo de Sevilla”
- ✓ Jesús Domínguez Gómez, “Un obispo de Coria a los altares”
- ✓ C. Amigo Vallejo, “Homenaje a Marcelo Spínola y Maestre”
- ✓ Alberto J. González Chaves, “Beato Marcelo Spínola. El bien a manos llenas”
- ✓ “Retorno a las Fuentes”
- ✓ “Marcelo Spínola, su Espiritualidad a través de sus escritos”